KATHERINE C. LUENGO H.
La que un día FUI

La que un día fui

Katherine C. Luengo H.

La que un día fui

Primera edición: 2021

ISBN: 9788418722042
ISBN eBook: 9788418722547

© del texto:
Katherine C. Luengo H.

© del diseño de esta edición:
Penguin Random House Grupo Editorial
(Caligrama, 2021
www.caligramaeditorial.com
info@caligramaeditorial.com)

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Dedicada a todas esas personaas afectadas por la discriminación, las guerras y por la falta de humanidad que hay en nuestro mundo.

Capítulo uno

Cuando pienso en mi niñez, me doy cuenta de que tuve una muy buena. Jugué, reí, me divertí, aprendí muchísimo, en fin, todo lo que un niño debería hacer durante su niñez. Los problemas empezaron con mi adolescencia, por lo que suelo rememorar muchos momentos de mi niñez cuando quiero sonreír y alejarme un poco de la realidad.

Mis padres siempre intentaron, a pesar de todos los problemas de los años de guerra y del desabastecimiento que venía unido a esos acontecimientos, que nosotros estuviéramos bien y ajenos a la crisis que existía. Recuerdo algún que otro momento en que nos desajustaron la cabeza a mi hermano y a mí, pero la mayoría de los momentos de los que me acuerdo son tan buenos que no tengo ninguna objeción en contra de ellos.

La gente suele decir que mi memoria es muy selectiva porque solo recuerdo aquellos momentos felices o no tan malos, que así no se puede vivir porque no aprendo de mi pasado, pero ahora yo pregunto: ¿no es mejor vivir así? Es decir, ¿de verdad tenemos que ser una máquina de recordar momentos malos y tristes que detalla hasta los últimos acontecimientos y que solo almacena cosas negativas? No lo creo, me parece que vivo mucho más feliz pensando que tuve una excelente infancia sin muchos momentos desagradables.

Pero, al igual que todos los seres humanos que no quieren repetir los mismos patrones negativos, tenemos que entender nuestro presente, dándole importancia a nuestro pasado, por lo que empecemos por mis recuerdos más lejanos y no tan buenos. Esto es con el fin de entender los acontecimientos que ocurrieron durante todos estos años y que me llevaron a ser la persona que soy hoy.

Mi nombre es Leticia Valeria Vitota. Nací en una época muy difícil, en el año 1910, antes de la Primera Guerra. No tengo muchos recuerdos de los años de guerra, pero sí de después, cuando Mussolini estaba ansioso de poder y mi pueblo, Predappio, el pueblo natal del Duce, presente en la región de Emilia-Romagna, estaba hundido en el

resentimiento y el hambre.

Han pasado muchísimos años en los que he querido contar mi versión de todo lo que pasó en mi país y por qué tomé las decisiones que tomé. Este es el mejor momento para hacerlo.

Después de la Primera Guerra Mundial, no es un secreto que Italia estaba completamente desmoralizada por una victoria sin ninguna retribución para el pueblo por no haber salido muy bien parada en el reparto de la Conferencia de Paz de París de 1919. El Tratado de Versalles no hizo más que empeorar ese sentimiento de frustración. La ideología socialista se había apoderado de las ciudades, dadas la hambruna y la desilusión por una pérdida abismal de vidas, por lo que los liberales, la clase media y la clase alta se vieron profundamente afectados en todas las partes del país.

Me contó mi mamá hace un tiempo que, en esos años posteriores a la Primera Guerra, mi familia había perdido tierras, ganado y muchos bienes que los dejaron pobres, desmoralizados y frustrados, pero peor que eso fue la rabia que emanaba esos días de los corazones de los miembros de mi familia por la pérdida de mi abuelo y un tío, hermano menor de mi papá, y el papá de mi papá, en la Gran Guerra.

Mi papá me decía que mi abuelo no estaba de acuerdo con la guerra porque pensaba que Italia no estaba lista para una batalla de esa magnitud contra unos países con tanto armamento y ejército. En cambio, mi tío creía que la guerra era la mejor forma de enaltecer el nombre de Italia y conquistar nuevos territorios tan necesarios para la nación. Me contaba mi papá que mi tío estaba tan emocionado antes de montarse en el transporte del ejército que saltaba y reía mientras le decía a mi papá que todo iba a estar bien, que era un pesimista por tenerle tanto miedo a la guerra y que cuando llegaran, en unos pocos días, comprarían la finca de al lado de la de mi abuelo y sembrarían de todo lo que pudieran para vender en el pueblo.

Para mi papá la muerte de ellos dos fue la peor experiencia de su vida. Es más, todavía hay días en los que mi papá habla solo y llora en el baño cuando cree que nadie lo escucha. A veces lo he oído del otro lado de la puerta cuestionando algunas decisiones que tomaron en sus vidas, otras veces les contaba todo lo que habíamos crecido mi hermano y yo, qué juegos eran los que nos gustaban y cómo él procuraba hacernos felices en todo momento. A mi abuelo le solía contar sus proyectos, qué quería vender y qué porcentaje de ganancia quería por tal o cual producto, otras veces solo se limitaba a hablar de

todo lo que los extrañaba y cuánto los necesitaba en su vida.

Según mi papá, mi tío era una persona muy alegre y, por ser además muy guapo, cortejaba a cuanta mujer quería, y todas siempre quedaban rendidas a sus pies y lo buscaban hasta debajo de las piedras. A veces mi papá se inspiraba en las mañanas, al estar solo conmigo y Ángelo, y nos contaba que mi tío llegó a tener más novias que años de vida y que muchas veces le tocó a mi papá cubrirlo cuando estaba con una mujer para que otra no se diera cuenta. Yo miraba a mi papá siempre tan contento hablando de mi tío que, cuando lo hacía, me reía a carcajadas.

Me contaba que fue muy frustrante para todos el no poder enterrar a mi abuelo y a mi tío porque no sabían dónde habían caído. Desde entonces, mi mamá, mi papá y mi abuela le rezan a una foto todas las noches pidiendo paz para las almas abandonadas y, como pregonaban, injustamente abatidas por los intereses de una persona que estaba equivocada en cómo gobernar Italia y cómo hacerle frente a una guerra que, si bien ganamos por los demás países, no nos dejó casi ninguna ganancia como nación.

Con los años, me acuerdo de escuchar cada vez más pensamientos enteramente nacionalistas de parte de mis padres, y de todos en general, que yo no sabía identificar como tal, pero sí sabía que se hablaba constantemente de Italia como el mejor país del mundo y que los demás países no lo veían de esa manera, a razón de los gobernantes paupérrimos que tenía el país.

Este sentimiento no solo se escuchaba en mi casa, sino por la radio, entre los vecinos y hasta en el colegio. El nacionalismo agarró muchísima fuerza en nuestras tierras, tanto así que mi padre, fiel demócrata, abatido por la desmoralización después de la guerra, se impregnó de todo el nacionalismo que había en la nación con la llegada al poder de Benito Mussolini, el Duce. Sus palabras eran como música para los oídos de mis padres, que sentían un completo entendimiento y unas ganas de apoyarlo desde que empezó con sus movimientos políticos.

En mis primeros años, me acuerdo perfectamente de cómo mi papá hablaba todo el tiempo de los acontecimientos políticos, del hambre que pasaba la gente a causa de los demás países que se la «vivían queriendo hundir Italia» y, por supuesto, de los socialistas, su gran tema central, y cómo íbamos nosotros —como nación— a salir de esa enfermedad que inundaba las cabezas de una cantidad preocupante de

personas. Toda la fe estaba puesta en el recién creado fascismo, todos veían a Benito Mussolini como el solucionador de problemas o el encomendado para enaltecer a Italia.

Mis pensamientos en esos momentos eran muy inocentes, por lo que no entendía la realidad de mi familia y del país. Pero sí podía observar cómo mi mamá y mi papá escuchaban con una devoción inconmensurable al Duce. Literalmente, nadie podía hablar ni decir nada cuando Mussolini estaba hablando en la radio.

Esos momentos en los que solo debíamos escuchar la radio eran espantosos para mí, ya que, a mi temprana edad, me costaba muchísimo mantener mi boca cerrada. Tenía dudas incesantemente y en los momentos de más silencio era cuando más quería expresarme o cuando se me venían mayor cantidad de preguntas a mi mente, y más de una vez me ganaba una mirada de mi papá, que me llenaba de susto al instante —eran sus miradas de regaño o «miradas tenebrosas», popularmente llamadas así por mi hermano y por mí—; él se volteaba, yo me quedaba callada, mirando a todas partes, «escuchando» la radio, pero a los minutos se me pasaba el efecto de la mirada tenebrosa y otra vez luchaba con mis ganas de comunicarme, sin mucho éxito, claro está.

Ahora que me acuerdo, en esos años tan críticos, llenos de mucha presión, enojo y preocupación, como lo fueron en mi casa, por lo menos, era impresionante cómo yo siempre mantenía una sonrisa y entablaba una conversación con quien pudiera y quisiera hablar conmigo, podía ser con mi mamá, con Ángelo, con mi papá —si no se obstinaba antes y me mandaba a callar—, con mis amigos; en fin, siempre estaba conversando, imaginando y riéndome por cada cosa que me ocurría.

El que más disfrutaba y odiaba —sí, era un sentimiento de amor-odio— mi incansable necesidad de hablar era Ángelo. Mi hermano era sencillamente un niño de pocas palabras, hermoso, gordito, de espesa cabellera negra, con unos ojos marrones y unas largas pestañas. Desde que éramos pequeños, siempre lo vi como mi compañero de aventuras y como el más fastidioso también, vale acotar, pero con el que podía expresarme sin tener el menor filtro, con quien compartía día y noche, por lo que se volvió mi confidente más leal.

Ángelo se limitaba a correr por todos lados, perderse de vez en cuando, comer con un hambre indescriptible y jalarme de un extremo del vestido para que jugara con él, a lo que yo respondía con una

mueca de fastidio, pero casi siempre terminábamos jugando mientras le inventaba un sinfín de cuentos que solo pasaban en mi imaginación.

La relación con mi hermano pequeño se dividía entre protección, diversión, fastidio y desahogo. Siempre que quería hablar de algo, cantar o jugar, él estaba allí. No importaba si le gustaban mi voz, la conversación o el juego. Siempre estaba conmigo, feliz o molesto.

Mis días se distribuían de la siguiente manera: levantarme con la voz de mi papá cantándome, desayunar lo que fuera que mi mamá hubiera preparado, ayudar a mi mamá apurando a Ángelo, ya que siempre era extremadamente lento en las mañanas, vestirme con el uniforme, ir al colegio, hablar todo lo que pudiera con mis amigas del colegio, jugar en el salón a ver quién respondía más preguntas más seguido, a lo que puedo agregar que inventábamos competencias intelectuales que casi siempre ganábamos mi mejor amiga o yo.

Al salir del colegio, nos buscaban mi mamá o mi papá. Nos llevaban a comer a la casa; al terminar de comer, caminábamos al parque de la esquina, donde solíamos jugar Ángelo y yo con los demás niños del pueblo. Al hacerse la hora y media, mi mamá nos llamaba para entrar en la casa. Ya una vez en la casa, todo se centraba en las tareas del colegio, en hablar entre nosotros o jugar hasta que llegara la hora de dormir y todos cantáramos al son de la guitarra de mi papá.

Eran unos días mágicos, llenos de un amor que flotaba en el aire. Me acuerdo de cómo mi mamá miraba a mi papá cada vez que este cantaba, y era como si mi mamá pudiera transpirar felicidad y hacerles entender a todos el amor tan inmenso que le tenía tan solo observándolo de esa manera. Mi hermano adoraba cantar con mi papá, y yo siempre cantaba los coros con mi mamá. Eso fue cada noche por más de tres años. Días inolvidables, si me preguntan.

Ya volviendo a los días difíciles, un día le pregunté a mi papá en la mesa:

—Papá, ya no hay casi niños en la calle que quieran jugar conmigo, solo puedo jugar con Ángelo, pero a veces me aburre. ¿Sabes qué les pasó a esos niños o a sus familias?

Recuerdo a mi papá mirándome de una manera tan pesada y triste que en ese mismo instante supe que no tenía que haber hecho semejante pregunta. Después de un eterno silencio, mi papá me dijo:

—Hija, te voy a contar lo que sucede: la realidad es que nuestros vecinos y casi toda la gentuza de Predappio son comunistas, por lo cual casi todos están en contra del fascismo, pero no por mucho

tiempo, te aseguro que esto que ahora ves con extrañeza y tristeza es la mejor salida a la crisis que tenemos en la nación. No podemos soportar que los socialistas nos impregnen las calles de sus ideales comunistas, porque sería el fin de Italia, o si no, mira Rusia y cómo terminó con el zar.

Yo lo miré extrañada, para ese entonces no entendía su miedo o paranoia con los comunistas, ni sabía mucho quiénes eran o qué hacían tan mal para causar tanto desprecio por parte de mi padre.

—En fin, Leticia, gracias a Dios, nosotros tenemos para alimentarnos, así sea poco, pero siempre nos llevamos comida al paladar.

Mi papá en ese momento miró a mi mamá, ella le hizo una mirada tenebrosa —tenían una capacidad increíble para comunicarse con las miradas, nadie entendía nunca lo que se decían, solo ellos—, por lo que mi papá siguió hablando:

—Hay gente que no tiene ni para comer una vez al día, por lo que pienso que optan por reservar todas sus energías en casa y no salir. También se están escondiendo, ya que saben que a los socialistas se les está persiguiendo, sea por una razón o por otra, es por eso que no vemos a muchos niños en la calle. Pero no te preocupes, hija, que cada tarde al llegar del trabajo saldremos a jugar Ángelo, tú y yo.

Yo no sabía si creerle, pero por su expresión supe que no tenía que preguntar más.

Al día siguiente por la mañana, escuché unos fuertes gritos que provenían de la habitación de mis padres. Mi habitación estaba cerca de la cocina y lejos de la de ellos, pero la habitación de Ángelo quedaba al lado de la habitación que estaba siendo un poco conflictiva. Corrí a buscar a mi hermano porque sabía que estaría asustado. Cuando lo vi, en efecto, estaba llorando por los gritos del cuarto de al lado. En ese instante, agarrándolo de la mano para sacarlo del cuarto, le dije:

—Ángelo, tranquilo, de seguro es que se levantaron de muy mal humor. Pronto se les pasará. Sabes que en la mañana el buen humor no es lo que impera en nuestros padres.

Me miró con una cara como pensativa y me dijo como pudo, entre los mocos y las lágrimas:

—Entonces tienen muy mal humor hoy.

Yo me reí y lo abracé hasta que se calmó y empezamos a jugar en el patio. Escuchaba los gritos, pero no les prestaba atención, quería

que Ángelo no se sintiera mal ni prestara atención a lo que decían.

Al rato vimos como mi mamá ignoraba a mi papá de una manera que nunca antes habíamos visto. Se notaba la tensión en la casa y no comprendíamos qué pudiera ser tan grave para que mis dos padres se pelearan y no se hablaran, porque ya habíamos escuchado discusiones, pero nunca que llegaran al punto de la ley del hielo, que significaba no hablarse bajo ninguna circunstancia.

Ellos solían ser muy cariñosos, siempre agarrados de la mano, mi papá le abría todas las puertas de la casa a mi mamá, la ayudaba a cocinar cuando llegaba temprano del trabajo, jugaban entre sí, nos cantaban juntos antes de dormir —alrededor de siete canciones que se iban alternando, mientras Ángelo y yo escuchábamos siempre muy atentos, sonrientes y siguiendo la letra, felices por el amor que emanaban los dos juntos—. Mi mamá tenía una especie de juego que trataba de adivinar todas las posibles reacciones y palabras de mi papá, y eso a él le causaba mucha risa. Así fueron todos los días hasta que esa discusión pasó. Esos momentos alegres entre los cuatro parecían haber quedado atrás, y no entendía en ese momento muy bien por qué el cambio tan repentino.

Al poco tiempo, mi mamá nos sentó a mi hermano y a mí en la mesa, mientras que mi papá estaba trabajando.

—Hijos, necesito que hablemos para que entiendan qué está pasando. Me imagino que se llenan de muchas preguntas a las que no les encuentran explicación.

Los dos asentimos, pero la realidad era que ni Ángelo ni yo nos hacíamos ninguna pregunta importante, sabíamos que tenían problemas, pero lo básico que debía estar bien para nosotros pues lo estaba, mi papá jugaba con nosotros todas las tardes como prometió, mi mamá nos cantaba —aunque sin él—, mi papá nos llevaba al colegio y mi mamá nos buscaba, etc. En fin, todo estaba bien, por lo que si pasaba algo aparte de eso, no le dábamos mucha importancia.

Mi mamá siguió:

—La situación en Italia está un poco mal. Las peleas en la calle son cada vez más normales. Si hay rumores de que alguien sea comunista, socialista o simplemente de que no esté de acuerdo con el fascismo, la suerte no estará del lado de esa persona.

La mirada de mi mamá de repente se empezó a llenar de lágrimas, lo que nos asombró de una manera abismal, porque mi mamá siempre tenía una sonrisa con nosotros. Era la persona más alegre que

conocíamos. Entonces dijo:

—Como sabrán por las peleas entre la familia, de las que ustedes no se han escapado, porque son evidentes en cada acontecimiento familiar, tío Tito tenía ideales comunistas. No estaba de acuerdo con los comunistas al extremo de apoyar el hecho de quitarles las propiedades a otras personas, pero sí apoyaba al partido y los defendía. —Respiró hondo y siguió—: Lo cierto es que Tito desapareció, y no me cabe la menor duda de que fue por los fascistas, categoría en la que podría decirse que entramos nosotros. No quiero que repitan esta información, pero sí es importante que sepan que debemos manejarnos con cuidado. Debemos apoyar todos los movimientos que provienen del fascismo para evitar desaparecer o cualquier cosa peor. —Hubo un silencio eterno, después continuó—: Por favor, con sus amigos del parque no hablen de nada que pueda parecer en contra del fascismo, ni hablen de tío Tito ni nada. Limítense a jugar y fingir que todo está bien, cuando para mí es obvio que no lo está.

Después del día de la aclaratoria de mi mamá, mi papá, cuando hablaba de la familia de mi mamá, no mencionaba ni por casualidad a mi tío Tito.

Siendo sincera, nosotros no habíamos compartido mucho con él, porque mi papá y mi mamá peleaban cada vez que podían con él. Yo solía no prestarles atención, pero una vez sí escuché un pedazo de la conversación que tuvieron en una cena en casa de mi tío.

Tío Tito dijo:

—Beatrice, eres mi hermana y, de verdad, te tengo mucho cariño, al igual que a Leticia y a Ángelo, pero no puede ser que tengas siempre la mente tan cerrada. Solo es cuestión de observar la realidad del pueblo italiano. Tu marido no lo entiende, pero ¿tú tampoco? Tú sabes lo que es vivir al límite, comer una vez al día y ver a nuestro padre partiéndose el lomo en el campo para que nosotros tuviéramos algo más que pan en la mesa a las cuatro de la tarde. Éramos una familia muy unida pero extremadamente pobre. Desde que estás con Miguel, parece que se te olvidó parte de tu propia vida. Te cuento que tus vivencias y memorias no empezaron con él. ¡Recuerda! No puede ser que esta gente fascista, ¡que tiene todo!, no pueda compartir con las personas que no tienen nada, yo llamo a eso justicia, no comunismo o brutalidad, como suelen catalogarlo.

Mamá respondió:

—Hermano, estás muy equivocado. Justicia es que lo que tú hayas producido, lo que hayas comprado, lo que hayas trabajado sea tuyo. No porque alguien tenga mala suerte o no busque otra manera de ganarse la vida, entonces debe perjudicar al que sí lo hizo. Sé perfectamente cómo era nuestra vida en ese entonces, pero también me acuerdo de que mi papá por más de cuarenta años no buscó otra opción. Solo se quedó en el mismo lugar y en el mismo trabajo, esperando siempre un cambio de vida y una mejora para sus hijos. Qué bueno que quería lo mejor para nosotros, lo aplaudo. —Mi mamá empezó a aplaudir mirando al cielo, y después añadió—: Y sé que sus intenciones eran muy buenas, pero solo con querer no se arreglan las cosas. Yo amo a mi mamá y a mi papá, hicieron lo que pudieron, ¡pero, Tito, no hay que ser ciegos! No se puede castigar a la gente que ha conseguido algo en la vida por la desgracia ajena.

Tío Tito respondió:

—¿Sabes, Beatrice? Déjalo así. Es inútil razonar contigo. Pero algo sí te digo: mientras viva, haré todo lo que esté a mi alcance para ver mejor a mis hermanos italianos, y con los fascistas no lo estarán, de eso estoy seguro.

Me acuerdo de que ese día mi papá no intervino en la conversación, pero se le veía una ira en los ojos que me hacía temblar cada vez que lo miraba. Nos regresamos a casa ese día en silencio y, apenas llegamos, mi mamá nos mandó a dormir y, acto seguido, se encerró con mi papá en el cuarto y se escucharon susurros que no alcancé a entender.

Desde esa discusión —entre mi tío Tito y mi mamá— al tiempo de la conversación aclaratoria con mi mamá y Ángelo no pasó mucho tiempo, pero lo que sí quedó claro era que estaba prohibido mencionar al tío Tito en la casa. Desde esos días es donde estimo que la relación de mis padres se empezó a quebrar.

Todas las mañanas mi papá miraba a mi mamá con pesar, como intentando que ella entendiera algo. Ella, por su lado, se concentraba en nosotros, su trabajo y la casa, trataba de no tener tiempos libres para pensar, hacía todo de manera mecánica. Todos los días cenábamos a la misma hora. En las cenas yo empezaba a comer y contaba mi día y todo lo que quería hacer, y los demás, como siempre, callados. Me había acostumbrado a ese silencio, hasta que un día Ángelo dijo en una cena:

—Leticia siempre está hablando, ¡me tiene cansado! Todas las

noches es la única que dice algo, y ustedes solo escuchan. ¡Que alguien más hable! —Se le vio la cara de molestia y enarcó las cejas a modo de queja.

Yo dije en ese momento:

—Eres un grosero, Ángelo. ¡Si te molesta tanto escucharme, pues habla tú! Te quejas de que siempre me escuchas a mí, pero tú ni hola dices en la mesa. —Lo miré de manera retadora y solté el tenedor en la mesa, lo cual causó asombro tanto a mi mamá como a mi papá.

Mi papá en ese momento intervino mirándonos a los dos, y dijo:

—Por favor, dejen la estupidez para otro momento. Ángelo, si quieres escuchar a alguien más, por favor, habla tú. Y, Leticia, no te permito soltar así el tenedor en la mesa, porque, déjame informarte, es una falta de respeto. Y, Beatrice… —La miró fijamente y le colocó su mano encima de la de ella, y siguió—: De verdad, no podemos continuar así. No me hablas, no me miras. Debes dejar tu actitud conmigo, porque estás afectándonos a mí y a los niños.

Mi mamá en ese momento le soltó la mano a mi papá y dijo, sosteniéndole la mirada:

—Ah, ¿es que ahora soy yo la que no debería continuar así? Está bien. Yo dejaré de «estar» así, solo si tú dejas los camisas negras. ¡Me parecería un excelente trato!

Mi papá la miró alarmado, como si no pudiera creer que pudo haber dicho eso al frente de nosotros. Se levantó de la mesa inmediatamente y le dijo, señalándola:

—Yo me uní a los camisas negras porque son los únicos que pueden hacer un cambio en este país. ¡Mussolini tiene mucha razón al decir que solo a la fuerza podremos controlar la epidemia que representan el comunismo y todos los opositores a este gran movimiento que solo liberará al país de sus oponentes! Por favor, Beatrice, estamos en pleno 1921, y todavía hay alzadas comunistas por cada rincón de Italia. ¿Quieres vernos a nosotros como a Rusia? ¡Esa gente se está muriendo de hambre! Han matado el comercio, no hay empleos, todo está mal con los rusos, ve ese ejemplo antes de criticarme por mis decisiones. ¡Piensa en los niños, piensa en nosotros! Es imposible deshacernos de ellos si no es de esta manera. ¡El Duce ha reformado Italia! ¡Ha hecho que nos reconozcan a nivel internacional! Ya verás que todo este sacrificio tendrá sus frutos: un nuevo imperio italiano, tal como hicieron los romanos en su momento, y por el que han sido reconocidos por siglos. Por eso es necesario seguir los lineamientos de

Mussolini.

Mi mamá le respondió, levantándose de la mesa y mirándolo fijamente:

—Tú sabes muy bien que no estoy de acuerdo con el comunismo y que, desde que empezó Mussolini con sus ideales en contra de ellos, lo he apoyado. Creo que es un excelente líder y que tiene razón en que debemos cambiar el orden de las cosas en Italia para que empiecen a funcionar, pero otra cosa muy distinta es ser ciega, Miguel. ¡No apoyo ni apoyaré la salvajada de los camisas negras! ¡No puedes andar matando a todos los que están en contra de tus pensamientos! Eso no es sensato ni humano, y me perdonarás por lo que te voy a decir, pero al ver cómo desaparecieron y… —Allí mi mamá se detuvo y nos miró a mí y a Ángelo, suspiró y continuó—: Lo que le hicieron a Tito, ¡a mi hermano, Miguel! O sea, él pudo haber sido como quieras, pudo haber pensado que el socialismo era la solución, pero eso no le da la libertad a los demás de hacerle lo que le hicieron solo por sus pensamientos. Entiende algo: fue mi hermano, lo amé como era desde que nació, y no me da la gana de entender que por sus ideales terminó como terminó y que mi esposo, el padre de mis hijos, esté de acuerdo con tan grande brutalidad. Sueño con él, pienso en él, me acuerdo de él. Es horrible, ¡no sabes cómo está mi mamá con todo esto!

Mi mamá empezó a llorar y dijo entre gritos y sollozos:

—Y no me digas que era la única opción, porque, si a ver vamos, ¿por qué el Duce no se mandó a matar a él mismo? Ah, claro, imposible, ¿verdad? ¿No te acuerdas de lo socialista que era el mismo Benito Mussolini hacía unos años? La gente lo perdonó, lo superó, y ahora lo siguen con sus ideales fascistas, con los que todos estamos de acuerdo, pero ¿por qué los demás sí merecen un castigo tan brutal por sus ideales y el mismo líder no? —Allí mi mamá hizo una pausa, se secó las lágrimas y siguió—: En fin, no puedo estar ni estaré de acuerdo con que participes en sus actos violentos y salvajes. No eres el mismo con el que me casé y del que me enamoré. Dejaré el tema hasta aquí. Niños, terminen de comer y váyanse a sus cuartos.

Yo sentí un hueco en el estómago, como si me hubieran dado un golpe que no vi venir y para el que no me pude preparar. Mi mamá nos acababa de confirmar con esas palabras que mi tío Tito estaba muerto, pero lo peor era saber que lo había matado el grupo al que pertenecía mi propio papá. Me puse a llorar instantáneamente, miré cómo se sentaba mi papá, agarró de pronto el plato, lo estrelló contra

la pared, se levantó y se fue de la casa dando un golpe fuerte a la puerta al cerrarla.

Ángelo empezó a llorar en silencio, yo lo miré y le dije con una seña que nos fuéramos al patio. Él me agarró la mano y nos fuimos, mientras caminábamos oímos cómo mi mamá lloraba, gritaba y golpeaba la pared de su cuarto con mucha rabia.

Jugamos un poco abstraídos hasta que Ángelo me dijo:

—Fui yo quien causó esa pelea, ¿verdad?

Yo dejé el muñeco que tenía en la mano y le dije:

—Ángelo, es imposible que tú tengas que ver con que mi papá se haya metido en esa cosa negra, y tampoco pudiste haber causado esa molestia a mi mamá que lleva desde hace días, porque lo hemos notado. Tranquilo, que no fuiste tú.

Entonces Ángelo dijo:

—Si no fui yo, entonces mejor, porque sería horrible que por mi culpa no estén juntos.

Yo le agarré el muñeco de las manos y le dije:

—Si llegaran a no estar juntos, nunca sería nuestra culpa, Ángelo. No hemos hecho nada malo para que ellos se separen o algo así. Pero tranquilo, seguro que la molestia se les termina pronto, se reconcilian y ya volverá todo a la normalidad.

Esa noche mi papá no llegaba y eran más de las diez de la noche, mi mamá intentó disimular que no lo estaba esperando, pero daba la «casualidad» de que siempre que la veía estaba al lado de la puerta. Me miraba y me sonreía, pero se notaba su desesperación en los ojos. Al final llegó en la madrugada, mientras dormíamos mi hermano y yo, pero supe que mi mamá sí lo esperó despierta toda la noche.

Comprendí muchos años después la razón por la cual mi mamá se había molestado tanto con él, y es que, en efecto, los llamados camisas negras fueron una organización paramilitar creada por Mussolini, la cual generaba una violencia abismal a su paso. Luego de su éxito en la lucha contra los opositores, fue integrada al Partido Nacional Fascista (PNF) en noviembre de 1921, es decir, apadrinada y con toda la potestad de hacer lo que quisiera.

Estas personas no solo es que se manejaban de manera brutal contra sus oponentes, sino que no tenían control real sobre sus acciones y, peor aún, no había consecuencias para lo que hacían, por el total respaldo que tenían del Duce. Se les atribuyeron más de novecientos asesinatos de críticos al fascismo, periodistas,

sindicalistas, intelectuales, huelguistas, socialistas, ligas campesinas, etc. Sin contar la cantidad de golpes, huesos rotos y morales resquebrajadas que dejaron a sus oponentes.

Mi mamá, aunque sabía que el socialismo no era la salida idónea de la crisis por la cual atravesaba Italia, tampoco creía que una solución real pudiera ser la de dejar que un grupo violento destrozara todo cuanto quisiera, sin control, sin castigo ni remordimiento. En esos años ella no sabía muy bien qué creer o pensar acerca del Duce. Obviamente que en público mi mamá siempre enaltecía su grandeza y su gran liderazgo, pero lo cierto es que la violencia nunca fue una solución para ella, por lo que estaba dividida entre el deber ser y lo que era moralmente correcto en su cabeza.

Por otro lado, estaba el tema del luto que sentíamos por el tío Tito. Mi mamá trataba de disimularlo, pero era evidente por sus ojeras como lloraba a diario por su hermano. Me acuerdo de que también empezó a bajar de peso, lo que atribuyó al estrés cuando se lo pregunté, pero era evidente que era por la tristeza que le embargaba el corazón.

Ángelo, por su parte, siempre fue muy sentimental, pensaba en la unidad familiar y quería mantener buen contacto con todos —desde siempre—, por lo que la muerte de nuestro tío fue un golpe fuerte para él, aunque no compartiese mucho con este por sus ideologías políticas. Desde que se enteró de la muerte de mi tío, por la pelea en la mesa entre mi mamá y mi papá, quiso saber cuanta cosa pudiera del tío Tito.

Por esos días solía preguntarle a mi mamá:

—Mamá, ¿dónde vivía el tío Tito?

Mi mamá le respondía:

—Como a veinte minutos de acá, hijo, ¿te acuerdas de que en su cumpleaños pasado fuimos un rato a su casa? Bueno, allí vivía él.

Ángelo asintió y dijo:

—Está bien, mami, pero ¿por qué no lo visitábamos mucho? Hubiera querido compartir más con él. Quisiera hacerle muchas preguntas.

Mi mamá le respondió lo más serena que se podía responder:

—Bueno, hijo, él pensaba en unas concepciones algo alejadas a las de nosotros, pero eso no debería marcar a una persona, Ángelo. Cometimos un error al estar alejados de él por eso. Tu papá y, en cierta manera, yo no quisimos nunca juntarnos mucho con él o que

ustedes hablaran mucho con él. —Mi mamá bajó la mirada en ese preciso instante, y pude observar como una lágrima le corría por la mejilla. Acto seguido, con su manga se la quitó y levantó la mirada para seguir hablando con Ángelo. Él se dio cuenta de la tristeza de mi mamá porque cambió su expresión de reproche por una de intriga.

—*OK*, mami, pero ¿si es nuestro tío no deberíamos quererlo igual? A la familia se le quiere siempre.

Mi mamá le agarró la mano y dijo:

—Y siempre lo querremos, mi amor. Creo que me costará toda una vida aceptar que mi hermano no está ya entre nosotros y que pude haber aprovechado mucho tiempo para demostrarle lo mucho que lo quería, a pesar de todo y de su ideología política. Te contaré algo: pienso en él cada día, cada mañana. Sé que no fuimos los mejores familiares o, por lo menos, no los más presentes en su vida, pero te aseguro que él sabía lo mucho que yo lo quería y lo mucho que ustedes dos lo querían. —Se le fueron varias lágrimas mientras hablaba, abrazó fuertemente a Ángelo, el cual hacía rato que estaba llorando, escuchando las palabras de mi mamá.

Más tarde ese día, me preguntó mi hermano con mucha seriedad en sus ojos:

—Leticia, ¿de verdad mi papá tuvo algo que ver con la muerte de mi tío? Dime la verdad verdaderísima o, si no, no juego más contigo.

Me quedé pensativa por un rato y le respondí:

—¿Cómo se te ocurre algo así? Obviamente, él no tuvo nada que ver. Ni lo mandó a matar ni nada, ¿cómo podría mi papá hacer algo así? ¡Imposible! El conflicto de mis papás está en que mi papá forma parte de esa gente, los camisas negras, pero eso no significa que mi papá tuvo algo que ver con la muerte de mi tío. No pienses eso.

Mi hermano me respondió, todavía con mucha seriedad:

—No entiendo cómo mi papá puede seguir apoyándolos si destrozó a la familia con la muerte de mi tío Tito.

Lo miré, tratando de encontrar una respuesta en sus ojos. Cuando la tuve más o menos clara, le dije:

—Sinceramente, yo no lo entiendo mucho, pero lo que sí entiendo es que el Duce tiene mucho poder y es preferible que mi papá esté con él y no contra él. Mira lo que les pasa a los que no opinan igual que ellos. No quiero que a mi papá le pase nada, ni nada parecido a lo que le pasó a tío Tito.

Vi enseguida la alarma de Ángelo, porque puso los ojos como dos

platos y dijo:

—No, no, no, ni yo quiero. Creo que no podría superar que algo le suceda a mi papá o a mi mamá… Solo es que para mí es difícil, ¿sabes? Quiero verlo con los mismos ojos de antes, jugar con él, reír con él, cantar con él, y se me hace todo muy complicado. Veo a mi papá y pienso en mi tío automáticamente. Espero no estar así por mucho tiempo más, no quiero herirlo, pero no sé cómo aparentar que no pasó nada.

Le dije yo:

—Tranquilo, pronto se te pasará. Mira que a mí ya se me pasó. Ya lo miro como siempre. Por cierto, no sé de dónde sacas esas palabras si solo tienes siete años, pero me asombras. —Le sonreí y lo abracé.

Me miró y me dijo:

—Sí que eres boba, tengo casi ocho años y sé hablar desde hace mucho tiempo. Pero, bueno…, gracias por siempre estar para mí, hermana. Jugaré en el patio.

Pero Ángelo tenía razón en mucho de lo que dijo, fue increíble el cambio que dio mi papá al unirse a los camisas negras, por lo que a mí tampoco me gustaba la idea de que esa fuera su nueva vida. Lo notaba más violento, más susceptible y radical en cuanto a toda idea contraria a él. El cambio me dolió en su momento, pero más fue porque estaba acostumbrada a su sonrisa, sus canciones a toda hora, junto con mi mamá, y sus juegos, y eso había terminado. No hablaba con mi mamá, la ignoraba, al igual que ella a él. Vivían en la misma casa, pero no convivían. Yo siempre intentaba hablar con los dos, hacerlos sentir importantes, al igual que a Ángelo, pero no lograba que ellos dos se compaginaran. Mi papá creía que ella era una traidora a la causa, y mi mamá pensaba que él era un degenerado por apoyar y ejercer la violencia característica de los camisas negras. El amor entre ellos fue disminuyendo poco a poco a partir de ese momento.

El cambio de mi papá no solo lo notábamos en la casa. Un día, a la salida del colegio, se acercó mi mejor amiga, Paola, y me preguntó:

—Leticia, quería saber si es verdad que tu papá es parte de los camisas negras. Todo el mundo habla de eso y no puedo creerlo, ni mis papás tampoco.

Yo me quedé un poco impávida, porque no sabía cómo ellos podrían haberse enterado, y tampoco entendía la relación de ese hecho con que fuera tan importante para mis compañeros del colegio.

—Bueno, sí, es parte de los camisas negras, pero ¿qué tiene que ver

eso contigo o con los demás?

Paola me miró automáticamente con mucha furia y me dijo:

—No debo decírtelo, porque me lo prohibieron, pero te lo diré. Mi papá es comunista y tu papá fue a mi casa hace unos días a advertirle que mejor se fuera del pueblo, o si no, él mismo y sus amigos del grupo se harían cargo de que nos fuéramos. Te digo la verdad, Leticia, yo te quiero mucho, pero no puedo seguir hablando contigo, porque tienes el papá más cruel de todos, que quiere que mi familia se vaya de este pueblo solo porque pensamos distinto a él, y peor si partimos del punto de que yo soy tu «mejor amiga».

Me dio mucha impotencia, pero no solo por mi papá, sino que fue por saber que la familia de mi mejor amiga siempre había sido comunista y yo nunca lo supe, así que le dije:

—¡No digas eso! ¿Cómo te atreves a hablar así de mi papá, cuando él siempre te ha recibido en mi casa y ha jugado contigo, te ha dado de comer y en todo lo que le has pedido te ha ayudado? ¿Pero sabes qué, Paola? Perfecto. No me hables. No estoy interesada en hablar con comunistas tampoco.

Se puso a llorar y me dijo:

—Sí, por esa misma razón fue que no nos mataron a todos ni él ni su grupito. Porque tu papá sabe bien quién soy yo y que era tu amiga. Adiós, Leticia.

Supe que me había excedido con mis palabras, pero no me gustó cómo habló de mi papá y ver con mis ojos que los comunistas estaban más cerca de lo que jamás había llegado a pensar. Mi papá me lo dijo varias veces: «Los comunistas son la plaga más grande del mundo, y si no se acaba con ella de raíz, nos terminan comiendo a todos».

Me limité a llorar e irme del patio del colegio, a lo que ella también me secundó, se fue y no me habló más ese día.

A los pocos días, el 24 de octubre de 1922, fue la gran marcha convocada por Mussolini hacia Roma. Evidentemente, mi papá fue uno de los cuarenta mil fascistas que pidieron a gritos que Mussolini y el régimen fascista se apoderaran de Italia, llevando consigo cualquier tipo de arma que los ayudara para instaurar el miedo y una escenografía digna del Duce. Ese mismo día el rey Víctor Manuel III decidió pedirle que fuera primer ministro y que así formara parte del gabinete, decisión que marcó un comienzo fascista radical en mi país.

Capítulo dos

Las semanas pasaron, y con ellas vinieron más problemas. En las calles se respiraba miedo, y al mismo tiempo una especie de victoria por el cada vez más prometedor fascismo. Se creía que todo estaba mejorando, o por lo menos eso era lo que nos decía mi papá. Si soy completamente sincera, yo no sabía qué creer, porque mis padres decían unas cosas y yo veía otras.

Me afectó mucho el hecho de tener que experimentar en el colegio cómo mis mismos compañeros eran desplegados o clasificados según lo que sus padres pensaran. Todos debían estar a favor del movimiento fascista, les gustara o no.

A Paola no la vi más después del día en que discutimos, por lo que siempre guardé un poco de tristeza, con sentimiento de culpa, por haber sido cruel con ella. Si a ver vamos, ella no era la comunista, era su papá, pero eso le afectó a toda su familia, incluyéndome, ya que me vi sin mi mejor amiga solo por una ideología.

Me comentó una amiga del salón que, antes de irse de Predappio, Paola le dijo que pensaban huir a donde no se vieran intimidados ni acosados por su ideología política, que pensaba que se habían ido a América en uno de los barcos que salían desde Italia hasta los países del continente americano, pero que no sabía bien a dónde exactamente habían ido.

Le pregunté si ella le había hablado de mí, y me dijo que Paola estaba muy dolida por toda la situación que estaba viviendo y que me veía como a una de las personas que más influyeron en su huida del país. Que creía que no me iba a perdonar nunca porque sentía mucho rencor hacia mí y mi papá.

Esa situación con Paola siempre fue como un libro abierto que se cerró de repente, que no pude concluir de la mejor manera y que no intenté tampoco hacerlo bien. Me terminé sintiendo muy culpable de la suerte que corrieron sus padres y ella, ya que siempre habían sido muy amables conmigo, y Paola fue tan incondicional por tantos años

que no dudo que en su situación yo habría pensado igual que ella con respecto a mí y a mi familia.

En mi casa las cosas estaban «controladas». Mi papá y mi mamá se hablaban, pero lo necesario. Más de una vez vi a mi mamá llorando sola en su habitación y a él en el patio fumando mientras miraba al cielo con un semblante apesadumbrado. Sabía que se amaban, pero al mismo tiempo no se soportaban el uno al otro.

Algo sí debo reconocer: cuando ellos estaban con nosotros en la casa o en cualquier sitio, nos ponían la mejor sonrisa que podían, ya no jugaban juntos como antes, pero cada uno por separado nos demostraba todo su cariño.

Ángelo esperaba todos los días con una emoción inmensa a que mi papá llegara a la casa. Lo abrazaba y le contaba lo que había hecho en el colegio, lo que había comido y lo que había escuchado por la calle acerca de la política, a lo que a veces mi papá le correspondía con mucha atención y risas, otras veces con indiferencia, por lo cansado que llegaba.

Fue en esos días de incomodidad en mi casa cuando conocí a Alessandro Kohen. Yo cursaba sexto grado de primaria. El día que llegó al colegio, la profesora lo presentó al frente de toda la clase. Todos nos miramos asombrados, dado que ya habíamos visto bastante del curso, y que llegara un nuevo alumno a esas alturas del año escolar no era usual, tendría que hacer muchos exámenes y tareas para ponerse al día.

La profesora nos explicó que Alessandro venía de Roma y que sus padres, por trabajar el comercio, se quedarían un tiempo en Predappio, quería que lo acogiéramos bien y entabláramos una amistad con él.

Sinceramente, a mí me pareció el niño más lindo del mundo en cuanto lo vi. Tenía un cabello largo negro —hasta las orejas—, complexión delgada, con un color de piel un poco pálido, ojos avellana y cejas pobladas. Su sonrisa me hacía sonrojar desde que la vi por primera vez, me parecía la mejor sonrisa de todas.

Ese primer día, en el recreo, me acerqué a él junto con dos de mis amigas y lo invitamos a desayunar en el jardín del colegio. Él asintió con ojos de alivio, porque nos enteramos en ese momento de que se sentía muy apenado y no sabía qué hacer en el recreo sin conocer a nadie, así que comió con nosotras.

Mientras comíamos, le preguntábamos cómo había sido el viaje, en

cuántos colegios había estado y qué le parecía el pueblo. Todo lo respondía con un extraño acento, pero que, a mi modo de ver, era muy exótico y hermoso. Aunque a los demás les causaba risa. Yo lo defendía ante todos y los mandaba a callar con la misma facilidad con que ellos se reían de él.

Nos contó cómo habían pasado por varias ciudades de Italia comerciando la mercancía que tenía el papá, nos explicó que siempre que salía de clases ayudaba a su papá a contar la mercancía y a escribirla en grandes cuadernos, ayudaba a su madre a regar las plantas y, a veces, salía a jugar con la bicicleta al patio.

Cuando dejó de contar parte de su historia, quise hablar de algo en que yo podría ayudarlo y así estar cerca de él, así que le pregunté:

—Me imagino que debes hacer todos los exámenes y las tareas que hemos hecho este año y que por no estar acá no has hecho. Te puedo ayudar sin ningún problema en las tardes para que te pongas al día con todas las materias.

Como era evidente que me gustaba, mis amigas le dijeron inmediatamente:

—¡Tendrías suerte! Leticia es una de las mejores de la clase, nadie saca mejores notas que ella, así que te aseguras, por lo menos, aprobar con buena nota esas actividades que te faltan.

Alessandro me miró con una sonrisa y me dijo, acercándose a mí:

—¡Perfecto, porque con la memoria no soy muy bueno, y si me ayuda la mejor estudiante, pues buenísimo! Muchas gracias a las tres.

A partir del momento en que llegó Alessandro al colegio, yo empecé a arreglarme más, me peinaba todos los días de manera distinta, ensayaba maneras en las que le hablaría ese día y en qué materia lo podría ayudar más para sorprenderlo y hacer que le gustara. Me propuse literalmente gustarle a Alessandro, hacer que no tuviera otra opción sino fijarse en mí.

Cada día iba más emocionada al colegio, solo con pensar en verlo me alegraba las mañanas.

Mi papá se dio cuenta de mi cambio en mi manera de vestir y peinar y fue el primero en alarmarse. En una mañana en la que nos llevaba al colegio, me pidió hablar solos en la cocina antes de irnos. En ese momento me preguntó si me gustaba alguien, a lo que yo, con toda sinceridad, le dije que sí. Él me preguntó quién era y yo le dije su nombre y quién era. Me acuerdo perfecto de lo que dijo:

—Mmm, judío, bueno, no está mal, conocí a su papá hace poco.

Solo me haces el favor y que no pase nada entre ustedes. No te puedo prohibir que no te guste alguien o viceversa, pero sí te puedo prohibir tener novio y es justamente lo que haré: no puedes tener novio, Leticia.

Yo sentí que me habían dado un golpe tan duro en el estómago que me dejó sin respirar. Como pude, le dije:

—Está bien, papá.

Apenas llegué al colegio, no podía concentrarme en nada de la clase y me di cuenta de por qué era: nunca había pensado en la remota posibilidad de que Alessandro Kohen fuera mi novio. Ni había pensado tener uno siquiera. Eso jamás había estado en mi cabeza, y mi papá me acababa de sembrar la idea como se siembra un pino en un patio.

A la hora del recreo, le pregunté a Alessandro si podía comer conmigo. Él me respondió que sí.

—Ale, te quiero hacer una pregunta, pero no la tomes a mal, por favor, solo quiero saber si eres… judío.

Alessandro sonrió y dijo:

—Sí, Leticia, soy judío. Pensé que era algo obvio, pero sí, claro, ¿por qué? ¿No te gustan los judíos?

—No, no, nada de eso. ¡Me caen superbién los judíos, y más tú! Pero es que no lo sabía, por eso quise preguntarte.

—Está bien, sí, bueno, sí lo soy. Tú eres católica, ¿no?

—Sí, rezo todas las noches con mi mamá y mi hermano, mi familia es muy religiosa.

—Qué lástima.

En ese instante me puse muy nerviosa, por lo que le dije que quería ir al baño. En el baño me quedé hasta que sonó la campana que indicaba que se había acabado el recreo.

Al llegar a la clase, nuevamente me senté y recibí una notita que decía en la parte superior «Para Leticia». Yo la abrí enseguida, sabiendo que ese tipo de letra era la de Alessandro.

La nota decía:

> No sé por qué me preguntaste si era judío, pero si es porque te parece algo importante, quiero que sepas que no lo es para mí. Me gustas mucho, así como eres, católica, inteligente y hermosa.

Leí como cien veces la nota hasta caer en cuenta de que de verdad

se estaba declarando. ¡Le gustaba a Alessandro! Al chico de mis sueños, al niño más bello que había visto y al que había intentado de todas las maneras gustarle. ¡Le gustaba!

Solo pude apenarme y guardar la nota en mi bolso. Acto seguido, intentaba ver para el frente y prestar atención a la clase, pero no lo lograba. Solo pensaba en las palabras que acababa de leer, y me estaba deleitando con la sensación en mi estómago, que solo la podía asemejar a un hueco o vacío en el que me revoloteaban miles de mariposas al mismo tiempo, por lo que, a la salida del colegio, no me provocaba que todo el mundo me viera tan nerviosa y roja como un tomate, así que, apenas sonó el timbre, me fui corriendo a buscar a mi hermano para no toparme con la mirada, ni por casualidad, de Alessandro.

Los días pasaron con mucha rapidez y alegría. A Alessandro ya no le importaba si la gente lo veía o no, siempre me hacía notas, me daba besos en la mejilla, me compraba dulces en el recreo. Ese amor crecía y crecía a la velocidad de un leopardo. Así estuvimos varios maravillosos meses.

Mi mamá y mi papá sabían de su existencia, pero intentaban obviarla; en cambio, Ángelo hacía todo para que mi familia se enterase de que yo tenía «novio». En cada pelea, discusión o sencillamente cuando quería que me callara, Ángelo optaba por decir: «Le voy a decir a Alessandro» o «Papá, ¿sabías que Leticia tiene un novio judío?» o «Mamá, si quieres que Leticia te haga caso, dile todo a Alessandro, a él sí lo escucha». Yo me limitaba a sonreír ante cada comentario de mi hermano, porque de verdad me gustaba todo lo que tenía que ver con Alessandro y no tenía ánimos para negar nada.

Sí, yo era como su novia, ¿y eso era importante? Yo era feliz. Si me querían castigar por tener novio, no iba a pelear nada, no iba a dejar de tener lo que tenía con Alessandro porque mis padres no lo quisieran. La que lo debía querer era yo, no ellos.

Al principio, mi noviazgo con Alessandro fue un descubrimiento para ambos. Ninguno había tenido pareja antes, por lo que no teníamos experiencia ni besando, ni en cómo tratar al otro, ni nada, pero todo llegó al punto en el que se tornó natural. Pasaron muchos meses y después ya todo se daba de manera normal. Cuando podíamos, nos besábamos en la boca, nos abrazábamos y nos hablábamos cariñosamente.

En el primer año que estuve con él, me desarrollé. Al comienzo,

pensé que me había cortado o que me había lastimado —aunque no entendí bien cómo era posible—, pero cuando le comenté a mi abuela que había sangrado, ella se emocionó tanto que empezó a llorar y a abrazarme. Al ver mi cara de consternación, me agarró la mano y me dijo:

—Tranquila, Leticia. Eso significa que te convertiste en una pequeña mujer. Es una responsabilidad muy grande, pero es natural que pase a tu edad.

Al llegar al día siguiente al colegio, le pregunté a mis amigas y me di cuenta de que, en efecto, era completamente normal. A unas ya les había venido, a otras no, por lo que ya no me preocupó más.

Alessandro se enteró de que me había desarrollado y demostró más nerviosismo que desagrado, por lo que no le toqué el tema. Después entendí que para los judíos era mucho más serio o importante el tema de la primera menstruación.

En su cultura era normal que, ante la primera menarca o primer sangrado, abofetearan a la mujer como para darle la bienvenida a la etapa de la pubertad, o eso entendí al investigar, pero Alessandro me explicó que era más que eso. La menstruación para ellos es mucho más tabú que para los cristianos, porque dijo que las mujeres no hablaban de eso, que no había esa libertad que teníamos nosotras de hablar sobre la menstruación, aunque para la época tampoco es que fuera natural hablar del tema con la gente. Más que nada, se hablaba entre amigas y con alguna que otra profesora que en algún momento hablaba sobre el tema.

No le presté más atención al hecho de haberme desarrollado, ni él tampoco.

Llegó el punto en el que ya era imposible que mis padres pudieran evadir más el tema del novio, ya estaba en el octavo año de secundaria —segundo año de bachillerato— y lo veía todos los días, así que un día hablaron conmigo. Me expresaron su preocupación, pero su resignación también, sabían que no importaba qué hicieran, no iba a dejar a Alessandro. Pero me dijeron todos los límites que tenía en mi relación, me sustentaron que seguía siendo pequeña para «algunas cosas».

Yo les expliqué que nada en el colegio había cambiado por mi noviazgo, igual sacaba las mejores notas y todos los profesores —que algunos sí es cierto que no estaban de acuerdo con mi relación— podían asegurar que mi desempeño se había mantenido igual.

Mi mamá fue la que me dijo que entendía por lo que pasaba, que era normal, pero sí necesitaba conocer a la familia de Alessandro para ella estar más tranquila. Mi papá, en cambio, parecía que no quisiera tener nada que ver con esa familia, toleraba a Alessandro y era porque no tenía de otra, pero decía: «No necesito conocer a fondo a otro judío en mi vida». Yo me molestaba muchísimo ante esos comentarios, pero intentaba llevar la fiesta en paz con mi padre porque la relación se había mantenido bien.

Un día le comenté a Alessandro que quería que mi mamá conociera a sus papás, este arrugó la cara inmediatamente y me dijo:

—Leti, no lo tomes a mal, pero yo prefiero que mi papá no sepa que somos novios sino en un tiempito.

Yo me enojé enseguida y le dije de la forma más calmada que pude:

—No entiendo. Mi familia sabe que estoy contigo desde hace más de dos años. ¿Por qué la tuya no puede saberlo?

—Leti, mi familia es judía, ellos piensan que solo los judíos pueden tener una relación con otros judíos. Yo estoy contigo porque me gustas, y de verdad que la pasamos muy bien juntos, pero no quisiera darles un disgusto en estos momentos en que están tan mal económicamente. Vamos a esperar a que su situación mejore y entonces hablamos con ellos para que te conozcan y conozcan a tu familia.

—Ale, pero es que a mí no me gustas. Yo me siento enamorada de ti. Me pone muy mal el solo hecho de pensar que tus padres puedan separarnos porque no soy judía.

—No lo harán, Leti, pero debes darles tiempo. Hemos pasado por muchos malos momentos, y eso los hace un poco renuentes a relaciones con católicos o cualquier otra religión que no sea la de nosotros.

—¡A mí no me importa la religión, hace meses que ni rezo! Dile eso a tu mamá, quizás así me quiera.

—Ja, ja, ja, ja, ja. No, Leti, eso no tiene que ver. Tranquila.

En ese momento, me puse a llorar, no sé si era por frustración o porque no me tomaba en serio, porque le había confesado que estaba enamorada de él y no me dijo nada, lo que sí es cierto es que no dejaba de llorar, y una maestra se acercó al ver la escena.

—Alessandro, ¿qué le pasa a Leticia? ¿Qué le hiciste?

—Estábamos hablando de un cuento muy triste, profesora, pero ya se le va a pasar.

Yo intervine y dije:

—Sí, profesora, disculpe. Él no me hizo nada, solo estábamos haciendo un análisis de un cuento sobre unas personas que pasaron muchas desgracias y eso me entristeció.

—Está bien, Leticia, pero cualquier cosa, ya sabes que puedes buscarme y hablar. En cuanto a ti, Alessandro, creo que te toca práctica de fútbol, así que anda al patio con tus compañeros y deja que Leticia se vaya al grupo de sus amigas.

Los dos asentimos, nos miramos y nos fuimos cada uno por nuestro camino.

No lo quise ver más durante el día. Al llegar a la casa, le pedí a mi mamá que me contara sobre los judíos.

—Hija, ¿para qué tú quieres saber de esa gente? Si es por Alessandro que me preguntas, debes preguntarle a él directamente. Pero dime qué pasa, ¿por qué te ves así de triste?

—Ay, mamá, es que Ale me dijo que no me podía presentar por ahora a sus papás, ya que yo soy católica. Dice que no la han pasado bien acá, parece que su negocio va muy mal y no quiere darles otro disgusto. Me siento fatal porque me ve como un disgusto para ellos y no he hecho nada para merecer eso.

Mi mamá me abrazó y me calmó sobándome la cabeza.

—Bueno, no es que quiera defender a los judíos, hija, creo que eso no lo haría jamás. Pero sí debes saber que la gente normal no los quiere. A los judíos normalmente se les atribuye la fama de usureros, de estafadores y de que juegan con el dinero de los demás. Me consta que no todos son así, pero pagan justos por pecadores, como decimos nosotros. En la vida te encontrarás con muchos más chicos, uno más bello que otro y que te convenga más. Apenas es tu primer novio, si así lo podemos llamar.

Mi mamá se detuvo un momento y me miró fijamente.

—Yo sabía que él te iba a decir eso cuando le plantearas que nosotros queríamos conocer a sus padres. Quería que te dieras cuenta de que no te conviene, hija. Eres muy joven, bella y con una gran familia católica y fascista. Hay personas que sencillamente no están destinadas a estar juntas.

—¿Qué? O sea, ¿todo esto lo sabías? Déjame decirte que deberían importarte mis sentimientos. ¡Soy tu hija, debes apoyarme, y yo amo a Alessandro! Quiero estar con él, así estén de acuerdo sus padres o no.

Mi mamá empezó a reírse y me dijo:

—¡Leticia, qué vas a amar tú a ese niño, si son unos jóvenes que apenas saben dividir y multiplicar! Eso que sientes a tu edad no es amor.

Me dio tanta impotencia que no le diera importancia a mi frustración que me puse de un color rojo fuego, me levanté y le grité:

—No sabes nada, mamá, ¿y sabes qué? Tampoco me interesa más que lo sepas. Estaré con el que me dé la gana estar, y resulta que es Alessandro, te guste o no.

En eso mi mamá por primera vez en su vida me dio una cachetada que me dejó la cara palpitando. La miré con una rabia descontrolada y me fui corriendo a mi cuarto. Lloré hasta que se hizo tarde. Ni me di cuenta de cuándo me quedé dormida.

Me despertó mi papá a las doce de la noche, se sentó en mi cama y me dijo:

—Me contó tu mamá todo lo que pasó y quería hablar contigo.

Me senté en la cama, me estrujé los ojos y me estiré. Después le dije:

—Está bien, papá, dime. Igual mañana me disculparé con ella, sé que no tuve que gritarle, pero es que ella no me entiende y sencillamente no quiere que esté con Alessandro y habla de una manera muy despectiva de él y su familia, pero yo lo amo, papá. Me siento incomprendida por todos.

—No creo que yo te pueda entender del todo, porque nunca he estado enamorado de ninguna judía, pero te voy a contar una cosa que tiene que quedar en secreto entre tú y yo.

En ese instante me emocioné porque mi papá me compartiría un secreto y asentí con la cabeza.

> Hace muchos años, antes de conocer a tu mamá, cuando era joven, atlético y muy activo, tenía trece años —sonrió y miró a la ventana mientras seguía contándome—, conocí a una muchacha llamada Fiorella. Era la niña más bella de todo el pueblo. La primera vez que la vi estaba jugando fútbol con todos mis amigos de la cuadra y oímos al otro lado de la calle un alboroto en torno a la casa 43, la cual llevaba años desocupada. Nos acercamos y vimos a toda la familia de Fiorella y a ella misma acomodando todo lo de la mudanza. Quedé impresionado por su belleza en ese mismo instante, y me escondí al otro lado de la pared para mirarla, no queríamos que nos vieran.

Me vio, sonrió, me apretó la mano y continuó:

La vi hasta que Vito, mi mejor amigo de la infancia, me dijo que siguiéramos jugando fútbol en el parque. Desde ese día, iba todas las tardes a ver si me topaba con ella. Pasaba al frente de su casa para ir a cualquier parte del pueblo, paseaba a mi perro por horas al frente de su casa, antes de ir al colegio, y al salir también pasaba por allí. Hasta que un día iba pasando, noté que se abrió la puerta y ella salió de su casa, fue directa a donde estaba y me dijo: «Te he visto por semanas pasar por al frente de mi casa y creo que no es casualidad. —Miró para el piso y se sonrojó—. Si quieres jugar o hablar, solo dímelo».

En ese mismo instante, me dio una pena infinita, no sabía qué responder ni qué decir. La verdad es que no me salía ninguna palabra por la boca. Ella se dio cuenta, empezó a reírse y me dijo para ir a comer un helado en la plaza. Desde ese día, todos los días íbamos a comer helado o a jugar en el parque. Ella tenía una sonrisa que me dejaba sin aliento y sin poder recomponerme por un rato.

Sus papás se enteraron de que siempre estaba conmigo y me mandaron a llamar. Me preguntaron sobre toda mi vida y, por último, me dijeron que si yo quería algo sentimental con Fiorella, debía ser con el consentimiento y la supervisión de ellos. Accedí y les dije que de verdad me gustaba mucho Fiorella y que nunca fue mi intención ir en contra de lo que ellos querían. Así que así estuvimos varios meses. A veces me acuerdo de esos meses, hija, y no puedo evitar sonreír. El amor juvenil es lo más puro y sincero que existe. El primer amor es algo que nos corroe todo por dentro hasta dejarnos abismados en esa gran cápsula de amor. Lo cierto fue que al cabo de unos meses Fiorella se empezó a enfermar. Todos los días vomitaba, le dolían todas las extremidades, empezaron a vérsele todos los huesitos… Yo iba todos los días a su casa, pero nadie me decía qué le pasaba, solo estaba al lado de ella agarrándole la mano y hablando con ella cuando esta tenía fuerzas. Al cabo de un mes, estaba increíblemente enferma, no caminaba, no comía, no hacía nada.

Mis papás me llamaron una noche y me dijeron que los padres de Fiorella habían hablado con ellos y les habían contado que Fiorella estaba muy enferma. Tenía una enfermedad autoinmune que la estaba destruyendo por dentro. Me dijeron que el doctor había dicho que Fiorella no iba a durar más de dos meses. Yo les grité y les dije que eran unos mentirosos, que solo me querían lejos de ella porque era mucho más pobre que mi familia. Mi mamá me dijo que no, que era verdad, y me aconsejó buscarme otra novia, porque esa ya no valía la pena. Yo solo la escuché con una mueca como de sorprendido por sus palabras. Me dijo que era un chico joven y guapo, que podía conseguirme cualquier otra niña, que no había necesidad de estar con la única que se sabía que iba a morir rápido. Cuando dijo eso, yo agarré el jarrón de la mesa y lo estrellé contra la pared. Les dije todo lo que se me ocurrió que fuera ofensivo, nunca había tenido tanta rabia en mi vida. Esa

misma noche hice mi bolso y esperé a que se durmieran. Cuando se durmieron, me escapé por la puerta del patio.

Llegué a la casa de Fiorella y toqué la puerta, era muy tarde, pero sabía que me iban a abrir. Al cabo de unos minutos, abrieron la puerta y era el papá de ella. Le dije antes de que hablara que sabía que Fiorella estaba muy enferma y que quizás no durara mucho tiempo, por lo que quería pasar el último tiempo que me quedaba con ella. Le dije que podía quedarme en la sala sin problema. El papá solo me miraba mientras hablaba, cuando terminé me abrazó y rompió a llorar. Yo lloré con él un largo rato.

El trato al que llegamos fue que dormiría en la sala y que intentaría hacer feliz a Fiorella cada día. Me dijo: «Mínimo, debe reírse una vez al día». Desde entonces me quedé allí. Veía a Fiorella todo el día. La ayudaba, la besaba, la hacía reír. Todo lo que pudiera hacer para su bien lo hacía.

Efectivamente, ella murió, hija. Ese día fue el peor día de mi vida hasta que murieron tu tío y mi papá. Creo que me costó más de cuatro años superar la pérdida de Fiorella.

La veía en todos lados, ¿sabes? La sentía en cada cosa que hacía o pensaba. Soñé con ella por meses. Sabía qué habría hecho ella en cada situación. —Empezó a llorar, yo también estaba llorando, por lo que nos abrazamos fuertemente, él siguió hablando—: Ella me llenó de alegría todos esos meses. Nunca me enamoré igual, porque le tenía miedo a ese sufrimiento tan grande que representó Fiore en mi vida, hasta que conocí a tu mamá y me quitó todo el pesar que llevaba en mi corazón a raíz de la pérdida de Fiore.

—Quería contarte esto porque, de verdad, deseo no ser como mis padres. Ahora los entiendo y sé que tenían razón, quizás si me hubiera alejado a partir de ese día, no habría sufrido tanto, pero eso no le sirve al corazón cuando está enamorado, no es ningún consuelo. Se nota que estás enamorada de Alessandro. Lo siento en tu mirada cuando hablas de él. También sé que no te conviene por ser judío, y, sinceramente, odio a los judíos. —Sonrió y me dijo—: Pero tampoco quiero ser la persona que acabe con ese amor tan bonito, solo porque no me parece, ya tuve una muy mala experiencia con las prohibiciones amorosas. Solo te aconsejaré que tengas paciencia con él. Háblale. Pregúntale por su cultura e historia. Así entenderás por qué no quiere presentarte a los papás, y también sabrás identificar si en algún momento lo hará. Si ves que no tiene intenciones de hacerlo nunca, entonces deberías replantearte esa relación, porque no llegará a nada más que a sufrimiento para ti, ya que siempre esperarás más de lo que él puede darte, y eres mi hija, Leti, no permitiré que él ni nadie te haga daño. ¿Entendiste?

—Sí, papá, muchas gracias. No sabía de Fiorella, a decir verdad, no supe de ninguna otra mujer en tu vida aparte de mi mamá. ¿Al final cuando ella falleció volviste a la casa de mis abuelos?

—Sí, Leti, volví, y ellos me acogieron como solo los padres hacen, con un abrazo. Yo ahora entiendo muchos comportamientos de mi papá y mi mamá. Uno a tu edad piensa muy distinto. Te digo que de verdad Fiorella fue importante en mi vida, me marcó por muchos años su pérdida. Mi mamá sabía qué me pasaba e intentó por muchos meses hacerme reír o me daba más permiso del usual para salir… Los padres siempre saben cuándo en el corazón de los hijos hay un pesar muy grande. Ya sabiendo esto, es importante que sepas que ahora ustedes son más importantes que todo. Mi familia. Y, aunque pelee con tu madre porque pensamos diferente en cuanto a la forma en que se deben manejar las cosas en el país, la amo con locura y sé que ella también. Ahora duérmete, y mañana pídele disculpas a tu mamá por haberle gritado.

—Sí, papá, claro que sí. Gracias por confiar en mí. Buenas noches. Te amo.

Nos abrazamos un largo rato, me acarició el cabello y me acosté.

A la mañana siguiente, en el desayuno, le dije a mi mamá:

—Discúlpame por haberte gritado ayer, mamá.

Mi papá me sonrió y me guiñó el ojo. Ángelo, que estaba al lado mío, me miró con cara de asombro y siguió comiendo.

Mi mamá dijo:

—Te disculpo, hija, y quiero disculparme yo también contigo. Creo que me atacan los nervios de mamá al verte crecer tan rápido y estar pendiente de un niño que no me gusta tanto. A veces se me olvida cómo era yo misma a tu edad y cómo pensaba. Te amo y solo espero que ese judío no te haga daño, porque allí sí que se las verá conmigo.

Ángelo dejó de comer y dijo:

—¡Y conmigo! Aunque, mami, si me permites decir algo, ese Alessandro es muy tranquilo, solo estudia con Leticia y saca buenas notas como todo un sabelotodo. Es lo único que se ve que hace. Más inofensivo y se transforma en una oruga.

Yo empecé a reírme y abracé a Ángelo, él me separó enseguida y dijo:

—Uhh, no me abraces.

Mi papá se empezó a reír y todos comimos en paz.

Los días transcurrieron normal por un tiempo. Yo veía a Alessandro

solo en el colegio, hablábamos, nos besábamos a veces y estudiábamos.

Mi mamá cada día se veía más alejada de mi papá, y este cada vez llegaba más tarde a la casa. Aunque, apenas lo hacía, nos besaba a Ángelo y a mí y nos decía todo lo que nos quería. Ella se limitaba a verlo, a cantarle a mi hermano, y cuando entraban en el cuarto se escuchaba algún que otro grito de mi mamá, pero nada que nos asustara.

Un día que salimos del colegio, pasé buscando a Ángelo a su salón, y en la salida me encontré con Alessandro y los papás. Yo me quedé petrificada, pero seguí caminando, intentando que no me vieran; en eso me llamó Alessandro y me pidió que fuera a donde estaban ellos.

Yo jalé de la mano a mi hermano y me acerqué.

—Papá, mamá, ella es Leticia. Se la presento.

La mamá me escudriñó con la mirada, vio a Ángelo y le sonrió, después me estiró la mano y me dijo:

—Mucho gusto, Leticia. Alessandro me ha hablado mucho de ti. Gracias a ti me dice que tiene las mejores notas del colegio.

—Ehh, sí, bueno, él estudia mucho y es muy inteligente, señora.

El papá, Jacobo, se me acercó y me dijo:

—Sí, a veces es inteligente, aunque no para lo que le conviene, ¿o sí, Alessandro?

Alessandro me miró primero y después al papá, entonces dijo:

—Como tú digas, papá. Creo que ya es hora de irnos. Adiós, Leticia, cuídate. Adiós, Ángelo.

Yo me fui enseguida. Me sentía mal. Pensaba que nunca les iba agradar a los padres de Alessandro. Mi hermano se dio cuenta de mi cara y me dijo:

—Leti, no dejes que te afecten esos viejos marranos, igual al que le debes gustar es a Alessandro, ¿no?

Me quedé pensando en sus palabras y le dije mientras caminábamos:

—Sí, bueno, tienes razón.

Siempre me asombró la capacidad que tenía Ángelo para intentar que los que estábamos a su alrededor no estuviéramos mal. Ojalá le hubiera durado por siempre esa empatía que sentía por todos.

El tiempo pasó y Mussolini decidió en 1923 que se imprimiera más moneda para pagar las deudas de la guerra contraída con Estados Unidos y Reino Unido. Esto definitivamente no fue una sabia decisión,

porque, como supimos y vivimos después, hubo un aumento en la inflación y la lira estaba en constante descenso, así que todo empezó a aumentar estrepitosamente, por lo que siempre escuchaba quejas de mi mamá en la mesa por estos elevados precios, pero, claro, solo cuando nos tenía a Ángelo y a mí solos.

Dos semanas después de la decisión de la impresión de más moneda, mi mamá empezó a reírse de manera sarcástica al escuchar en la radio todos los beneficios que traía la «excelente iniciativa del Duce». Al terminar el programa, nos dijo:

—Yo no entiendo cómo pretenden solucionar un problema de inflación con la impresión de más moneda, si lo que hacen es ocasionar que el dinero valga cada vez menos. ¡Es oferta y demanda! Sencillo, ¿no? No se necesita tener muchos años de preparación universitaria para saberlo y, aun así, esta gente toma decisiones tan importantes para un país como tomar agua por la mañana. ¡Ni lo piensan bien!

Nos miraba como si nosotros pudiéramos refutar algo, yo me limitaba a asentir, pero no entendía nada de lo que me decía.

—Bueno, olvídenlo, disculpen por meterlos en algo que no debería y que un niño no debe estar pensando, igual no le digan nada a su padre de lo que he dicho. Todo lo que digo es para él una traición al Duce, y no quiero ocasionar más problemas entre su padre y yo. ¿Puedo confiar en ustedes?

Los dos asentimos y seguimos comiendo.

Estas quejas nunca las hizo al frente de mi papá. Habían llegado a un acuerdo no escrito de no hablar de temas sensibles sobre Mussolini, y cuando estaban en público mi madre hablaba como la más devota del fascismo, hasta me sorprendía su habilidad para cambiar de personaje. Cuando estaba con nosotros era claro que ya no le agradaba mucho, pero no estaba totalmente en contra de todo el sistema; pero ni estas pequeñas inconformidades las podía hacer en voz alta si quería seguir teniendo una vida tranquila.

Una vez, al salir de la reunión de padres y representantes del colegio, le dije que era increíble cómo actuaba en público, como la más leal seguidora del Duce, cuando yo sabía que no era así, si siempre se quejaba de él.

Ella me miró y me dijo muy bajito:

—Antes de responderte, es importante que entiendas la gravedad de que alguien te escuche hablando así, hija. Por favor, discreción

cuando hables de este tema tan sensible. Y, por otra parte, te explicaré algo que te servirá para el resto de tu vida: todo ser humano puede razonar, equilibrar entre el bien y el mal, por lo que es muy importante que siempre te cuestiones sobre las buenas o malas acciones que ves a tu alrededor. En mi caso específico con el fascismo, no es que no piense que es una buena ideología, solo opino que tiene sus cosas buenas y otras no tan buenas. Es cierto que debe poner una mano dura contra la delincuencia, estoy de acuerdo con su manera de enaltecer el sentimiento de nacionalismo de todos los italianos, estoy de acuerdo con cómo ha manejado la política exterior, ya que todos los países nos respetan por él, estoy feliz por las obras públicas que ha hecho, pero hay otras cosas con las que no estoy de acuerdo, y son las que ustedes, mis hijos, me han escuchado. Porque vuelvo y te repito, hija, el ser humano puede pensar, razonar y criticar, solo hay que saber con quién hacerlo. Por ejemplo, con tu papá no puedo expresar mis disgustos porque los camisas negras piensan que toda crítica al Duce merece un castigo. Y eso es algo con lo que no estoy de acuerdo, pero no puedo pretender que tu papá piense igual que yo. Cada ser humano tiene libertad de pensamiento y hay que convivir con eso.

Yo me quedé reflexionando sobre sus palabras y le dije:

—Pero a los comunistas no se les puede perdonar, mamá. Son una plaga.

Mi mamá se limitó a decirme que tenía razón y dejamos la conversación hasta allí.

Capítulo tres

El 6 de abril de 1924 fueron las elecciones en Italia. Yo estaba sumamente indignada en estas primeras elecciones —en las que yo estaba consciente de lo que eran— porque me enteré de que las mujeres no podían votar, y claro que yo era menor de edad y no lo habría hecho de todas maneras, pero la desigualdad y el que pensaran que las mujeres no podían pensar igual que los hombres siempre me molestó muchísimo. La sociedad italiana de esos días era lo más machista que se podría ser, y cuando hablaba de este tema en el colegio me decían: «Es que eres mujer y no lo entiendes, ustedes no tienen el mismo discernimiento que los hombres para escoger gobernantes». Esa respuesta, lejos de calmarme, me ponía mucho más conflictiva, y la mayoría de las veces me terminaban de sacar del aula de la clase para que me callara y no formara más alboroto.

Varias veces me postulé como presidenta de la clase. Con este puesto podría tener autoridad suficiente para hablar con los profesores de los inconvenientes que tuviera mi clase, pero solo por ser mujer nunca nadie me escogía.

Todos sabían que iba a ganar el Partido Fascista en esas elecciones, si no era por miedo —obviamente, impuesto por los camisas negras—, era porque el país creía cada vez más en un modelo radical para gobernar.

Al ganar las elecciones, el principal diputado opositor, que, de paso, era socialista, Giacomo Matteotti, protestó por cómo se manejaron todas las elecciones, aunque había sido reelegido de todas maneras. Mi papá llegó ese día fúrico a la casa al enterarse de que había ganado nuevamente su puesto como diputado.

El 30 de mayo del año 1924, Matteotti tomó la palabra en la Cámara de Diputados y lanzó el histórico discurso en el que explicó todas las ilegalidades y los abusos cometidos por los fascistas el día de las elecciones, incluidas las represiones, las intimidaciones y los abusos que cometieron las personas adeptas al fascismo. Dijo, además,

que hubo fraude electoral.

Él sabía que su discurso sembraría la semilla de la duda en el pueblo contra Mussolini, pero estaba anuente de la sentencia que se acababa de hacer, por lo que dijo: «Yo ya he hecho mi discurso. Ahora les toca a ustedes preparar el discurso fúnebre para mi entierro». Estábamos todos más que seguros de que el discurso en contra de Mussolini y la represión que sufriría de parte del Duce sería inmensa y bestial.

Ese día, al terminar de escuchar a Matteotti por la radio, mis padres se miraron asombrados el uno al otro, nadie le hablaba al Duce con ademán de humillarlo e intentaba poner en contra al electorado y vivía para contarlo.

Mi mamá le dijo a mi papá:

—Miguel, ese hombre está loco. Hay cosas que no se pueden decir, aunque se piensen, ¿cómo que no sabe en qué país vive y quién es Benito Mussolini? Con lo salvaje que es con sus opositores, no me extrañaría que llegue mañana al Congreso golpeado y con un par de huesos rotos.

Mi papá se levantó y empezó a caminar en círculos, después de un rato dijo:

—Estoy seguro de que esto no se quedará así. Los más radicales de los camisas negras se encargarán de darle lo merecido a ese socialista. Lo que pasa con ese hombre es que no tolera que el Duce gane con un margen tan grande, y en cambio su estúpido Partido Socialista no llegó ni a la esquina. Los humillamos, ese es todo su problema, pero se equivocó al hablar así en plena radio nacional.

—Ay, Miguel, yo espero que no le vaya a pasar un daño muy grande, pero sabiendo cómo se manejan las cosas acá… Sinceramente, creo que no lo va a contar.

Ya a los catorce años podía entender lo que sucedía y las consecuencias de esos actos, y, tal como escuché ese día con mis padres, nos enteramos poco después de que mataron a Giacomo Matteotti en Roma el 11 de junio de ese mismo año. Fue secuestrado el 10 de junio y se encontró su cuerpo en descomposición el 16 de agosto. Se sabía que habían sido los militantes fascistas los autores de este hecho.

¿Quién podría dudarlo?

Ese día pelearon otra vez mis padres. Mi mamá le dijo gritando a mi papá el mismo 16 de agosto:

—Miguel, dime que no tienes nada que ver con la desgracia de ese pobre hombre.

Mi papá no la volteó a mirar, pero contestó:

—Ojalá tuviera que ver con lo que le pasó a ese socialista de mierda. Deja de sentir compasión por la escoria que hay en el país. ¿Es que no entiendes que con ellos expresando sus ideales asquerosos siempre tendremos la ventana abierta para que el pensamiento socialista se esparza por el pueblo? Hay que callarlos a todos, sea por las buenas o por las malas.

—¡Ay, por favor! ¿Cómo puedes decirme que por las buenas? ¿Ustedes hablan con los socialistas para que dejen de hacer lo que hacen? Primero les rompen las dos piernas y después les preguntan si son culpables. Son unos salvajes.

—Beatrice, sinceramente, cada día te soporto menos. Esas personas no son como tú y como yo, son escoria, y como escoria merecen el destino que ellos mismos se forjaron.

—Ah, como Tito, ¿no? Seguramente era una amenaza para el régimen, y por eso los animales como tú lo mataron.

La mirada de mi mamá se clavó en los ojos de mi papá. Este último le dio un puñetazo a la puerta y le dijo:

—Ya basta con lo de Tito, me tienes enfermo con el mismo tema, pero sí, tienes razón. Era una amenaza y, como tal, el régimen se defendió.

Mi mamá solo se limitó a mirar el piso hasta que por fin subió la mirada y le dijo:

—Claro, claro… Los camisas negras se defendieron de una sola persona que estaba sola en su casa, y seguramente los ocho o diez que entraron a matarlo eran los más aterrados por los pensamientos y actos de mi hermano. Miguel, no me vengas con cuentos de partido y con querer convencerme de algo que nunca te perdonaré.

—Yo no lo maté, Beatrice. Y si no me vas a perdonar nunca, deberíamos replantearnos esta relación entonces.

Ese día solo escuché la pelea y me fui a mi cuarto.

Me empecé a hacer a la idea de que era mejor para ambos que no estuvieran juntos. Yo no me podía imaginar peleando todo el tiempo con Alessandro, ni teniéndole tanto rencor, como era evidente que sentía mi mamá por mi papá. Últimamente era imposible verlos contentos juntos, sonriendo, así fuera por algo minúsculo. Sencillamente nunca había temas alegres que les hicieran romper esa

pared que se habían construido.

La situación del país empeoró a raíz de la brutal muerte de Matteotti, y la popularidad del Duce se vio afectada en todas partes. Aunque mi papá no lo quisiera admitir, había más personas que creían en algo parecido a los derechos humanos, muchos no aceptaban que su ídolo se llevara las vidas de las personas que estaban en contra de él, de la manera más descarada y evidente posible. En esos días me preguntaba cómo era posible que tantos italianos supieran y apoyaran los actos bárbaros de los camisas negras, por creerlos «necesarios para el bien común», y al mismo tiempo reprochar que muriera el diputado socialista más famoso de Italia. Esa doble moral la percibía en todos lados. Hasta Alessandro, quien provenía de una familia que para mi cabeza era ultrafascista, me dijo en el colegio poco después:

—Mis padres están conmocionados por lo de Matteotti, creo que no asimilan que el Duce tenga tanto poder que mande matar a quien quiera y nadie pueda decir nada. Mi papá dice que se está volviendo cada vez más frío y prepotente, y eso no lo ayudará para mantenerse en el poder.

—Pero, Ale, sinceramente, ¿esta muerte qué tiene de diferente de las cientos de muertes que se han cobrado los camisas negras anteriormente? Eran personas socialistas o separadas del régimen, igual que Matteotti. Creo que sencillamente unas muertes afectan más que otras, pero, al fin y al cabo, todas lo son, y han muerto todos por pensar distinto al Duce.

Alessandro se quedó pensativo mirando a la pared, después de un instante dijo:

—Tienes razón, pero creo que esta muerte fue pasar la línea. A mi entender, las otras muertes pasaban por accidentes o por riñas, o sencillamente ellos nunca admitían que habían sido ellos, aunque todo el mundo lo supiera. El hecho de que sea tan evidente que después de su discurso en contra del Duce amaneciera muerto le demostró al pueblo que se atreve a lo que sea y que no hay nadie que pueda contradecirlo, y esa altanería significa que el poder se le está subiendo a la cabeza. Esperemos que solo se quede en esta muerte y no cometa más errores, porque mi familia lo necesita a él en el poder para comerciar libremente y hacer todo lo que hace para sustentarnos, esto lo dice mi padre todos los días.

Los días pasaron, y con ellos las cosas empezaron a mejorar en la casa, pero no en la calle. Creo actualmente, después de tantos años,

que el asesinato de Matteotti fue el comienzo de la real locura fascista. Quizás me escuche un poco contraria a la doctrina fascista, pero la realidad es que por muchos años creí en el fascismo, pero me decepcionó de la peor manera posible, tanto que ahora no puedo sino sentir repulsión.

Volviendo a los últimos meses del año 1924, Alessandro y yo estábamos viviendo nuestra infantil luna de miel, llena de besos y palabras bonitas, mientras que en mi casa mi papá llegaba siempre tarde y mi mamá hacía mucho tiempo que dejó de esperarlo para cenar. Ángelo estaba creciendo y se empeñaba en participar en todas las actividades que yo hacía, por considerar que yo hacía «cosas de grande».

Me enteré por una amiga de que mi papá iba constantemente a la casa de una señora que vivía a seis calles de nosotros. Esta amiga vivía al lado de esa mujer que retaba con destruir a mi familia. Yo sabía que no faltaba mucho para que ese secreto llegara a oídos de mi mamá y, por supuesto, de todo el pueblo, por lo que decidí enfrentar a mi papá.

Lo esperé una noche y, en cuanto oí que llegó, bajé corriendo a recibirlo y le pedí que me acompañara a mi cuarto, ya que necesitaba hablar con él.

—Papá, necesito hablar contigo. Quiero que seas muy honesto conmigo. ¿Tú quieres separarte de mi mamá?

Me miró como sorprendido, pero me respondió enseguida:

—No, hija. A pesar de todas las peleas, yo la amo y no me quiero separar de ella. ¿Por qué lo preguntas?

—Pero si es obvio que ya no la quieres como antes, ¿por qué seguir con alguien a quien ya no ves lo suficiente? Que ya ni le hablas ni sales con ella, así sea a comprar pan.

—Bueno, es cierto que últimamente no nos la llevamos bien. Ella no es la misma persona de hace unos años. Me imagino que es natural que el ser humano cambie, pero a veces es difícil aceptarlo. De todas maneras, no quisiera separarme de ella ni de ustedes, y discúlpame si esto te ha afectado, es bueno que me digas lo que sientes.

—Mmm, bueno, papá, quizás no debería decirlo, pero yo prefiero que ustedes dos no estén juntos y se dejen de engañar a que todo el pueblo sepa que tú estás viendo a la señora María, que está a seis calles de aquí, y que traicionas descaradamente a mi mamá. Así que prefiero ser hija de unos papás divorciados y no de unos que tienen una relación tan mala que hace que mi papá le sea infiel a mi mamá.

Mi papá no daba crédito a lo que estaba escuchando, no podía creer que yo supiera sobre su aventura con esa mujer, y menos que me atreviera a decirle que lo estaba haciendo y que prefería que no estuviera con mi mamá. Mi papá procedió a negar todo, como sabía que iba hacer:

—No sé quién te dijo tal barbaridad, pero no es cierto, Leticia. Yo no engaño a tu madre ni quiero separarme. No entiendes cómo es nuestra sociedad con respecto a eso, pero te lo explicaré: nadie concibe el hecho de que una pareja de casados se separe. Quedaría mal vista tu mamá. A las divorciadas nadie las quiere. Deja de estar escuchando y creyéndole a cualquier imbécil que te dice cosas malas de mí. Tengo muchos enemigos que solo buscan dañar mi imagen.

—Si tú lo dices, está bien, papá. Ya escuchaste mi opinión, y espero que la tomes en cuenta.

Se levantó de la cama rápidamente y salió de la habitación sin mirarme. Yo sabía que había logrado lo que quería. Él debía tomar una decisión, si dejar a la otra, o saber que si seguía, yo misma sería una importante piedra en su camino al adulterio.

Después de ese día, mi papá decidió no volver a ver a la señora María, eso me dijo mi amiga, que no lo vio más rondando por la casa de esa mujer, y la verdad es que empezó a llegar temprano a la casa e intentaba alegrar a mi mamá con pequeños detalles y exquisitas comidas. Sabía que había logrado mi cometido y eso se sintió muy bien.

Nunca le comenté esta aventura a mi mamá porque veía que ya tenían suficientes problemas como para añadir otro, y más si él había recapacitado. Tenía todavía la ilusión de la familia y no quería ni imaginarme que todo se resquebrajara por un error de mi papá, aunque mi mamá no ayudara mucho.

Un día de enero de 1925, al llegar del colegio, mi hermano y yo vimos cómo mi mamá parecía un zombi escuchando la radio. Nos dijo que escucháramos porque era muy importante y, en efecto, resultaba que la actitud de mi mamá tenía una razón de peso, y era que en todas las emisoras solo se escuchaba a Benito Mussolini, que declaraba la dictadura en Italia y daba fin a todos los partidos políticos. Evidentemente, esto no lo supe porque lo entendí al escuchar la radio, sino porque al volver de mi cuarto y querer hablar con mi mamá, ella me dijo que la situación en el país iba a cambiar aún más.

Mussolini declaró que se hacía responsable político y moral de la

muerte de Matteotti y allí empezó el radicalismo más fuerte.

En los siguientes meses todos los partidos fueron abolidos, salvo el fascista. Las elecciones municipales dejaron de existir, se dejaron a un lado a los que no pertenecieran al Partido Fascista en cuanto a cargos públicos, por lo que si alguien quería surgir en algún cargo público, debía ser fiel fascista y odiar profundamente a los izquierdistas. También desaparecieron los derechos sociales, como el de huelga. La mínima sospecha era brutalmente castigada y la Organizzazione di Vigilanza e Repressione dell'Antifascismo (OVRA) transformó el país en un Estado policial donde todo era sumamente supervisado.

En las calles se sentía el miedo de la gente. Nadie se quedaba mirando fijo a nadie, era como si todas las cosas que se hacían día a día pudieran ser mal vistas en contra del régimen. En el colegio muchos compañeros se salieron y más nunca los vimos.

Había rumores de que algunos se iban a América del Sur, donde todo funcionaba relativamente bien.

Después que las aguas se calmaron, se evidenciaron los cambios positivos que venían con la dictadura fascista. Mi papá estaba feliz y no dejaba de elogiar cada cosita que venía del régimen. El Gobierno se dedicó a demostrar lo bueno que era haciendo muchas obras alrededor del país, obras de gran envergadura que mejoraban la imagen del país y del sistema.

Ángelo se empezó a comportar de manera ausente. No lo pude ver en ese momento, pero lo cierto es que supe muchos años después que en esos tiempos se sentía muy solo. Mis padres ya no le prestaban tanta atención por considerarlo grande y por estar en sus miles de problemas. Yo, por mi parte, estaba ensimismada con el colegio, mis amigos, las salidas, mis prácticas de cualquier deporte que se me ocurriera y con Alessandro, así que, sí, es verdad que ya no me la pasaba tanto con mi hermano, pero lo consideraba normal.

Ojalá hubiera actuado de manera distinta.

Capítulo cuatro

Empezando el quinto año de secundaria —decimoprimer grado—, casi toda mi vida giraba en torno a Alessandro. Todos los días después de clase me iba con Alessandro a comer un helado o a tomarnos un chocolate caliente agarrados de la mano, y antes de las dos de la tarde siempre nos despedíamos con un gran beso y cada uno se iba por su camino, no sin antes decirnos cuánto nos amábamos.

Sus padres claramente no me aceptaban, pero ya no mostraban oposición. Creí que se habían resignado a que su hijo estuviera con una chica que no fuera judía, yo me imaginaba toda mi vida con Alessandro, aunque fuese muy difícil de materializarlo debido a su religión, pero yo estaba dispuesta a convertirme al judaísmo si era necesario para estar con él.

En mi casa todos estaban acostumbrados a escuchar de Alessandro, fuera por mí o por Ángelo. Solían dejarme salir con él, pero con horas exactas y a lugares públicos. Mi mamá me había comentado que no le gustaba que todos me vieran con Alessandro en el pueblo porque claramente no sería el hombre con el que me casaría, debido a su religión, pero que no tenía ánimos de prohibirme ese amor, que me lo había prometido.

Esos meses fueron para mí muy enriquecedores, y cada vez que quiero darme un respiro y pensar en mi familia me remonto a aquellos días, en el comienzo de mi año escolar, cuando tenía dieciséis años. Muy pronto mi vida fue tomada por un huracán del que me costó mucho salir. No sabía qué hacer para librarme de toda esa tormenta.

A mediados de año, en mi colegio comenzó un fenómeno que cambió el ambiente escolar, ya que se observaba cómo los niños de todos los grados trataban mal a las niñas, alegando que estas no debían estar estudiando y que eran muy ineptas para recibir clase. A mí nunca me trataron mal porque siempre tenía a Alessandro a mi lado y este era mi guardaespaldas personal, pero muchas dejaron de ir de la noche a la mañana.

Los profesores cambiaron su manera de vernos a todas y sus discursos se enfocaron en los roles que debían asumir la mujer y el hombre dentro de una buena sociedad italiana, si queríamos crecer como nación.

Al preguntarle a mi mamá qué estaba pasando, esta me dijo:

—Ay, Leticia, si te contara todo lo que he escuchado. Mussolini empezó a difundir imágenes, campañas y programas de radio de cómo deben ser el hombre fascista y la mujer devota, donde enfatizan el trabajo en el hogar que debe asumir la mujer, su rol crítico en la fecundación y la vergüenza que representa el empleo de esta en una casa de familia. El Duce quiere hacer crecer la población de Italia y no ha hallado otra manera de hacerlo que discriminando a la mujer y exaltando el sentimiento machista de los hombres italianos. En mi trabajo nos bajaron la mitad del salario a todas las mujeres, y se nota en los ojos de mis compañeros su indignación de que esté allí, pero yo no puedo creer que estemos pasando por esto. Yo espero no perder mi trabajo, porque sinceramente no creo que nos alcance con lo que gana tu padre.

A lo que yo respondí:

—En mi colegio está pasando algo parecido, mami. Antes nos dejaban intervenir a las mujeres, hacíamos los mismos exámenes y todos en el salón de alguna manera nos sentíamos un gran equipo, pero desde hace varias semanas no me dejan alzar la mano cuando tengo una pregunta, los hombres se ríen por cada comentario que escuchan de nosotras, y para colmo varias amigas se han salido del colegio, así que me siento cada vez más sola. Si no fuera porque Alessandro siempre está a mi lado, no sé qué de divertido tendría ir al colegio. Por cierto, mamá, tengo que contarte algo de Ángelo, pero no quiero que le digas que te dije, por favor.

Enseguida se paró y me dijo que nos fuéramos al patio para que le contara.

—Mamá, me preocupa cómo se está comportando, está cada vez más callado, no quiere ir al colegio ni quiere salir, básicamente no quiere hacer nada. En el colegio siempre está con el grupo de niños que se portan peor, pero últimamente veo cómo le gritan, y él después se siente muy mal. No sé qué pasa, pero, por favor, intentemos averiguarlo.

—Lo haré, hija, no sé qué tiene tu hermano, pero sí lo he notado muy distante. No le digas nada a tu papá, por favor, sé que a él todo

este tema le parecerá una estupidez, porque piensa que los hombres no deben mostrarse débiles, y, bueno, tú sabes cómo es. ¿Te puedo pedir una cosa, Leti?

—Claro, mamá, dime.

—Cuando salgas con tus amigos o con Alessandro, por favor, lleva a Ángelo, intégralo, ¿sí?

—Mmm. Bueno, mamá, lo intentaré, pero es que él no encaja en mi grupo, es decir, es mi hermano menor y no es tan normal que se la pase conmigo y mis amigos.

Nunca nos habríamos imaginado que mientras nosotras estábamos hablando en el patio de mi casa, mi papá estaba en la sede del Partido Fascista escuchando las nuevas directrices que cambiarían el rumbo de nuestros días.

***

—Todos deben entender algo, el ser fascista va más allá de pertenecer a acá o hablar bien del Duce. Debemos representar en carne y alma lo que somos para Italia y guiarnos siempre por los lineamientos que harán a Italia más grande y poderosa ante sus adversarios. Es por eso que ningún hombre que se respete y quiera al fascismo como la suprema y única ideología podrá consentir que en su casa se haga algo que él no desea, que tenga a su esposa trabajando y no atendiendo el hogar o a sus hijas estudiando y no casándose o ayudando a mantener la casa en buenas y aceptables condiciones. Quiero que comprendan que somos el ejemplo que seguir, ¡y manteniendo la apariencia de que las mujeres son iguales que los hombres no lo haremos! ¡Italia debe crecer! ¡Todos ustedes deben tener como norte embarazar a sus mujeres y que tengan la mayor cantidad de varones posibles! En unos años, nadie detendrá a Italia si contamos con todos nuestros hijos y nietos para enorgullecer al partido y a la nación.

Miguel sentía que su mundo se le venía abajo, sabía que eso significaba que su relación con Beatrice se agravaría, porque esta mostraría oposición a dejar su trabajo por él, y peor, sabía que lo que ganaba mensualmente no alcanzaba para mantenerlos a los cuatro, que con el salario de ella podían mantenerse bien, dentro de lo que cabe. Sabía que su familia no lo aceptaría, pero ¿qué opción tenía?

Sus compañeros tuvieron que notar su consternación, porque varios

lo miraron, y al llamarlo para que dijera lo que pensaba y no obtener respuesta —estaba ensimismado en sus pensamientos—, uno de ellos se paró y le dio una cachetada tan fuerte que hizo que Miguel se cayera de la silla. En menos de dos segundos, se había parado y le encestó un puñetazo en la sien al que lo había cacheteado. Entre varios calmaron la pelea y los sentaron. El director de la sede, quien había dado el discurso anterior, lo miró fijamente y le dijo:

—Miguel, siempre has sido un fiel y devoto seguidor del Duce y él te lo agradecerá siempre, pero si no te pones los pantalones en tu casa y cumples con lo que acaba de decir y, peor aún, si sigues permitiendo que tu hija cristiana esté con un judío, lamento informarte de que serás expulsado del partido y de los camisas negras. ¿Está claro?

Miguel empezó a sudar muchísimo, no daba crédito a lo que le ocurría, pero sabía que tenía que hacerlo, porque al ser expulsado sabía que lo considerarían como traidor, y muy pocos salían enteros para contarlo, por lo menos una pierna le rompían.

Él respondió al cabo de unos segundos:

—No habrá necesidad de que me expulsen, director. Claro que seguiré la visión de mi partido, de la Iglesia y de mis hermanos italianos. Cuando llegue a la casa, hablaré con mi familia.

—Me parece que ya estamos hablando el mismo idioma, Miguel. Perfecto. Ahora todos vayan a sus casas y hagan lo que tengan que hacer.

Cuando todos se estaban yendo, el director agarró por el brazo al secretario y le dijo:

—Quiero que verifiques mañana si esa Beatrice, la esposa de Miguel, se atrevió a ir a trabajar. Eso significaría que ella es mucho más inteligente de lo que pensaba, pero sería el final de Miguel, no soporto a un hombre débil frente a su mujer. Me repugna.

El secretario asintió y salió de la sede del partido. Al cabo de caminar en círculos por las calles, corrió hacia donde estaba Miguel y lo acompañó a su casa. Le comentó lo que tenía que hacer por el director y le pidió a Miguel que actuara sabiamente y que utilizara las palabras adecuadas, porque sabía que no le iría muy bien si contrariaba al director. Miguel asintió y le dio las gracias por haberlo advertido.

***

Al llegar a la casa, ya era de noche y todos estábamos en nuestros cuartos. Mi papá nos llamó para que fuéramos a la sala y nos sentáramos en la mesa. Cuando todos estábamos sentados, empezó diciendo:

—Familia, sé que es muy difícil lo que les diré, pero necesito que comprendan la gravedad que implicaría el no seguir al pie de la letra lo que les plantearé.

Mi mamá le agarró la mano y le dijo:

—Sea lo que sea que debas decirnos, nosotros te apoyaremos, Miguel. Somos una familia. Cuéntanos.

—Hoy hubo reunión de partido. El director nos informó de varias directrices que debíamos seguir para dar el ejemplo a la población y empezar a honrar al Duce y al fascismo. De lo contrario, seríamos expulsados y considerados como traidores, y ya sabemos de sobra lo que les sucede a estos.

Su mirada divagaba por el piso, y al empezar a hablar levantó la cabeza y miró a mi mamá a los ojos.

—Lamentablemente, Beatrice, tengo órdenes de que debes dejar de trabajar. No consideran que una mujer haga un trabajo que no sea el del hogar. No es la imagen que quieren proyectar de la mujer fascista. Igualmente, debemos ir más a la iglesia, que nos vean rezando todas las semanas y mostrándote siempre acorde a tu papel de ama de casa.

Mi mamá no daba crédito a lo que le decía mi papá, significaba renunciar a todo por lo que luchó y por lo que había soñado para su vida. Ella le quitó la mano de encima y le dijo:

—Miguel, sé que debes de tener mucha presión para que me digas esto, pero debe de haber otra solución. Sabemos que no te alcanza con tu salario para mantenernos a los cuatro, desde que los niños tuvieron edad de poder ir al colegio decidimos que yo iría nuevamente a trabajar para poder darnos la vida que deseábamos. ¡Siendo un equipo! Cómo puede ser posible que porque a Mussolini se le ocurrió de la noche a la mañana la magnífica idea de que la mujer no servía para nada más que ser madre y esposa, entonces todos debemos creerle y adaptar nuestras vidas a un simple capricho de alguien que definitivamente se está volviendo loco.

Él respondió enseguida:

—Beatrice, cuida tus palabras. Sé que debe de ser muy duro para ti esto que te estoy diciendo, pero no permitiré que ni tú ni nadie hable mal del Duce en mi cara. No hay vuelta atrás. O dejas de trabajar por

las buenas o te encierro en la casa, pero no podemos arriesgarnos a que nos vean como traidores y que me quiebren una pierna, o peor, que me maten, porque tú querías algo distinto en tu vida. No nos dañarás la vida por tus sueños estúpidos.

Mi mamá respondió:

—¡No puedo creer lo que estoy escuchando! ¡En este país piensan que las mujeres somos peor que un cero a la izquierda! ¿Y qué les dirás a los de tu partido de por qué no tenemos más hijos o por qué no quedo embarazada? ¿Les dirás que después de Ángelo nos dijeron que no podía tener más hijos? ¡Seguro que si les dices, dirán que debes buscarte otra mujer para que te dé un par de niños más y así le des más hijos a Italia! Es que son tan imbéciles que solo piensan en lo que debería ser Italia, pero ni por casualidad han pensado que de nada sirve traer niños al mundo si no tienes qué darles de comer y, por lo tanto, ¡que se te mueran por inanición! ¡No tengo la más mínima idea de cómo haremos ahora sin mi salario! —gritó enfurecida mi mamá—. ¡No puedo creer lo que está pasando!

Empezó a caminar en círculos, mirando a mi papá a cada segundo, pero quitando rápidamente la mirada. Ángelo y yo sabíamos de la gravedad de las palabras de mi papá, y más después del amplio y detallado panorama de mi mamá.

Mi papá después dijo:

—No he terminado de hablar, Beatrice, por favor, siéntate. Sé que no nos alcanza con mi salario, pero tendremos que optar por hacer recortes y no comprar algunas cosas que sí hacíamos antes. En el patio deberíamos empezar a sembrar, y teniéndote en la casa puedes estar pendiente de las plantas.

Sabía que esas palabras enfurecerían a mi mamá muchísimo y, en efecto, pasó, porque inmediatamente dijo:

—¡Pero si no me están dando otra solución! ¡Cuidaré de unas estúpidas plantaciones para que mi adorado y santo esposo esté contento! Tengo que dejar que mis hijos coman menos y peor que antes por el capricho de alguien. Me parece que esta sociedad está retrocediendo, en vez de avanzar.

Mi papá decidió dejar esa parte de la conversación hasta allí, mirando fijamente a mi mamá e invitándola a sentarse para seguir.

—Ahora bien, Leticia, hija mía. Debemos cambiar muchas cosas.

Empecé a imaginar mil y un escenarios y todos eran horribles en mi cabeza. Sabía que lo que me diría mi papá sería algo que me

disgustaría muchísimo por su mirada. Este, al verme asustada, siguió:

—Hija, debemos sacarte del colegio. No puedes seguir estudiando, ya que no es un comportamiento de una mujer fascista.

Mi mamá se levantó de una vez y dijo:

—¡No lo permitiré! Me estás acabando mi vida, pero ¡no lo harás con Leticia! Ella debe seguir estudiando, quiero que sea un ejemplo para las mujeres de la sociedad y una notable profesional. Te pido que no la metas en esto, Miguel, ya es suficiente.

Mi papá se molestó muchísimo por la contradicción de mi mamá y, ante nuestros ojos, la agarró fuertemente del brazo y le dijo:

—Beatrice, si no te callas la bendita boca de una vez y me dejas hablar para que todos podamos enterarnos de cómo debemos vivir de ahora en adelante, te juro que te encierro en el baño hasta pasado mañana. ¡Ya basta!

Mi mamá le apartó el brazo y se sentó. En menos de un minuto, empezó a llorar como nunca antes la habíamos visto.

—Hija, sé que te gusta mucho la escuela y que eres muy buena para eso, me consta. Pero en el partido no ven con buenos ojos que una mujer se prepare tanto y que a tu edad no esté casada o comprometida. Quiero que empecemos a buscarte un esposo para que dentro de un año aproximadamente te cases y empieces a tener hijos.

Yo me exalté, empecé a llorar y parándome de la mesa le dije:

—¿Tú me estás diciendo que deje el colegio, mis amigos, mi vida y a Alessandro? ¿Es eso lo que me estás diciendo? ¿Tú quieres destruirme la vida?

—Leticia, no puedes estar con Alessandro, y eso lo sabíamos desde que empezaste tu relación con él. Es judío, hija, y no es nada bien visto que una buena cristiana esté con un judío, porque jamás se podrán casar, y si lo haces, estarías yendo en contra de nuestra santa Iglesia y eso sabemos que no podrá ocurrir jamás.

—¡Imposible que me arrebates a Alessandro y mis sueños! ¡Es mi vida, papá! Piensa en mí, soy tu hija, no ellos. Tú me dijiste que nunca te opondrías a mi amor, ¿por qué ahora sí? ¿Por qué debo tener una vida que no quiero solo porque no deseas quedar mal con tus amigos? No me hagas esto, por favor.

A mi papá se le fue una lágrima y antes de que pudiera continuar dijo:

—No hay más nada que discutir esta noche. Ángelo, por favor, escúchame, vigila a tu hermana y que no vuelva a ver a Alessandro y

mucho menos a acercarse a la escuela. Tú seguirás yendo al colegio, pero me empezarás a acompañar a las reuniones del partido en la tarde, después de mi trabajo, y te unirás a la Opera Nazionale Balilla, en los grupos de Balilla. Es hora de que te instruyas para algún día defender nuestro país. Tú, Beatrice, por favor, razona y no hagas esto más difícil. Y, Leticia, de verdad, lo siento, pero está decidido.

Me fui corriendo a mi cuarto, sabía que todos me miraban, pero no quería ni podía mirar a nadie. Entré al cuarto dando un golpe muy fuerte a la puerta y me desmoroné con la pared a mi espalda. Lloré hasta que empecé a ver la luz que entraba en mi cuarto por la ventana, dándome a entender que estaba amaneciendo y que comenzaría un pésimo día. No dejaba de pensar en cómo viviría sin Alessandro, en qué se convertiría mi vida después de esa noche. Pensaba que mi papá era un cobarde y solo velaba por su propio interés, sentía que nunca se había detenido a pensar en mí, en lo que me afectaría toda esa decisión y en lo mal que la pasaría con otro esposo que no fuera Alessandro.

A eso de las seis de la mañana, entró Ángelo a mi cuarto, me vio dormida en el piso con la misma ropa de la noche anterior y se sentó al lado, acariciándome el hombro. Al despertar y verlo, me senté y lo miré, a lo que él me dijo:

—Leti, debes de sentirte fatal, y créeme que haría cualquier cosa por verte contenta. No entiendo cómo mi papá puede dejarse convencer por su partido y hacerles la vida a todos más desgraciada.

Lo abracé y empecé a llorar en su hombro. Él lloró conmigo un rato hasta que le dije:

—Pero tú no debes estar triste, a ti no te ha afectado esa decisión de mi papá, aparte de ponerte como mi detective personal, no te cambió tu vida en nada.

Me reí un poco, pero él no se inmutó, y al cabo de unos segundos respondió:

—Para mí es horrible verlas pasar por todo esto. Sé lo buena que eres en el colegio y cuánto te quieren allá, cómo tu novio te cuida y te ama, igual que tú a él; no eres como yo, hermana. Tú siempre has tenido lo que has querido, a mí todo se me hace mucho más difícil. —Se acomodó y siguió—: El tener amigos para mí es horrible, porque pienso en cada cosa que estaría pensando el otro y busco la manera de agradarle, no me relajo con nadie, solo con mi mamá y contigo. Los profesores no logran captar mi atención y, en cuanto a chicas, bueno,

no hay nadie que me guste y definitivamente yo no le gusto a nadie.

Yo le agarré la mano y dije:

—¿Qué hablas, Ángelo, si tú eres bellísimo? Varias niñas deben de estar locas por ti, pero tú eres tan bobito que no te das cuenta.

Ángelo se quedó mirando al piso, sonrió y me dijo:

—Bueno, tú eres mi hermana, no creo que me veas feo. ¡Es más, si tú me dijeras que soy feo, pues significaría que para los demás sería horripilante!

Nos reímos los dos y lo abracé para decirle:

—Gracias por tus palabras, Ángelo, me has alegrado como no pensé estar ahorita. Pero de verdad que no sé qué voy a hacer, lo cierto es que no me quedaré con esa decisión. ¿Tú podrías hacer algo por mí?

Ángelo asintió y le dije:

—Te haré una carta, y quisiera que se la llevaras a Alessandro al colegio. Por favor, que solo la lea él. ¿Puedes hacer eso por mí?

Ángelo me miró un minuto y me dijo que sí, pero que se la diera escondida para que mi papá no lo notara.

Cuando él salió de mi habitación, agarré una hoja y empecé a escribir. Le contaba en la carta todo lo que había pasado y al final de todo el relato le dije:

> Amor de mi vida, yo no aguantaría un día sin ti y tampoco quiero. No puedo admitir que nuestra relación haya terminado por simple capricho de otros. Quiero que los dos pensemos en una solución para seguir estando juntos, porque de verdad que no me imagino mi vida sin que tú estés en ella.
>
> Me rehúso a vivir una vida que yo no pueda escoger.
>
> Espero tu respuesta, Ale, dásela a mi hermano. Él es de fiar.
>
> Te ama siempre,
> Leticia

La doblé y llamé a Ángelo, no grité muy fuerte para que mi papá no se diera cuenta. Cuando llegó, me dijo:

—Si lo veo hoy, se la daré. Cuídate, Leti, y te aconsejaré algo: por favor, habla con mi mamá. Está abatida completamente, no ha parado de llorar. Mi papá ya se fue al trabajo, ve a su cuarto y háblale, ¿sí?

Asentí y le di un gran abrazo. Apenas se fue, le toqué la puerta a mi mamá, y esta desde adentro me invitó a pasar a la habitación.

—Hola, hija.

Se le notaban las grandes ojeras y los ojos rojos de tanto llorar, yo

no debía de estar muy distinta tampoco.

—Hola, mamá. ¿Puedo quedarme aquí contigo?

Mi mamá asintió y me abrazó. Al cabo de un rato, me dijo:

—Ojalá todo fuera distinto, Leticia, pensé que nuestra sociedad había avanzado y estaba muy equivocada. Desde que naciste, pensé en que serías la mujer más feliz e inteligente del planeta, eras minúscula y hermosa, siempre deseé verte como a una mujer profesional. ¿Y sabes por qué? Te contaré:

A mi mamá la casaron con mi papá cuando ella tenía apenas trece años. No le dieron opción, la verdad, porque todo su matrimonio fue arreglado. Ella nunca estudió porque en esa época era mucho más raro ver a una mujer prepararse, aunque ahora tampoco es tan distinto, como habrás visto. Pero, bueno, el punto es que mi mamá me contaba que su vida antes de mi papá era muy aburrida porque solo cosía con mi abuela, atendía a los animales y estaba pendiente de no molestar a mi abuelo, porque parece que este tenía un pésimo carácter. Lo cierto es que casarse fue para ella el acontecimiento más esperado y más feliz de su vida. A los catorce ya estaba embarazada, y a los dieciocho ya tenía dos hijos, y uno de esos era yo. Pasaron los años y mi mamá nunca se iba de la casa, decía que no podía dejar los animales y sus deberes con su hogar.

Un día, cuando yo tenía diez años, mi mamá me dijo que se había entusiasmado con aprender a escribir y leer porque su vecina sabía y esta le dijo que le podía enseñar. Lo cierto es que aprendió a escribir y a leer, pero a escondidas de mi papá, porque este decía que el aprender no era cosa de mujeres, ya que las distraía de lo verdaderamente importante. Finalmente, él se dio cuenta de que mi mamá sabía leer, y sinceramente no me acuerdo de cómo se enteró, pero cuando lo hizo escuché cómo mi papá le gritaba y la golpeaba de una manera que nunca antes había visto. Entendí por sus gritos que él se sentía muy aludido porque no le creía que la vecina la había enseñado y pensaba que había sido un hombre. Mi papá no le dejaba de decir que si quería estudiar y hacer cosas «impuras y no cristianas», que se fuera de la casa, pero que se iba a ir sola, porque nosotros no podíamos aprender un mal ejemplo.

Obvio, mi mamá no se fue y mi papá más nunca le pegó, y ella no quiso aprender más nada nunca, pero cuando yo cumplí catorce años ella me dijo: «Hija, quiero que aprendas todo lo que yo no pude, que seas una mujer muy fuerte, como la que nunca fui». Esa frase causó tanto revuelo en mí que busqué la manera con unos compañeros del pueblo de aprender a sumar, restar, leer y escribir. Empecé a leer libros cuando me casé con tu papá porque él me demostró que no era ese tipo de hombre que quería a su esposa bruta. Por eso, aunque hemos peleado y gritado por años, nunca he pensado

en dejarlo, porque él me dio la libertad que sabía que sola, con mi familia o con otra pareja nunca tendría. Tu papá siempre me ha dado paz.

Cuando le dije por primera vez que quería trabajar, no puso resistencia y, más bien, me enseñó unas cosas esenciales sobre el trabajo con cartas. —Empezó a reírse mientras le salían unas cuantas lágrimas—. Sé que no me cambiaron a Miguel los del partido, entiendo que está presionado y que por eso nos dijo todo eso, pero no me da tristeza lo que pasó con tu papá, Leti, me dan tristeza mi país, las mujeres de esta nación, que por años han vivido oprimidas y bajo la capa de un hombre para poder protegerse y, peor, siendo maltratadas a sus anchas solo porque él es el hombre de la casa. Llegué a pensar cuando ustedes eran pequeños que la sociedad había cambiado, por lo menos en ese aspecto, yo me sentía libre, productiva, con una bella familia y viviendo un sueño de vida.

Qué increíble es cuando una se da cuenta de que todo lo que pensaba era mentira y de que ahora no le queda más que aceptar su destino. Y tú deberías hacer lo mismo, hija.

Me paré en silencio, miré afuera de la ventana por un rato y le contesté:

—No, madre. No lo haré, y lo siento, pero mi papá me está arrebatando todo lo que quiero y me está dejando sin nada, ¿y esperas a que me rehúse como tú y ya? ¿Me cruzo de brazos porque así es el destino? No puedo.

Al decir esto, dejé la habitación, y al llegar a mi cuarto ya estaba decidida en lo que haría. Esperaría a que llegara Ángelo y a que este me dijera qué le había dicho Alessandro.

***

Ángelo llegó ese día al colegio muy nervioso y triste. Apenas vio a Alessandro, le dio la carta y le dijo que esperaría la respuesta para llevársela a Leticia al final de la mañana. Alessandro recibió la carta, pero estaba muy extrañado de no ver a Leticia, ya que nunca faltaba, ni cuando se sentía mal.

Al leer la carta, no pudo evitar pensar que siempre supo que ese momento llegaría, pero lo evitaba a toda costa por el amor que sentía hacia ella. Pensó en la injusticia del mundo y en lo machista que era Italia. Él mismo había reconocido varias veces que Leticia era una de las niñas más inteligentes que jamás había conocido, que contaba con una capacidad de perdonar y ser tan feliz con las cosas más pequeñas

de la vida que lo embargaba de alegría cada vez que estaba con ella.

Pidió una hoja de papel y empezó a escribirle la carta a Leticia:

> Amada Leticia:
>
> Qué situación tan desagradable te ha tocado vivir.
>
> No puedo pensar en otra cosa que no sea en ti, tampoco me puedo imaginar cómo te tuviste que haber sentido… Ojalá hubiese estado contigo.
>
> *¿Cómo serán mis días sin ti? Eres mi luz.*
>
> No sé cómo esto termine, pero te digo que acá en el colegio se oyen muchos rumores de que todos vamos a tener que recibir entrenamiento militar, y el tema de las mujeres es algo preocupante. Desaparecen sin dejar rastro, así, como tú, un día vienen a clases y al otro ya no se las ve más. Algunos fascistas están llevando la ideología a un nivel exagerado. ¿Cómo pueden considerar a una mujer como tú como un ser ignorante?
>
> Tú eres brillante, debes saberlo. Nunca pensé que pasaría esto contigo, pero quizás el destino no desea que estemos juntos. ¿Será eso?
>
> Debemos vernos por última vez, así sea para despedirnos, pero necesito verte y besarte una vez más.
>
> Con amor,
> Alessandro

Al terminarla, dobló la carta y esperó hasta la salida para dársela a Ángelo, quien estaba pendiente de esta respuesta.

Ángelo le dijo a Alessandro:

—Alessandro, mi papá quiere que lo de ustedes termine de una vez, debes entender que se acabó, igual que ella. Es injusto, pero no se puede hacer de otra manera.

Alessandro se limitó a mirarlo y asintió.

***

Al llegar Ángelo a la casa, fue directo a mi habitación y me dio la carta, quiso salir inmediatamente para ahorrarse la mala imagen de su hermana llorando al leer la carta, pero no lo dejé.

—Ángelo, dime cómo lo viste. ¿Está bien? ¿Te dijo algo?

—No, Leti, se limitó a leer la carta, me dio las gracias, y luego, cerca del mediodía, me dio la respuesta.

—Mmm. Está bien, gracias, hermano.

Ángelo asintió y salió velozmente de la habitación.

Yo sabía lo que quería hacer, pero tenía que constatar que era lo mismo que quería Alessandro, no se puede obligar a alguien a arriesgar todo por algo en lo que no cree o que no quiere, ¿no? No sabía qué pensar.

Leí la carta y no supe cómo reaccionar. ¿Ya daba todo por perdido? ¿Por qué no me daba ninguna solución y solo se limitaba a lamentarse? ¿No me quería? Empecé a llorar y lo hice por horas, no sabía si lo que haría sería lo correcto o si debía aceptar mi destino, así como lo planteó Alessandro en su carta. ¿Debía rehusarme?

Al cabo de un rato, dejé de llorar y tomé la determinación de que intentaría, de todas las maneras posibles, que nadie me apartara del amor de mi vida, que ni mi papá ni nadie determinara el destino que tenía pensado y deseaba tener. No podía quedarme como una simple mujer sumisa. Me escaparía y me iría a la casa de Alessandro, pero no podía hacerlo sola, así que llamé a Ángelo para que me ayudara.

—Leticia, ¿tú estás loca?

—Ángelo, piensa en las posibilidades que tengo si me quedo: casarme con un hombre que no quiero, no estudiar más, no ser nunca autosuficiente y, por lo tanto, depender siempre de un hombre, no conseguir un trabajo jamás, ver a mi mamá llorar todos los días por la desgracia de vivir una vida condicionada por una ideología, un papá que quiere más a su partido que a su familia, y así puedo enumerar un sinfín de razones más para irme con el hombre que me hace más feliz en todo el mundo.

Ángelo se quedó callado y rompió a llorar.

—¿Es que acaso no importa si me dejas a mí? En esta casa nadie piensa en mí, y lo peor del caso es que siempre pensé que tú lo hacías, pero me equivoqué.

En ese momento, caí en cuenta de que no me había detenido a pensar en lo que podría afectar a mi hermano esa decisión, solo pensé en mí, pero, como hermana mayor, ¿no debía pensar en él?

—Ángelo, no quise decir eso, discúlpame. Tú eres el que más me importa en esta casa.

Ángelo me miró con mucha rabia, más de la que jamás le había visto, y me gritó:

—¡Mentira! No te importo, y tú a mí tampoco. No te pienso ayudar.

Salió de la habitación corriendo y yo no pude detenerlo. Era entendible que se molestara, lo sabía, pero ¿qué podía hacer? ¿Pensar en el bienestar de mi hermano y quedarme a vivir una realidad

desdichada?

Ahora que han pasado tantos años desde ese día, recuerdo con pesar el sufrimiento que le causé a mi Ángelo. Yo fui un gran eslabón en su vida que hizo que se desplomara al no tenerme. Creo que toda la vida me culparé por el sufrimiento que le pude haber evitado a Ángelo, pero no tenía otra opción, era dañar su vida o la mía, y la decisión ya la había tomado.

Capítulo cinco

Metí lo que creí indispensable en una mochila y a las dos de la madrugada salí silenciosamente de mi casa y corrí hasta la casa de Alessandro.

Mientras corría tuve muchos sentimientos encontrados, sabía que la escapada haría que mi papá se enojara muchísimo y que querría buscarme hasta por debajo de las piedras, pero confiaba ciegamente en que Alessandro tendría la solución perfecta.

Al llegar a la casa de Alessandro, todas las luces estaban apagadas y no se veía nada moviéndose adentro, así que agarré una piedrita y la tiré a la ventana de su habitación. Esperé unos segundos, pero nadie salió, así que lancé de nuevo otra piedrita a su ventana, sin pensar mucho en la fuerza que estaba ejerciendo —lastimosamente—, y, acto seguido, estalló la ventana en varios pedazos.

Mi reacción cuando estalló la ventana fue esconderme detrás de unos arbustos que había en la calle, ya que todas las casas encendieron sus luces y temía que alguien me viera, pero primero se asomó Alessandro por la ventana, ya sin vidrio. Al verlo, me salí de mi escondite y le hice señas para que me abriera la puerta de la casa. En menos de dos segundos, estaba abriéndome la puerta y yo corrí para entrar, pero me percaté de que los vecinos de enfrente me veían por la ventana principal. No le presté atención, ya que solo quería estar adentro de la casa de Alessandro.

Nunca me imaginé que, cuando entrara a su casa, estuvieran en la entrada Ale, la mamá, el papá y la abuela. Todos mirándome con una cara muy seria y pidiendo una explicación por mi acto vandálico e inesperado a las dos de la mañana. El primero en hablar fue el papá de Alessandro, Jacobo:

—Leticia, ¿se puede saber la razón de tan grande imprudencia e inesperada visita a estas horas? Del susto agarré la pistola y salí corriendo para ver quién había sido la persona que nos despertó a todos con el horrendo sonido de una ventana al estallar, y veo que es

la persona que menos pensé ver en estas condiciones en mi casa.

Yo miré a Alessandro, procurando que este viera a través de mi mirada la seriedad de la situación, y este dijo:

—Leti, ¿qué te pasó? ¿Por qué estás aquí?

Los miré a todos, pero terminé mirando fijamente al padre de Ale y dije:

—Lo siento, señor Kohen, de verdad que no fue mi intención romper su ventana, y le pido disculpas por el susto que les hice pasar, pero necesito hablar con Alessandro a solas por un momento, por favor, créame que es urgente.

Jacobo observó a Alessandro con ojos inquisidores, y este le hizo ademán con los hombros como de que no sabía la razón o el motivo de nada de lo que había pasado.

Intervino la madre, Antonella, y dijo mirándome:

—Debe de ser un motivo importante para que hayas venido a estas horas y hayas hecho este espectáculo, así que creo importante dejarlos hablar solos acá en el salón de la casa, querido.

Jacobo respondió mirando a Alessandro:

—Tienes razón. Alessandro, habla con Leticia acá en el salón, después quiero hablar contigo.

Todos dejaron el salón y me dejaron sola con él. Apenas vi que nadie nos miraba, lo abracé y empecé a llorar. Él no sabía muy bien cómo manejar la situación, así que me abrazó y no paraba de preguntarme qué había pasado.

Al calmarme un poco, le dije:

—Mi papá me quiere casar con otro, no sé quién todavía, pero el punto es que yo quiero estar contigo, Alessandro. No me dejan ir más al colegio y que lo termine, mi sueño de ser médica está arruinado, y mi papá me quiere destruir la vida alejándome de ti, de mis amigos, de mis estudios, y quiere que me case con un cualquiera que simplemente sea cristiano y que le empiece a dar hijos, pero yo quiero poder decidir sobre mi vida, no quiero que ni mi papá ni nadie decida el rumbo que debo tener. Quiero estar contigo y ser libre.

Alessandro se alarmó. Empezó a caminar de un lado para otro escuchándome.

—Ale, yo sé que tú quieres estar conmigo, así que enfrentemos a nuestros padres e impongamos lo que es nuestro deseo. Merecemos que no nos condicionen nuestras vidas.

Alessandro no sabía qué responder ni qué pensar. Me entendía,

pero no quería ir en contra de los deseos de sus padres y de lo que sabía que sería un camino tortuoso para mí.

—Leticia, ¿y has pensado en dónde viviremos? Tu papá quiere que tu vida sea una desgracia, pero el mío no me ha dicho nada parecido.

Negué con la cabeza. No tenía respuesta.

—¿Y qué vamos a comer, si yo no tengo trabajo? ¿Tú crees que tu papá no te buscará hasta por debajo de las piedras? ¿Y cuando se entere de que estás conmigo qué pasará? ¿Crees que mi familia aceptará que me vaya con una cristiana? Me planteas ir en contra de mi familia y arruinar mi vida académica, porque si nos vamos, tendré que trabajar y dejar el colegio para mantenernos. No lo sé, Leti… Debo pensarlo.

Yo respondí inmediatamente:

—Yo también trabajaré, Ale, de lo que sea, pero no me tendrás que mantener, nos ayudaremos mutuamente, así como hacía mi mamá antes de que a mi papá le entrara la locura.

Antes de que Alessandro pudiera responder, entró la mamá a la habitación y nos dijo que quería hablar con su hijo un momento.

Yo me senté y ellos se fueron del salón y se sentaron en la mesita que había en la cocina.

***

—Hijo, he escuchado lo que te ha dicho Leticia.

Enseguida Ale dijo:

—No debías hacerlo, madre, era una conversación privada.

Antonella le empezó a hacer cariño en el cabello y le dijo:

—Disculpa por escuchar, Alessandro, pero, primero, es mi casa y escucharé todo lo que quiera dentro de ella y, segundo, quiero decirte mi opinión antes de que tomes una decisión.

Él asintió y la mamá prosiguió:

—Ustedes llevan años siendo novios a escondidas. Sabías que no lo aceptábamos tu padre y yo, pero, con todo y eso, seguiste con ella, y debe de ser por el amor tan grande que le tienes a esa niña. La amas, ¿no?

Ale asintió y contestó:

—Claro que amo a Leticia, mamá, más que a nada, pero lo que ella me está pidiendo es demasiado y no quiero ir en contra de mi familia, de la Torá y del rabino. No sé qué hacer.

Ella asintió sonriendo un poco y respondió:

—Hijo, lamento decirte que llevas años yendo en contra de la Torá, al estar con una cristiana, a pesar de todos los regaños del rabino. El mismo rabino te dijo varias veces que ni un beso debías darte con Leticia porque se consideraba un acto promiscuo, y todos los días la besabas, la agarrabas de la mano y la abrazabas. No me puedes mentir, porque te he visto. Para mí es importante decirte mi punto de vista, a pesar de que una buena mujer judía siempre preferirá que su hijo esté con una judía para preservar su sangre y linaje, no puedo dejar de observar que Leticia tiene muchísimo coraje y una determinación que he visto en muy pocas mujeres en mi vida. El solo hecho de querer ir en contra de su familia porque no quieren que se siga educando demuestra un gran espíritu de superación, y el que le hayan dicho que debe casarse con un cristiano y tener hijos y que no lo haya consentido demuestra que es una mujer muy terca, enamorada de ti profundamente y difícil pero también con una valentía importante.

Le acarició la mejilla y siguió:

—Una mujer con esa tenacidad seguro que te impulsará a ser la persona más trabajadora y eficiente del mundo, y al fin al cabo ese es el rol de la mujer, hacer de su hombre el mejor de todos. Si es tu deseo, puedo intentar convencer a tu papá, pero debes casarte con ella. No puedes irte a vivir con ella a ningún lado sin estar casados, porque mancharás nuestra reputación y el rabino será muy severo en su juicio. Puedes quedarte aquí con ella mientras terminas de estudiar, pero ya casados y ella convirtiéndose en judía, preferiblemente.

La única respuesta que pudo salir de la boca de Alessandro fue:

—Debo pensarlo, mamá. Mi papá no lo aprobará, Miguel me buscará y el rabino se molestará conmigo.

Su madre se paró de la silla y le contestó:

—Vete a dormir y piensa lo que te dije. No te despidas de Leticia. Tranquilo, que me ocuparé de ella, pero acuérdate de algo, hijo: no debes dejar de ser feliz aunque con tus actos molestes a otros. No estás haciendo nada malo, y uno no manda en el corazón. Ahora vete.

Ale la miró preocupado.

—Pero, mamá…

Ella lo miró con severidad y dijo:

—Vete a tu cuarto, limpia el desastre del vidrio que se rompió, sin cortarte, por favor, y piensa en lo que te dije. Duerme, ella estará bien.

Alessandro se levantó de la mesa, abrazó a su mamá y se fue a su cuarto, no sin antes pasar rápido por el salón y ver a Leticia de espalda. No pudo evitar pensar en cómo se estaba volviendo su vida de complicada y se dijo: «Entre todas las mujeres del mundo, me enamoro de la más aventurera, terca, inteligente y hermosa de todas». Sonrió y después se fue a su cuarto.

***

Antonella llegó a la sala y me dijo que la acompañara. Yo le pregunté por su hijo y me dijo que lo había mandado a dormir, que mañana hablaríamos bastante.

Me preocupé, pero la seguí hasta un pequeño cuarto que estaba cerca de la cocina.

—Aquí tienes sábanas limpias, y ese de allí es un baño. Puedes utilizarlo cuando quieras. Mañana hablaremos todos.

Me senté en la cama y le dije:

—Muchas gracias, señora, pero Alessandro y yo no hemos terminado de hablar y necesito saber qué haremos, porque estoy en una situación complicada.

La mamá se sentó en la cama a mi lado y me dijo:

—Leticia, yo escuché todo lo que le dijiste a mi hijo. No te pediré disculpas por mi intromisión, pero te digo algo: no es correcto que una niña de tu edad y de tu belleza ande por la calle en plena madrugada por un arrebato con su padre. Eso solo demuestra tres cosas: tu inmadurez, tu enamoramiento y tu determinación, y créeme que no siempre esa combinación es mala. No he estado nunca de acuerdo con tu relación con mi hijo, creo que él merece algo mucho mejor, por lo menos una buena y devota esposa judía, pero yo no puedo decidir sobre su corazón y él ya decidió hace mucho tiempo de qué lado estar. Quiero apoyarlo, sea lo que sea que decida, pero tú debes descansar y hablar con claridad mañana.

Asentí y le dije buenas noches, esperando de todo corazón que mañana me dieran respuesta de cómo iban a proceder.

***

Miguel se levantó temprano, observó a Beatrice por unos minutos mientras dormía pensando en lo distinta que era su vida ahora, ya que

ella siempre se levantaba antes que él y le preparaba el desayuno a ella y a los niños, pero desde que no estaba trabajando se había sumergido en una tristeza de la cual no sabía cómo hacerla salir. Se levantó y fue por una taza de café.

Al llegar a la cocina, se encontró a Ángelo desayunando pan con un poco de queso. Se sentó al lado de su hijo, tocándole el hombro, y le preguntó cómo amaneció, y él le respondió:

—Bien, papá, pero quien amaneció hace rato es Leticia, y se fue.

Miguel lo miró extrañado y le respondió:

—¿Cómo que se fue, hijo? No entendí.

Ángelo lo miró fijamente y le dijo:

—Se fue, papá. No está en su cuarto y definitivamente al colegio no fue.

Miguel se paró de la mesa y fue corriendo al cuarto de Leticia, no sin antes gritar:

—¡Leticia! ¡Leticia! ¿Dónde estás? ¡Leticia!

Al llegar al cuarto de ella, vio la cama tendida y más nada. Efectivamente, no estaba. Fue corriendo a su habitación y le dijo a su esposa:

—¡Beatrice, despierta! ¿Dónde está Leticia?

Beatrice se levantó exaltada y respondió:

—¡Yo qué voy a saber, Miguel! Debe de estar en el baño o algo, ¿dónde más estaría? Es una niña, no una mujer invisible.

Miguel le respondió:

—Beatrice, te estoy diciendo que no está en la casa. Por favor, párate y vamos a buscarla.

Beatrice en ese momento cayó en cuenta de que debía de ser verdad, por la actitud que estaba tomando Miguel. Se levantó, se puso un abrigo y salió del cuarto. Al llegar al cuarto de Leticia, empezó a buscar algún indicio que le pudiera decir dónde estaba.

—Miguel, ¿y si salió a comprar algo o a caminar? Quizás ya viene y solo necesitaba respirar aire fresco.

Miguel la miró y suspiró.

—¿Y por qué no avisa? Ella sabe que debe pedirme permiso para salir de esta casa.

Beatrice asintió y le dijo:

—Tienes razón, y esperemos que efectivamente haya salido a caminar o a lo que sea, y la castigaremos cuando llegue, pero, por ahora, conservemos la calma. Ven, vamos a comer algo.

Beatrice le agarró la mano y lo sacó de la habitación. Cuando estuvieron en la cocina, se sentaron junto a Ángelo en la mesa.

—Hijo, ¿hay algo que debamos saber?

Ángelo, quien se había mantenido callado todo ese tiempo, decidió hablar:

—Bueno, sí, mamá. Leticia se fue y no regresará.

Miguel empezó a sudar. Beatrice le respondió:

—¿Cómo que se fue y no regresará? Ángelo, dime, por favor, qué sabes ahora mismo.

Sin inmutarse, ni bajando la mirada, le respondió a la madre:

—Lo que acabo de decir, mamá, que no me escuches o que no me quieras creer es otra cosa. Entiendo que sin Leticia ustedes no puedan vivir, es la hija preferida y bla, bla, bla, pero, bueno, tendrán que aprender, porque ella se fue y para siempre.

Miguel se levantó y agarró a Ángelo por la camisa, hizo que este se levantara de la mesa del jalón.

—Ángelo, yo no estoy para jugar ahora mismo, o me dices dónde está Leticia, y me lo dices ahora, o tendremos serios problemas tú y yo.

Beatrice tuvo que levantarse y separar a Miguel de Ángelo. Sabía por las palabras de su hijo que este estaba herido y hablaba desde su lado afectado, debía calmar la situación si no quería que él también se fuera de la casa.

—Miguel, suelta a Ángelo ahora mismo y te sientas.

Miguel miró fijamente a Beatrice y entendió que esta estaba hablando muy en serio. Se sentó y ella agarró la mano de su hijo y le dijo:

—Ángelo, por favor, vamos a hablar. No sé por qué dices esas cosas, los dos son mi todo, mi vida, mi aire y mi razón para despertar cada mañana. No digas esas cosas. Me afectan tú y tu hermana. Por lo que necesito saber lo que sabes de ella y si está bien, por favor.

Ángelo miró a su mamá y empezó a llorar. Sabía que debía decirles, pero una parte de él quería que más nunca llegara Leticia. Aunque la extrañaría, por lo menos sus papás solo le prestarían atención a él y no se sentiría tan solo más nunca.

—No quiero que ella vuelva, ¿no entiendes?

Su mamá no había dejado de hacerle cariño en la mano, así que lo abrazó y le dijo:

—¿Por qué, hijo? ¿Qué pasó?

Él dijo, mirando solo a la madre:

—Sin Leticia con nosotros, por fin podrán dedicarme tiempo a mí y no tratarme como a un invitado o a alguien al que no quieren con ustedes. Siempre hablan de Leticia, la alaban, la regañan, se centran en lo que hace y lo que no hace, si habla con amigas, si tiene novio o si el novio es bueno o malo. ¿Y yo qué? Nadie me pregunta nada, solo me miran, me dicen las cosas básicas y más nunca me vuelven a hablar. Dejen en paz a Leticia y vivamos una vida sin ella.

Beatrice no pudo contener las lágrimas, sentía que todo en su vida se desmoronaba. Su hija se había ido, y no sabía a dónde, si estaba bien o mal, su esposo estaba fuera de sí y con más presión de la que en su vida hubiera tenido, pero nunca vio que su hijo se sentía tan mal y tan apartado de la familia hasta ese momento. Sentía que su trabajo como madre había sido pésimo.

Ángelo, al verla llorar, le dijo:

—Mamá, por favor, no llores, ella está bien.

Ella le respondió entre lágrimas:

—Hijo, lamento muchísimo que te hayas sentido así durante tanto tiempo. Debiste decírmelo antes. Sé que tenemos muchos problemas y, a veces, la situación del país nos hace ser mucho más fríos y monótonos, pero no quiero que tengas la menor duda de que te amo más que a mi vida y de que los días en que tu hermana y tú nacieron fueron los días más especiales de mi vida. Me atrevo a hablar por tu papá ahora y a decirte que no hay día que no agradezcamos el tenerte en nuestras vidas. Discúlpanos por haberte hecho sentir así.

Miguel se había calmado un poco y le dijo a Ángelo:

—Disculpa por haberme molestado tanto, hijo. No estoy molesto contigo, ¡sino con Leticia y el mundo! ¿En qué momento nuestra vida se volvió tan caótica? Lo que dice tu madre es cierto, yo te amo, hijo, con todo mi corazón, pero también amo a tu hermana, de la misma manera, y quiero asegurarme de que está bien y de que vuelva a casa. Por favor, dinos qué sabes.

Ángelo se limpió las lágrimas, se decidió a hablar, así que dijo:

—Ella ayer me dijo que se quería ir de la casa porque sentía que no tenía sentido el seguir viviendo acá. Me dijo que su vida había cambiado completamente, que amaba su colegio y a sus amigos y que se los habían arrebatado, que le habían prohibido ser alguien independiente y profesional en la vida y que la habían condenado a casarse con un hombre al que no conoce ni quiere conocer, ya que

quiere a Alessandro.

Miguel dijo, al cabo de unos segundos:

—¿Pero quién le dijo a ella que lo del matrimonio era ya? Eso lo dije para que se planeara para el año que viene.

Beatrice interrumpió y dijo:

—Miguel, que a una mujer le digas que se casará con alguien a quien no ama, sea ahora o sea dentro de un año, la hace sentir que no tiene poder de decisión, que su vida definitivamente no irá nunca como quiere. Y, además, si tiene un novio al que ama como ella a Alessandro, sentirá que no la quieren feliz.

—¿Y tú qué querías que hiciera? ¿Esperar a que me amenazara el propio Mussolini? Yo pertenezco a un partido político al que debo respetar y mi familia también.

Ángelo dijo en ese momento:

—Papá, de verdad que no mediste las consecuencias que podía traer esa decisión tuya en la familia, solo velaste por ti.

—Ángelo, yo soy el hombre de esta casa, y jamás se ha visto en otras familias fascistas esta rebeldía por parte de una hija. Encontraré a Leticia, y la paliza que le voy a dar no va a ser normal. Tendrá que aprender que las directrices las pongo yo y no ella.

Beatrice le contestó riéndose:

—¡Oh, Miguel, pero de verdad que tienes unas ideas tan buenas! Por favor, ¿pero es que tú no piensas ni un poquito las palabras antes de decirlas? Tu hija está pasando por un momento horrible que yo como mujer entiendo. No la apoyo, pero debes abrir tu mente y comprender que le has dado un cambio de ciento ochenta grados a su vida.

Miguel dijo:

—Por ti es que ella se comporta así y toma estas decisiones que solo demuestran los pocos valores que le infundiste. Saldré ahora mismo a buscarla. Ángelo, ¿te dijo tu hermana dónde podía ir o algo?

Ángelo sabía que a todos se les había ido de las manos. No quería que a su hermana le dieran una paliza y tampoco quería que sus padres pelearan, pero si les decía que seguramente estaba con Alessandro, Leticia no se lo perdonaría y, por lo visto, regresaría.

—No, papá. No lo sé.

Beatrice intervino y dijo:

—Ángelo, prefiero que el día de hoy no vayas al colegio. Saldré con tu padre a buscar a tu hermana. Quédate acá por si ella llega, por

favor. ¿Te parece?

Ángelo asintió.

Miguel y su esposa fueron a la habitación a cambiarse para salir, estaban decididos a conseguir a su hija y traerla a casa.

Beatrice rezaba por que Dios le diera tranquilidad y serenidad a Miguel, y que así este, al ver a Leticia, no se enfureciera tanto.

Beatrice entendía a Leticia, pero no podía aceptar su decisión así como así.

Se vistieron y salieron de la casa.

Capítulo seis

Me levanté a eso de las cinco de la mañana. No podía seguir durmiendo con la ansiedad que me invadía. No podía dejar de pensar en qué haría mi familia cuando no me viera en mi cuarto. Ángelo sabría que me escapé, ¿me delataría? O, por otra parte, ¿Alessandro estaría realmente de acuerdo con lo que hice? O, peor, ¿y si él no quería tenerme allí y me pedía que me fuera? ¿A dónde iría? ¿Y si su mamá no nos dejaba estar juntos? ¿O su papá? ¿Por qué todo era tan complicado?

Me bañé y estaba lista en el mismo cuarto donde me dejó la mamá de Ale, esperando a que alguien entrara y me dijera algo. No quería salir e importunar más de la cuenta, sabía que lo de la noche anterior había sido la peor introducción de todas.

Al cabo de un rato, entró en la habitación Alessandro. Al verlo, me alegré muchísimo y le dije:

—Ale, al fin te veo. ¿Cómo estás? ¿Cómo dormiste?

Él se me quedó mirando mientras me hacía cariño en el cabello, a los minutos me dijo:

—Leticia, tú estás loca, cómo se te ocurre venir a las dos de la mañana, romper mi ventana y decirme que ya no puedes regresar a tu casa y que te quieres quedar conmigo porque tus padres se volvieron locos. ¿No pensaste en hablar conmigo antes? ¿Quizás no era lo más sensato? Las decisiones no se toman así, apresuradamente, Leti.

Inmediatamente se me aguaron los ojos y le dije:

—Ale, de verdad, no tenía otra opción. No dejaré que me conviertan en algo que ellos quieren y yo no. Es mi vida y haré lo que quiera. No quiero que me separen de ti, ¿es que no entiendes? Pero quiero que me seas honesto. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Quieres estar conmigo o no? No puedo seguir en esta expectativa de qué es lo que pasará con mi vida y si tú quieres estar conmigo de verdad o no.

En ese momento, entró la mamá de Alessandro, sin darle chance a este último de decir algo, y ella misma me respondió:

—Leticia, buenos días. Sabía que encontraría a mi hijo contigo. Sea lo que sea lo que quiere mi hijo, lo importante es hablar de qué haremos contigo. Tus padres no demorarán en buscarte, y evidentemente vendrán aquí. No hay que ser muy adivino para suponer que su hija está con su novio.

Alessandro intervino:

—Mamá, quizás Leticia pueda quedarse en la cabaña que está detrás de la casa.

Antonella respondió:

—Ese es el depósito, pero, aunque te dijera que sí, ¿tú crees que es muy sensato esconderla como a un criminal? ¿Cuando lleguen sus padres qué les diremos? Si su padre descubre que tenemos a su hija escondida, mandará a los camisas negras a por nosotros, y créeme que nuestra suerte no será muy buena.

Alessandro respondió:

—¿Y entonces qué quieres hacer? Ella no puede volver a su vida así como así. Quiero estar con ella, mamá, por favor.

La mamá asintió y nos dijo que la acompañáramos a la mesa para desayunar y hablar con su padre.

Me puse excesivamente nerviosa, me empezaron a sudar muchísimo las manos y hasta los pies los tenía sudados. No sabía qué me diría su padre, pero lo tomaba como un señor muy severo.

Nos sentamos y Jacobo fue el primero en hablar:

—Leticia, como entenderás, debemos tomar decisiones rápidas, porque no tardarán tus padres en llegar a buscarte. Seguro que ya están en camino.

Como pude, intervine, pero sabía que mi voz se escuchaba muy bajito, ni yo misma creía que era capaz de escucharme. Estaba muy nerviosa.

—Señor, de verdad, discúlpeme. Mi situación no es nada fácil en estos momentos, y yo quiero estar con su hijo, pero entiendo su angustia y quiero disculparme primero.

Jacobo me miró de manera más cálida al ver mi nerviosismo y habló más pausado:

—Cuéntame cómo es tu vida y qué te hizo tomar la decisión de venirte a mi casa a tan inoportunas horas.

Alessandro me apretó la mano debajo de la mesa como señal de apoyo. Agarré fuerza y le expliqué todo lo que había sucedido con mi

papá, su partido, su amenaza con casarme, el haberme sacado de la escuela, el querer separarme de Alessandro y que empezara a tener hijos con un hombre al que aún no conocía y no quería conocer.

Todos me escucharon atentos y al final del relato el padre dijo:

—No puedo decirte que actuaste bien, porque no me gustaría que una hija me hiciera lo que tú acabas de hacer, pero sí creo que mi esposa tiene razón al decir que eres una niña con una determinación que yo mismo no he observado mucho, ¡y menos en mujeres! Creo que mi hijo se complica la vida contigo, no te mentiré, pero es su decisión y ya no quiero seguir en contra de esta relación, porque me hago viejo y con los años aprendemos que es mejor ser feliz que estar detrás de ideas que hacen desgraciada la vida de tus seres queridos. Ahora toca ver la manera de apoyarte.

Alessandro, emocionado, dijo:

—Papá, ¿y si la llevamos al depósito que está atrás de la casa?

Enseguida él respondió:

—Alessandro, si vienen los camisas negras, revisarán toda nuestra propiedad, y al encontrarla allá no saldremos muy bien parados, si sabes a lo que me refiero…

La mamá intervino diciendo:

—Yo le dije eso mismo a Alessandro, y él no quiere entender, pero, escuchen, creo que tengo una idea. Debemos hablar con tu mamá, Leticia.

No entendí muy bien su deducción y pedí que ampliara un poco más su idea:

—¿Por qué mi mamá? Ella no tiene que ver con esto. Además, ella está de acuerdo con que me case con un don nadie al que no conozco solo porque mi papá lo dice.

Ella dijo:

—Tú puedes decir lo que quieras, pero madre es madre, y ella sabe en su corazón que tú no te sientes bien con lo que está pasando y te intentará ayudar. Solo necesita ayuda para verlo mejor.

Jacobo dijo:

—Pero, mujer, ¿qué pretendes hablando con la madre de esta criatura? ¿Qué podrá hacer al respecto? El que manda en esa casa es su esposo, y este para colmo es del Partido Fascista. Con el perdón de Leticia, esa gente lo que hace es maltratar a los que piensan distinto a ellos, maltratan a sus mujeres y queman los libros en las plazas, para eso sí son buenos, de resto carecen de muchas otras habilidades.

No me gustó su comentario sobre mi papá. No es que en ese momento me encantara lo que me había hecho, pero seguía siendo mi papá y sentía rabia si alguien, aparte de mí, hablaba mal de él.

Todos nos quedamos mirando a la madre de Alessandro, como a la expectativa por lo que diría.

—Escuchen: Alessandro quiere estar con Leticia, ¿no? Y Leticia con él. Lo que debemos hacer es, primero, esconderla del padre y, por otro lado, yo hablaré con la madre de Leticia, porque lo que hay que hacer es casarlos de una buena vez.

Todos nos miramos las caras sin saber muy bien cómo reaccionar. El primero fue el papá de Alessandro, que dijo:

—Bueno, creo que hay que hacerle la consulta al rabino primero.

A lo que respondió la mamá:

—Pero qué le vamos a preguntar al rabino, si ya sabemos su respuesta. No querrá que Leticia se case con nuestro hijo porque no es judía. No debemos preguntar, debemos decirle que la decisión está tomada.

Jacobo se levantó de la mesa y se recostó en la pared para decir:

—No iré en contra de lo que desee y ordene el rabino en esta situación. Si bien es cierto que quiero ayudar a Leticia a que no se le desgracie la vida, porque sé que Alessandro la quiere, tampoco es que me atraiga que nos saquen de la sinagoga por esta situación. La única manera de que esta idea tan extrema se lleve a cabo es que Leticia se convierta al judaísmo, pero si no, mejor vamos pensando en otra opción.

Alessandro me miró y dijo que quería hablar conmigo a solas. Al papá no le molestó, pero era evidente que para su mamá era muy difícil no estar en cada decisión y observación que diera su hijo.

Cuando por fin estuvimos solos, me dijo:

—Leticia, para serte sincero, nunca pensé que algo así pudiera ocurrir.

—¿Cómo? Yo siempre quise estar contigo, y no tengo problema en hacer lo que sea necesario para estarlo, pero si tú no quieres, dímelo de una vez, Alessandro, y acabamos con esta incertidumbre que me está matando.

—No es eso, yo te amo, Leticia, y no me imagino el mundo sin ti, pero quiero que entiendas algo antes de tomar cualquier decisión.

»Mi papá se dedica a comprar y vender muchas cosas, como pieles, artículos hechos de madera, telas. Normalmente, todos sus productos

los vende en París, pero también han sido comprados en Roma y alguna que otra vez en Berlín. Este oficio del comercio nos ha dado de comer a toda mi familia por décadas, y lo más seguro es que yo haga lo mismo, porque es lo que me han enseñado a hacer, y sé que podré sacar adelante a mi familia con este oficio, pero hay algo que es muy importante que comprendas, Leti, y es que somos judíos no ortodoxos. Más bien nos inclinamos por el movimiento Haskalá, el cual quiere que todos los judíos nos integremos en las sociedades donde estemos, que hablemos el idioma de donde vivamos y que vivamos cerca de los que no tienen nuestras creencias para poder avanzar sin excluir. Es por esto que en nuestra familia nos sentimos italianos como ningún otro, nos duele cada injusticia y problema que le suceda a cualquier italiano, sin importar si es católico, musulmán o judío, pero así somos nosotros. No son así los demás.

»Donde vivíamos antes, nos incendiaron la casa unos cristianos, y en las paredes nos escribieron con carbón que eso nos pasaba porque los judíos habíamos matado a Jesús. Y, sí, eso es algo que pasó hace muchísimos años y, aunque no fuera así, toda la historia, la verdad, es que hay mucho odio por nuestra cultura y religión. Con suerte, nosotros no estábamos en la casa cuando se incendió, pero al ver lo que había ocurrido, nos mudamos a Predappio buscando más tranquilidad y menos odio. Yo no pude elegir ser judío, y si me preguntas, la ley de Moisés es lo que más quiero y la sigo como directriz en mi vida, pero también entiendo las otras culturas, me doy a conocer y soy abierto a cualquier punto de vista, mientras que sea razonable. Así me enseñaron mis padres, nunca me impusieron nada y quisieron que yo, sobre todas las cosas, me sintiera orgulloso de ser italiano y judío.

»Si te quedas conmigo, debes someterte al escarnio de las personas, que se evidencia en sus miradas esquivas y a veces con odio, como también pueden presentar rechazo tan solo al verte caminar con mi familia. Tú puedes elegir no vivir eso porque eres cristiana y nunca te obligaría a dejar ninguna creencia, pero viviendo conmigo te mirarían igual que a mí.

Yo me quedé pensando un instante en todo lo que había dicho Alessandro. ¿Eso era lo que quería realmente? Y me respondí muy rápido.

—Ale, no sabía que habían pasado por esas cosas tan horribles. Lo lamento mucho, y créeme que mientras tenga vida te defenderé a ti y

a tu familia.

Alessandro se alarmó al ver lo obvio de la respuesta y, como lo pude notar, le dije:

—Sí, Ale, sí quiero estar contigo.

—Ay, Leti, ¡seremos muy felices!

Nos abrazamos y besamos por mucho tiempo, hasta que la madre de Alessandro llegó y nos preguntó cuál había sido nuestra decisión. Mientras Alessandro me agarraba la mano fuertemente, llamó a su papá para que estuviera presente en nuestra decisión.

—Nos casaremos, papá, y yo mismo hablaré con el rabino, pero no obligaré a Leticia a convertirse al judaísmo por mí, quiero que sea decisión de ella y no un requisito para estar conmigo. Además, padre, siempre hablas de lo buen filósofo y letrado que es Moses Mendelssohn y cómo ha afectado positivamente su ademán de integrar a los judíos en la sociedad, entonces no veo por qué debemos oponernos a un matrimonio entre dos personas que se quieren por lo que dice un rabino que tiende a ser más ortodoxo que otra cosa.

Jacobo no sabía bien cómo tomar esa reacción, así que prefirió preguntarle a su mujer qué opinaba.

—Si mi hijo y Leticia están de acuerdo, yo no tengo nada más que pelear. Siempre hemos querido diferenciarnos de los judíos ortodoxos, y creo que esta prueba es perfecta para ello.

—Bueno, si mi esposa y mi hijo decidieron, no hay más que hacer. Leticia, bienvenida a nuestra familia.

Jacobo me abrazó y yo no pude evitar soltar un par de lágrimas.

Antonella dijo enseguida:

—Ya teniendo la decisión tomada, necesitamos esconderla hasta que la boda se haga. Lo mejor es que se vaya a la casa de mi hermana Anna, que no está a más de una hora de aquí. Ella es viuda y nunca tuvo hijos, así que no tendrá problema en cuidarte si le mando una carta contigo. Por otro lado, Alessandro, mejor vete al colegio, o si no, levantarás sospechas. Vete ya.

Alessandro asintió y se fue corriendo a su cuarto a cambiarse.

—Tú, Leticia, por favor, agarra todas tus cosas y vete con mi mamá a donde mi hermana Anna. Yo me quedaré con Jacobo en la casa para recibir a tus padres cuando lleguen. ¡Ahora apúrense!

Me fui corriendo al cuarto que habían dispuesto para mí y dejé todo como si nunca nadie hubiera estado allí. En la puerta me esperaba la abuela de Alessandro, quien estaba muy nerviosa por toda

la situación, pero no mostraba resistencia alguna.

Nos fuimos a las siete de la mañana de la casa y caminamos lo más rápido que se podía.

***

Miguel no dejaba de pensar en su hija y en cómo su vida había cambiado drásticamente por tan solo una decisión suya. Veía a Beatrice a su lado y sabía que estaba todavía molesta por lo que había pasado, pero ¿qué podía hacer?

Caminaron directos a la casa de una de las amigas de Leticia que vivía muy cerca de la calle donde ellos mismos vivían, esperando que allí estuviera. Beatrice intuía que no estaba allí, pero prefería hacer tiempo para pensar qué hacer en caso de que Leticia estuviera en la casa de Alessandro. Sabía lo que debía hacer, pero entendía a su hija. Ella misma se veía abrumada por las decisiones de su esposo. ¿Cómo no iba a entender a su hija? La habían obligado a dejar todo lo que ella quería para convertirse en alguien que no quería y solo le causaría desdicha. ¿Pero cómo hacía para que Miguel entrara en razón? ¿Debía ir en contra de su esposo y ayudar a su hija, muy a pesar de su matrimonio? ¿Y si los del partido se enteraban de su decisión y les hacían daño? Muchas preguntas y pocas respuestas.

Llegaron a la casa de una de sus amigas. Al abrirles la puerta, dijo:

—¿Qué desean? Son los padres de Leticia, ¿verdad?

Miguel asintió y dijo:

—Lamento importunar, señora. Quisiera saber si ha sabido algo de mi hija Leticia o si su hija sabe algo de ella.

—¡Ay, Dios mío! ¿Ha desaparecido? Este pueblo está cada vez más inseguro. Espero que esté bien. Deme un momento para buscar a mi hija.

Llegó a los pocos minutos la amiga de Leticia y dijo:

—Lamento escuchar lo que me ha dicho mi madre, pero no sé de Leticia desde que dejé de ir al colegio. Espero que aparezca pronto.

Miguel no hizo más que preocuparse, pero respondió:

—Muchas gracias, y descuide, mi hija debe de haber salido a comprar o a buscar algo y vendrá pronto a casa.

La madre asintió y miró a Beatrice.

—Espero que aparezca, de corazón, y antes de que se vayan les comento que mi hija se casará dentro de cuatro semanas en la iglesia

de la esquina. Espero contar con la presencia de toda su familia en tan buena ceremonia que planeamos con pelos y señales.

Beatrice no pudo evitar ver la mirada de la hija cuando esta dio la invitación. Se la notaba triste y sin mucho ánimo. Así que intentaría ayudarla, así fuera un poco.

—Muchas gracias por tan grata invitación, señora. Espero que su hija sea muy feliz con su futuro esposo. ¿Puedo saber quién es el afortunado?

—Claro, doña Beatrice. Mi futuro yerno es Vittorio Fitola, el hermano menor del panadero.

Beatrice hizo una expresión queriendo mostrar como si algo no le gustara de ese nombre.

—Ah, creo que sé quién es. He escuchado algunas cosas no tan buenas de ese hombre, pero seguramente son simples rumores sin sentido. Espero que sean muy felices, y cuenten con nuestra presencia en la boda.

La madre enseguida cambió la expresión y adoptó una de alerta.

—Muchas gracias, pero ¿se podría saber qué ha escuchado de Vittorio?

Miguel ya se estaba impacientando y sabía lo que quería conseguir su esposa, así que cortó el tema de raíz.

—Nada de lo que haya que preocuparse, señora. Usted fue muy amable, por lo pronto, mi mujer y yo nos vamos. Que pasen un buen día.

Beatrice se despidió con un abrazo de la muchacha y le dijo al oído:

—Era mentira lo que dije, solo quería ver si ayudaba a que tu mamá cambiara de opinión.

La muchacha miró a Beatrice con ojos de agradecimiento y esta se despidió también de la mamá con un beso a cada lado de la mejilla.

—Si sabemos algo de Leticia, iré corriendo a su casa a informarlos.

—Muchas gracias. Y, por favor, le pido discreción con nuestra visita y el paradero de nuestra hija. Un abrazo.

Se fueron caminando rápidamente al único lugar donde pensaban que podía estar Leticia.

***

Yo corría con la señora Aya, la abuela de Alessandro, o por lo menos lo intentábamos. La señora no podía caminar tan rápido como

hubiera deseado, pero intentaba seguirle el paso y no forzarla tanto.

Cuando casi llegábamos a la casa de Anna, vi doblar en la esquina a una persona a la que conocía muy bien, el jefe del partido, es decir, el que creó todo el caos que estaba sucediendo en ese momento.

Lo único que se me ocurrió fue fingir que estaba ayudando a la abuela de Alessandro a cruzar la calle. Le dije bajito a la señora Aya que se tapara la cara con la bufanda y que cruzara la calle conmigo, ella me hizo caso y procedió. Cuando estaba casi llegando al otro lado de la calle, oí la voz de quien no quería escuchar nunca diciendo mi nombre:

—¿Leticia?

Me volteé y contesté, no sin antes decirle a la señora Aya que no volteara.

—Ah. Buenos días, señor. Un gusto verlo por acá.

—Igualmente. ¿No estás lejos de tu casa? ¿No tendrías que estar en el colegio a esta hora?

—Bueno, señor, como bien sabe, mi papá no me permite volver al colegio. Por lo pronto, estoy cumpliendo con un recado, al cual estoy llegando un poco tarde, así que, si me disculpa, me retiro, y que tenga buen día.

—Claro, claro. Hasta luego, y saludos al bueno de tu padre. Tienes suerte de tener uno así.

Cuando se fue Leticia, no pudo evitar pensar lo mucho que había crecido y lo linda que era. Si la tuviera en un lugar a solas, no dudaría en hacerle unas cuantas cosas. Al ver que se había ido, Leticia emprendió el camino nuevamente y llegaron a la casa de Anna. Esta las recibió de buen grado y, al leer la nota, le dijo a Leticia:

—Así que quieren casarte con mi sobrino Alessandro. No me parece mal, solo que es un poco obvio que no eres judía, ¿o me equivoco?

—Está en lo cierto, doña Anna, pero estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para casarme con Alessandro.

—Me alegra escucharlo. Eres muy bonita, así que no hay que ser muy adivino para ver por qué mi sobrino se enamoró de ti. Prepararé la comida, puedes irte con mi mamá al salón y en unos minutos estaré con ustedes.

***

Miguel llegó a la casa de Alessandro y tocó la puerta. Esperó unos

segundos y volvió a tocar. A los pocos minutos, salió Antonella a recibirlos.

—Buenos días, señor y señora Vitota, ¿a qué debo el honor de su visita?

Beatrice, al ver ese recibimiento, sabía que algo pasaba, porque Antonella nunca los había tratado tan bien en sus vidas.

—Buenos días, estimada Antonella. Espero no importunar a estas horas de la mañana, pero me preguntaba si me dejaría pasar a su casa para hablar de un tema delicado.

Ella enseguida abrió la puerta y los condujo hasta la modesta sala.

—Espero que esté todo bien, señor Miguel. Llamaré a mi esposo, espérenos aquí.

Beatrice y Miguel asintieron. Cuando la madre de Alessandro se había ido, miraron cada rincón de la casa, en búsqueda de algo que les dijera que Leticia había estado o estaba allí.

Regresó Antonella acompañada de su esposo, el que estrechó la mano de Miguel y le hizo una minirreverencia a Beatrice. Después dijo:

—¿En qué podemos ayudarlos?

Miguel respondió:

—Quiero saber con completa sinceridad si mi hija contactó con Alessandro o si está aquí o estuvo aquí.

—Me va a disculpar, don Miguel, pero si usted no sabe dónde está su hija, yo menos.

—Entiendo, Jacobo, pero su hijo sigue siendo alguien muy importante para mi hija, y desde que le dije que no podían estar juntos, ella ha desaparecido.

Antonella se hizo la ofendida y alegó:

—¿Se puede saber por qué les ha prohibido estar juntos a esos dos muchachos que lo que hacen es amarse?

—Disculpe lo que le voy a decir, pero la razón es muy íntima y nada más incumbe a mi familia. Necesito encontrar a Leticia, y no pienso en otro mejor lugar que este para que ella se intente refugiar.

Jacobo respondió:

—Lamento desilusionarlo, Miguel. Por ahora, no hemos sabido del paradero de Leticia, pero no dude que, en cuanto sepa, le diremos.

—Muchas gracias, Jacobo. ¿Puede decirle a su hijo que quiero hablar con él? Prometo no decirle nada malo.

—Claro, solo espere a que llegue del colegio para hablar. Si quiere,

lo mando a su casa en cuanto llegue.

—Por favor. Me retiro, muchas gracias.

Antonella respondió a la despedida mientras le agarraba fuerte el hombro a su invitada para que esta volteara y recibiera un papel doblado en forma muy pequeña que procedió a tender en sus manos.

—Hasta luego, señores. Que tengan un buen día.

Beatrice no quiso decirle nada de la nota a Miguel hasta que ella misma la leyera.

Al llegar a su casa, Beatrice corrió al baño y procedió a leer la nota, la cual decía:

> Beatrice, por favor, me gustaría hablar contigo a solas. ¿Te parece mañana a las diez de la mañana en el parque? Te espero.

Claro que iría, pero debía pensar qué excusa le diría a Miguel y a Ángelo. Sabía que Antonella tenía conocimiento de su hija. Lo intuía.

***

Pensaba que iba a ser difícil convertirme en judía, pero no sabía que tanto.

Fuimos a la sinagoga Anna, Aya y yo. El rabino nos recibió al cabo de unos minutos y Anna le explicó la intención de casarme con Alessandro. Al principio nos dijo, con el ceño fruncido:

—¿Están seguras de querer hacer algo así?

Aya asintió.

—Me parece que es algo muy precipitado, y más tomando en consideración la edad de ambos.

Aya respondió:

—Yo he visto a varios jóvenes casándose cada día en esta sinagoga y parece que usted no pone reparo en ellos.

—Sí, tiene razón, porque ambos son judíos, y esta muchacha definitivamente no lo es. Y no pensarán que debo estar feliz porque un judío se mezcle con alguien que no lo es. Sabemos que la condición judía la hereda la madre, y si en un futuro estos dos tienen un niño, el alma de su hijo no será una extensión de la de Alessandro, sino de la de ella, por lo cual, si no fue gestado por una madre judía, el niño tendría que convertirse para que su judaísmo se active. ¿Quiere realmente eso para su nieto, Aya? ¿Un judío a medias?

—Sé que la ley no ve bien este tipo de actos, y estamos desafiando lo que desean nuestros antepasados, pero, por favor, comprenda que estos dos jóvenes se aman y desean estar juntos el resto de sus días, sea casándose o en concubinato, y me perdonará, pero prefiero mil veces verlo casado como dicta la ley de Moisés que con una concubina.

El rabino me miró. No podía esconder su obstinación y desánimo con respecto a lo que le estábamos planteando:

—Está bien, Aya, no estoy de acuerdo, pero esta es la lista de requisitos. Cuando la cumplan, vienen.

Salimos de la sinagoga y, cuando vimos la lista de requisitos, las tres nos miramos con expresión de asombro. ¡Eran demasiados requisitos! Tomaríamos como un año en culminarlos todos para poder casarnos, y no teníamos ese tiempo.

No sabíamos qué íbamos a hacer, pero hablaríamos con Alessandro, Jacobo y Antonella y decidiríamos qué haríamos.

***

Beatrice apareció en el parque a la hora que Antonella le indicó.

Al encontrarse, Antonella le dijo, apenas se vieron:

—No tengo mucho tiempo, Antonella. Quiero que sepas que tu hija está bien. No está en mi casa, pero sí sé que se encuentra en buenas manos. Como madre, era mi deber decírtelo, ya que no podría imaginar un día sin saber de mis hijos.

Beatrice la abrazó instintivamente y le respondió:

—Gracias, Antonella, no sabes el alivio que me das. Entiendo que mi hija se haya escapado, la verdad. Yo misma me hubiese escapado si fuera más joven y sin nada que perder.

—Sí, Beatrice, tu hija está muy dolida, y de verdad que está enamorada de Alessandro, quiere continuar con sus estudios y no ser obligada a contraer matrimonio con alguien al que solo apruebe su padre, pero no ella. ¿Tú crees que exista posibilidad de que vuelva su vida a como era antes?

—¡Ay! Qué más quisiera yo. Miguel está enfrascado en su partido y toma las palabras del Duce como santa palabra. Te aseguro que por ahora no cambiará de opinión, pero dime dónde está Leticia, por favor. Debo hablar con ella.

—No puedo, de verdad que no, pero créeme que ella está bien y,

cuando ella desee, te buscará. Por lo pronto, te digo que intentes, por lo que más quieras, que tu esposo no le haga daño a mi familia por cuidar de tu hija. Alessandro no me perdonaría si yo hiciera algo en contra de Leticia, pero no quiero que ella le cause un mal irreparable a nuestra familia. Si tu esposo llega a nuestra casa con los camisas negras, no sé qué pasaría. De por sí, no nos quieren por ser judíos.

—No pasará nada malo, Antonella, yo no dejaré que les pase. Pero, por favor, haz que entre en razón mi hija y que vuelva a casa.

Le agarró la mano a Antonella y empezó a llorar. Las dos entendían lo difícil que era la situación que estaban atravesando.

Al volver Antonella a su casa, le dijo a Jacobo su conversación con Beatrice.

—Pero, mujer, ¿tú te volviste loca? Si a esa Beatrice se le ocurre la brillante idea de decirle en algún momento a su esposo algo de lo que le dijiste, ¡estamos muertos! Definitivamente, esa muchacha lo único que ha traído es problemas desde que empezó su estupidez con Alessandro. Debe de ser que me faltó más carácter con mi hijo.

Alessandro estaba pasando por esa parte de la casa cuando Jacobo dijo eso, así que respondió:

—¿Por qué hablas así de Leticia? Ella no les ha hecho nada a ti o a mi mamá. Lo único que ha hecho es amarme desde que me conoce, ¡y para tu mala suerte yo también!

—¿Cómo te atreves a hablarle así a tu padre? Eres mi hijo, Alessandro, así que respetas o te hago respetar.

Los ojos de Jacobo denotaban la ira que sentía en ese momento, así que la mamá intervino y dijo:

—Les pido que se calmen. Beatrice me aseguró que no le dirá nada a su marido, y ella cumplirá con su palabra. Por lo pronto, debemos saber qué noticias tiene mi hermana de la ida a la sinagoga.

—Tienes razón. Mañana temprano iremos a ver a tu hermana y a Leticia. Veamos qué noticia nos dan.

Alessandro dijo:

—Yo quiero ir, por favor. Necesito saber si podré casarme ya con Leticia.

Jacobo le respondió:

—Por lo pronto, tú no puedes faltar al colegio, porque sería un indicio de anormalidad. Debes seguir con tu rutina normal. Es más, deberías unirte a la ONB, y así no levantaremos más sospechas. Cuando salgas, si quieres, vete a la casa de tu tía, pero cuidando que

nadie te esté vigilando.

—¿De verdad quieres que me una a la ONB? Eso significa prácticamente ser integrante del Partido Nacional Fascista.

—Sí, Alessandro. Necesitamos estar lo más camuflados posible y que no piensen en nosotros como enemigos.

—Te lo prometo, *abbá*.

Antonella abrazó a su hijo. ¡Lo quería tanto! Sabía que haría cualquier cosa por él.

Capítulo siete

Miguel se apareció al día siguiente nuevamente en la casa de Alessandro, pero mucho más desesperado y enojado que la vez anterior. Al abrirle la puerta, Jacobo le comentó que no sabía nada de Leticia, y él le respondió:

—Jacobo, de verdad, no quiero hacerte daño a ti ni a Alessandro, pero si sigues con ese cuento de que no sabes nada de Leticia, tendré que conseguir una orden para registrar tu casa, y créeme que las personas que me acompañarán no vendrán en el mismo tono que yo.

—Miguel, no hay necesidad de amenazarme en mi propia casa. Te invito a que veas cada rincón de la casa y me digas si en ella ves alguna señal de tu hija, porque, por mi parte, yo no he visto nada relacionado con ella.

Miguel le sostuvo la mirada y procedió a revisar toda la casa. Levantó hasta las alfombras en búsqueda de algo que le brindara una pista de Leticia, pero no obtuvo nada. Ni un rastro, ni un cabello, ni su olor.

—Tú eres padre, Jacobo, y entiendes mi desesperación. Ayúdame a encontrarla, por favor.

—Veré qué puedo hacer por ti, pero vete de mi casa si ya terminaste, por favor.

Él asintió y abandonó la casa de Jacobo. Ya no sabía qué hacer. Jacobo, por su parte, no quiso seguir más con el problema que representaba Leticia, y al llegar su hijo lo mandó a llamar.

—Alessandro, tenemos que hablar.

Alessandro se asustó e invitó a su papá a proseguir.

—Mientras tú visitabas a Leticia en la casa de tu tía, vino Miguel a buscarla. No vino con las intenciones del otro día, sino que ahora anda amenazando porque piensa que sé de su hija, y, bueno, es razonable que piense así. Ya no quiero seguir poniendo a mi familia en peligro por una joven, aunque tú la quieras mucho y la esté pasando mal, nos puede costar muy caro nuestra caridad. Debemos apartarla de

nosotros y entregarla a su familia.

Alessandro entendía a su papá, pero no pudo evitar sentirse molesto. Molesto con su papá, con su familia, con Miguel, con su suerte, con su religión, con todos. ¿Por qué tenía que ser tan difícil estar con Leticia? ¿Qué castigo merecían? ¿Qué no veía?

Jacobo, al ver que su hijo no daba respuesta, le dijo que se fuera a la casa de su tía otra vez y le dijera a Leticia que tenía que devolverse a su casa con sus padres o todos terminarían mal.

Alessandro asintió y fue a su cuarto a pensar. Necesitaba ver qué podría hacer.

Al cabo de unos minutos, tomó la decisión de irse con Leticia. Sabía que su amor estaba prohibido por todos y, aunque su familia se mostraba «comprensiva», nunca los dejarían estar juntos sin casarse, y el rabino fue muy claro en todas sus exigencias. No podrían casarse hasta que se cumpliera mínimo un año. Un año que no tenían ni él ni Leticia.

Buscó todo el dinero que había ganado ayudando a su padre en el negocio. Metió en su mochila ropa liviana y un abrigo, se bañó, se puso los mejores zapatos que tenía, preparándose para cualquier larga caminata, y al salir de su habitación vio su cofre con unos regalos en oro que le habían dado sus familiares en su bar mitzvá. Los guardó en una bolsita pequeña que metió en una bola de periódico que hizo, se devolvió a su cama, buscó una aguja e hilo y le hizo una pequeña abertura a su abrigo. Metió la bola de periódico, la aplastó como pudo para que no fuera incómoda y cerró el hueco cosiéndolo.

Saliendo de la casa, pensó en su mamá y su papá y el disgusto que les daría, pero esperaba que lo entendieran, como hombre que tomaba sus propias decisiones.

Ahora ya estaba listo.

***

Al llegar a la casa de su tía, lo hicieron pasar rápidamente y les pidió hablar a solas conmigo, a lo que la tía respondió con un gesto de contrariedad, y la abuela negaba con la cabeza.

—Por favor, tía, es importante. Si quieren, hablo con ella en la cocina, pero debo hacerlo ya.

Aya asintió y le dijo que me esperara en la cocina.

Cuando llegué a la cocina, me emocionó muchísimo verlo

nuevamente, lo besé y abracé. Después, nos sentamos en el comedor y me contó todo lo que había pasado.

—¿Pero es que mi papá no puede dejarme ser feliz en paz? ¡Qué ganas tiene de desgraciarme la vida!

—Ay, Leti, lo que quiere es encontrarte, y mi papá no quiere seguir apoyando nuestra relación porque dice que pone en peligro a la familia.

No pude aguantar más y lloré hasta que sentí que se me estaban secando las lágrimas. Alessandro solo me abrazaba y me decía que me calmara. Cuando pude hablar, le dije:

—Iré a mi casa y hablaré con mi papá y mi mamá. No podemos seguir así.

—Yo pienso que tenemos otra solución, Leti. Escúchame, pero sin llorar, ¿sí? He pensado en dejar Predappio. Vámonos tú y yo, Leti, por favor, aquí nadie me dejará estar contigo, y si tú aceptas los planes de tu padre, no podrás ser feliz.

—Pero tus papás…, ellos no se merecen eso.

—No se lo merecen, pero yo debo ser feliz, y mi felicidad está contigo. Ellos finalmente entenderán que todo lo hice porque era lo mejor para mí. Igual podré escribirles cartas siempre.

—Pero tú no has terminado el colegio. ¿Qué hay fuera de Predappio, con qué dinero nos mantendremos?

—Leti, tú tampoco estás estudiando. Afuera de este pueblo hay mucho país por recorrer, y si nos aventuramos más, podemos hasta salir de Italia. Yo trabajaré en cualquier sitio, pero no dejaré que pases hambre.

—Yo también puedo trabajar, tú no tienes que mantenerme. Pero, Ale, no sé.

—¿Qué, Leti, qué tenemos que pensar?

—Es que alejarme de Predappio me parece una decisión sin vuelta atrás, es como separarme para siempre de mi familia, de mi colegio, de mis amigas. No sé si quiero tanto…

—Bueno, yo sí quiero, esto y más. Quiero una vida entera contigo, Leticia, y aquí no nos dejarán. Piénsalo y me dices, pero solo tienes el día de hoy. Ahora vamos al patio a seguir hablando.

Afuera de la cocina estaban la tía y la abuela de Alessandro. Nos vieron y nos preguntaron:

—¿Y bien? ¿Qué haremos, Alessandro, qué decisión tomó tu papá?

—Bueno, mi papá no sabe todavía bien qué haremos, porque no se

esperaba que fuera a llevar tanto tiempo casarnos. Ehh, por ahora, ¿nos permiten ir al patio a ver los cultivos?

Las dos se miraron y asintieron.

Salimos al patio agarrados de la mano. Alessandro quiso animarme corriendo para que yo lo persiguiera, como tantas veces habíamos hecho, pero yo no tenía ánimos de nada, así que me acosté en la grama y vi el cielo, preguntándome si mejor desistía de la idea de ir en contra de lo que mi padre, su partido y, al parecer, el mismo Duce querían o esperaban de mí. Así no le haría daño a nadie. Al fin y al cabo, ¿cuántas mujeres eran felices haciendo lo que deseaban?

Alessandro me vio acostarme en la grama y procedió a acostarse a mi lado.

—Ale, ¿sabes lo que no le deseo a nadie en este país?

—¿Qué, Leti?

—Ser mujer. —En ese momento, no pude evitar que una lágrima me saliera.

—Me parece que exageras, mi amor. Antes sí era horrible ser mujer, pero ahora las mujeres pueden hacer muchas más cosas que antes.

—Ale, las mujeres siguen sin poder decidir qué futuro tener. Lo que hicieron los discursos del Duce fue aflorar un sentimiento que ya existía, como si la mujer solo sirviera para tener hijos, pero ¿qué pasa con nuestros sueños, con nuestras metas, y, lo más importante, con lo que no queremos? Nadie toma en cuenta estas cosas. Hasta en el colegio se veía cómo se estimaba que una opinión era mejor si venía de un hombre.

—¿Cuáles son tus sueños, Leti?

—Ojalá pudiera responderte tan claramente como la pregunta amerita. Antes soñaba con terminar el colegio, prepararme y ser médica. Siempre me interesó ayudar a las personas, y así podría ayudar de verdad, ¿me entiendes? No se trataría solo de un favor, sino de la vida de alguien que procuras que mejore. Sí, ese era mi sueño.

—¿Y ahora cuál sería?

—Ahora solo sueño con no tener una vida tan mala, pero ya me resigné, mi amor. Nunca la tendré ni haré lo que deseo.

—¿Te puedo decir algo, Leti?

Asentí y lo miré, dándome cuenta nuevamente de lo hermoso que era.

—Yo solo te deseo a ti.

Al decir esto, me besó intensamente, yo sentía cómo la temperatura se me subía y me sentía cada vez más caliente y entrando en un estado de somnolencia, llena, por primera vez, de deseo. Alessandro se colocó arriba de mí y empezó a besarme el cuello. Yo sentía como todo se me erizaba, y fue cuando le dije que se detuviera.

—¿En serio quieres que me detenga, mi amor?

—Ale, yo… Tú sabes que yo nunca…

—Lo sé, mi vida, yo tampoco y aquí estamos.

—Pero no nos hemos casado, no está bien.

—Leti, tú serás mi mujer, mi esposa y la madre de mis hijos. Descuida.

Y, al decir eso, se arrodilló y me tendió la mano para que me parara.

—Ven conmigo, ¿sí?

Asentí. Me sentía como nunca antes me había sentido. Tenía un deseo que me descontrolaba. Sabía que algún día llegaría a pasar algo parecido, ya teníamos muchos años amándonos y, sobre todo, esperándonos.

Ale me guio para el cuarto que servía para guardar los instrumentos de la tierra, donde había un baño y una cama para cuando iba el señor que podaba el jardín y acomodaba las flores. Al entrar, Ale cerró con seguro la puerta y me miró tan tiernamente que no pude evitar sentir que me derretía por él, ¡cuánto lo amaba!

Alessandro me agarró una mano, me la empezó a besar lentamente, fue subiendo por todo mi brazo con su boca, besando cada centímetro de piel, hasta llegar a mi cuello. En ese momento, me agarró la cabeza con la otra mano y, mientras me besaba el cuello, me decía que me amaba perdidamente. Yo me dejé llevar, sentía que con él estaba segura, viva y siendo libre. Libre para amar, desear y seguir en esa ola de amor y pasión que desbordaba el momento.

Me besó en la boca, yo lo besé con mucha pasión y timidez. Él me agarró la mano derecha y la ubicó en su espalda, y me dijo:

—Agárrame, Leti, no me sueltes, que yo jamás te soltaré a ti.

En eso lo agarré muy fuerte y, mientras él me besaba el cuello nuevamente, yo me fui recostando poco a poco. Al estar acostada, él empezó a desabrocharme la camisa. Sentía que el corazón se me iba a salir de lo nerviosa que estaba y él lo notó, así que me dijo:

—Créeme que no hay nadie en el mundo capaz de hacerme sentir lo que tú provocas en mí. Confía, Leti.

Le respondí, abriendo los ojos lentamente:

—Siempre he confiado en ti, mi amor. Soy tuya.

Alessandro me abrazó y siguió besándome lentamente el cuello. Empezó a bajar mientras desabrochaba más botones de mi blusa. Al descubrir un pezón, me lo besó con una delicadeza y ternura que sentía que iba a volar. Me agarró con la otra mano mi otro seno y lo empezó a masajear mientras yo ya no podía evitar gemir.

Mientras seguía besándome, me dijo que, por favor, le tocara un poco más abajo de su barriga. Cuando lo hice, me sorprendí muchísimo al sentir todo tan firme.

Le quité la camisa y él me terminó de quitar la mía. No dejó de decirme lo perfecta y hermosa que era, y cuando llegó a la parte de quitarme la falda empezamos a hacer el amor. Al principio sentí un pequeño dolor, pero después la pasión me descontroló, lo abracé y me dejé llevar por esa mágica sensación.

Lo repetimos dos veces más en ese cuarto perfecto, que parecía que existía solo para nosotros.

Al terminar la tercera vez, nos dimos cuenta de una mancha pequeña de sangre que dejamos en la cama, así que me preguntó, mientras me abrazaba y me besaba la boca:

—Mi amor, ¿te dolió mucho?

—No, mi Ale, fue perfecto.

—¿Puedo preguntarte si ya decidiste qué haremos? ¿Quieres de verdad regresar con tu papá?

—No, mi amor. Quiero estar toda mi vida contigo, así haga enojar a mi familia entera. Vámonos de Predappio.

Alessandro se emocionó tanto que empezó a reír y a besarme la frente, las mejillas, la boca y hasta la nariz.

—No sabes lo feliz que me haces, Leti. Vámonos ahora mismo, ya tengo un plan. Vamos a vestirnos.

Alessandro salió del cuarto y fue silencioso hasta la ventana que daba al interior de la casa. Observó que su abuela estaba dormida y su tía estaba cosiendo mientras escuchaba la radio. Volvió y me dijo:

—Es el momento, Leti, vámonos por la puerta de atrás.

—Alessandro, pero yo tengo mi ropa y todas mis cosas en la casa.

Alessandro se dispuso a pensar por un momento y decidió que él mismo entraría y hablaría con su tía, mientras yo buscaba mis cosas y salía por la puerta principal. Me daría diez minutos, al cabo de esos minutos, saldría al patio con la excusa de querer aire fresco mientras

me esperaba, y así nos veríamos afuera.

Actuamos de acuerdo con el plan y, cuando salimos los dos de la casa, Alessandro agarró su bicicleta, yo me coloqué atrás y empezó a pedalear.

Pedaleamos por nuestra vida, pedaleamos por mi libertad y pedaleamos para lograr vivir en paz.

A los pocos días, el 25 de noviembre de 1926, la nueva Ley de Defensa del Estado instituyó un Tribunal Especial para juzgar a los acusados por ser «enemigos del Estado», y eran condenados a penas de privación de la libertad o de muerte, ya que se había instaurado la pena capital nuevamente y se abrieron varias cárceles en islas remotas del Mediterráneo. El miedo y la devoción por el Duce no hicieron más que aumentar.

Capítulo ocho

En todo el viaje estuve con la cara muy tapada para que no me reconociera nadie. Teníamos dieciséis años y muchísimo miedo de terminar en manos de la OVRA o de los camisas negras, sabía que mi papá tenía ojos en todos lados, y aunque así no fuera, la paranoia no me dejaba descansar.

Tenía una mezcla de sentimientos: por un lado, sabía que quería irme con Alessandro a donde este quisiese, pero, por otro, me invadía un sentimiento de culpa por dejar atrás a mi mamá, a mi hermano y a mi papá.

En muchos momentos del viaje, me paré a pensar en mi hermano Ángelo y en la vida que tendría sin mí. No sabía muy bien cómo él tomaría toda la situación, ya que la última vez que nos vimos estaba muy molesto porque me iba, se sentía desplazado. Sabía que él le había contado a mi papá sobre nuestra última conversación, pero ¿cómo culparlo? Lo amaba con todo el corazón y ya lo extrañaba muchísimo.

Nos paramos en unas cuantas casas que rentaban cuartos, en cada una dimos nombres distintos y siempre alegamos que éramos una pareja de casados que buscaba llegar a la boda de mi hermano. Siempre nos creyeron, así que no hubo que dar más explicaciones.

En una de las tantas paradas que tuvimos en nuestro recorrido por Italia, el dueño del lugar donde nos quedamos un día nos puso al corriente de lo que sucedía en el país mientras nos ofrecía una cena espectacular, que su esposa nos había preparado con una dedicación única y deliciosa.

—Pues les pongo al corriente de lo que sucedió en nuestro gran país mientras ustedes estuvieron en el viaje que me comentas: al parecer, el asqueroso opositor político y escritor Giovanni Amendola, el que siempre tildaba a nuestro excelentísimo Duce de querer una dictadura totalitaria y de no perder el tiempo para sacar un artículo contra él, como tampoco se callaba de ninguna manera sensata, fue

golpeado brutalmente por nuestros camisas negras, al punto de hacerle un grave daño en los pulmones, y acaba de morir. ¡Ja! ¡Se lo merecía el perro ese!

Yo no pude evitar sorprenderme y llevarme el pañuelo a la boca, me causaba repulsión lo que estaba escuchando. Alessandro dijo:

—Ese hombre buscó su propio destino. Ya era un peligro para el fascismo. Siempre hay un idiota en la calle que cree las sandeces que dice alguien que se hace llamar justo y termina contaminándoles la mente a las personas más débiles.

—Así es, joven Alessandro, así es. Lo malo es que tenía mi misma edad, cuarenta y cuatro años, qué edad tan mala para morir, ¿no te parece?

—Sin duda alguna, señor, pero Amendola se lo merecía —dijo Alessandro, convenciendo de una vez por todas al arrendador de nuestra ideología fascista.

Cuando llegamos al cuarto, no soporté decirle a Alessandro:

—¿Tú de verdad estás de acuerdo con esas barbaridades que ejecutan los camisas negras contra sus opositores?

—Bueno, Leti, no estoy de acuerdo del todo, pero sí entiendo las razones que los llevaron a eso, ya ese señor representaba un problema para Mussolini. Lo que hay que procurar es que no nos vean como enemigos del Duce, porque sabemos qué puede pasar. Ya no existen otros partidos políticos, solo el fascista, y tampoco existen sindicatos que no sean fascistas. Con esto digo que el país está claramente gobernado de cabeza a cabeza por el Duce, le guste o no a la gente.

—Yo lo entiendo, créeme. Con mi papá lo viví, y con la muerte de mi tío Tito a manos de los camisas negras, también. De verdad que tanta violencia y falta de empatía por nuestros propios hermanos italianos me enferma.

—Que nadie te escuche hablando así, mi amor, porque nos meterás en un gran problema.

—Lo sé, lo sé. Solo te lo digo a ti.

Los dos sonreímos y seguimos con nuestro día.

Al principio del viaje, le pedí a Alessandro que, por favor, procuráramos hacernos pasar por una pareja cristiana para no levantar sospechas. Ya después, cuando llegáramos a algún sitio determinado para quedarnos, entonces podría profesar su religión como quisiera. A él le incomodó mi petición, pero accedió y entendió las consecuencias que acarreaba encontrarnos a un cristiano inflexible y radical.

El viaje duró varias semanas, y todas las noches, sin excepción, hicimos el amor. Era como si un deseo ilimitado nos desbordara a cada segundo, y el esperar varias horas ya era mucho para nosotros. Cada día terminábamos exhaustos por tanto amor y deseo desbordado. Me acordaba de lo que había escuchado de unas amigas que se habían casado —la mayoría obligadas—, decían que el sexo era la peor parte de estar con la pareja, pero a mí, en cambio, me encantaba. Me sentía cada vez más conectada con Alessandro. Le descubría cada vez más mañas que me hacían reír.

Amaba todo de él. Varias noches me pidió que nunca lo abandonara porque él había dado todo por mí, y yo sabía que era así.

Cuando llegamos a Trento, nos quedamos enamorados de esa ciudad. Sabíamos que hacía muy pocos años se había incorporado definitivamente a Italia, después de la Primera Guerra Mundial, en 1919, al firmarse el Tratado de Saint-Germain-en-Laye. Sus calles, sus habitantes y sus plazas nos dejaron embelesados, tanto que decidimos instalarnos por un tiempo en esa hermosa ciudad.

Alessandro pronto consiguió oficio y, así, una forma de sustentarnos. Se recordó cómo vivían y comerciaban unos tíos de él al sur de Italia con hortalizas y frutas y decidió intentar hacer lo mismo. Resultó muy buena la idea y no tuvimos que preocuparnos excesivamente por el dinero.

Tres veces por semana, muy temprano, él iba a los huertos más alejados y les compraba las cosechas a las familias que allí habitaban, después se iba con su mercancía a venderla en la ciudad, donde yo lo esperaba a veces para ayudarlo con la venta, las cuentas e ir apartando el dinero que sería dispuesto para comprar más mercancía. A las pocas semanas ya teníamos clientela fija, que, para nuestra suerte, se la llevaba muy bien con nosotros.

A las cinco semanas de haber llegado a Trento, me empecé a sentir muy mal, no hacía más que vomitar y tenía muchísimas náuseas. Alessandro estaba muy preocupado por mí y al tercer día decidió llamar a un médico. Pensaba que algo del largo viaje me había hecho daño o que quizás tenía una enfermedad grave. Alargamos lo más posible el gasto que representaba un médico hasta que no pudimos más, había bajado varios kilos para ese momento de tanto que vomitaba.

Cuando el médico llegó a la casita que habíamos rentado hacía poco, me examinó determinadamente, me hizo muchas preguntas y,

en menos de quince minutos, nos dijo a los dos, con una sonrisa, que todo estaba estupendo, ya que mi malestar era un bello hijo que crecía en mi vientre. Calculaba que tenía de seis a siete semanas de embarazo. Yo no podía decir ninguna palabra, estaba en *shock*, así que Alessandro hizo todas las preguntas que se le ocurrieron.

Recomendó cuidarme los primeros meses, no hacer trabajos forzados y, sobre todo, comer de manera sana.

Apenas se fue el médico, dije:

—Sabía que esto podía pasar, pero nunca pensé que tan pronto. Fue irresponsable no cuidarnos, Ale, ¿qué condiciones de vida le brindaremos a este niño? Ni siquiera estamos totalmente instalados aquí.

—Leticia, ¡pero qué dices! ¡Es la mejor noticia que me han dado en mi vida! Tendré un hijo con la mujer a la que más amo en el mundo. No hay nada que pueda quitarme esta felicidad que siento. ¡Tendré un hijo!

Yo sonreí al verlo tan feliz, pero estaba muy nerviosa y, por primera vez en el viaje, extrañé a mi mamá.

—Bueno, si tú lo dices… Me pone muy nerviosa esta situación. No sé qué hacer, qué comer, qué no hacer, en fin, no sé nada sobre los embarazos.

—Sea lo que sea, lo haremos juntos, mi amor, y descuida, a mi hijo no le faltará nada nunca. De eso me encargo yo. Con respecto a consejos de maternidad, podemos preguntar a la vecina que siempre nos compra fresas, ella acaba de tener a su sexto hijo.

No pude evitar reírme, siempre me pareció que esa señora lo único que sabía hacer era ser madre, ¡y cómo le gustaba! Nos dijo una vez que ella quería tener seis hijos más, y nunca pensé que era malo, pero sí era un poco evidente que a lo único que se quería dedicar el resto de su vida era a ser madre.

—Sí, es verdad, hablaré con ella mañana, a ver qué me dice o me aconseja, pero ¿y qué pasa si es niña y no un niño? ¿La querrás igual?

—La amaré con la misma intensidad con que amaría a un niño.

Me alegré al escuchar esa respuesta, me estresaba un poco su emoción al pronunciar la palabra «hijo», pero, cuando me dijo que amaría igual a una niña, me tranquilicé, así que lo abracé y estuvimos así un rato, hablando de cómo sería nuestra vida de padres y los ajustes que habría que hacer en la casa.

Alessandro decidió dejar de vestirse como judío y no frecuentó más

la sinagoga, yo nunca le pedí que hiciera eso en Trento, pero él mismo decidió hacerlo para no despertar sospechas ni odio, por él, por mí y por el bebé que venía en camino. Solo procuraba que en la casa practicáramos el *sabbat* todos los sábados. Me decía que necesitábamos ese descanso de nuestra vida agitada para dar paso a la tranquilidad, a los aromas de una buena comida y a las sonrisas que compartíamos juntos, mientras él cantaba en voz baja los cánticos especiales para la celebración. No me molestaba, más bien veía el sábado como un día de entero descanso, goce y de total disfrute del amor de mi vida.

Al día siguiente de enterarme de mi embarazo, decidí escribirle una carta a mi mamá y a mi papá, la cual iría sin mi dirección para que no se pudiera rastrear. Alessandro decidió igualmente enviarla desde el correo que estaba en Bolzano para que fuera más difícil localizarnos. También él quiso escribirles a sus padres.

> Queridos madre y padre:
>
> Antes que nada, quiero que sepan que estoy bien, y sí, me escapé con Alessandro. Ya deben de saberlo a esta altura y, en cierta manera, lamento cómo se dio toda esta huida, tanto para ustedes como para nosotros.
>
> Les quiero pedir encarecidamente que no le hagan daño ni atormenten a la familia de Alessandro, él también se escapó y ellos no saben dónde estamos. No me podría perdonar que algo les suceda a esas buenas personas por mi culpa.
>
> El no tenerlos al frente me llena de valor para decirles algunas cosas.
>
> Los odié, ¿sabían? Los odiaba muchísimo, y ese sentimiento me mataba por dentro. Me sentía traicionada por mis propios padres, los que se suponen que deben hacerte feliz, protegerte sin importar qué. Nunca pensé que algo pudiera en algún momento romper nuestra familia, siempre me imaginé que tenía el padre perfecto y la madre perfecta, que buscaban que estuviera bien y diera todo mi potencial para ser grande en la vida. Entendía que se pelearan, pero ni en un millón de años pensé que mi papá me quitaría todo lo que sentía que era importante y que siento sagrado para mí y, de paso, que mi mamá lo consintiera. Este largo viaje que me tocó emprender me ayudó a sanar estas heridas poco a poco. Reconozco que me ha costado, pero lo he hecho, al igual que me ayudó a entenderlos más, odiando menos.
>
> Como país, tenemos que aprender a ver de otra manera a las mujeres, porque somos muchas las que queremos otro estilo de vida y no el impuesto por una sociedad que solo quiere ver a la mujer teniendo hijos y no pensando ni produciendo nada.

Pensé que mi papá vería mi situación con Alessandro como mis abuelos vieron la relación de Fiorella y él. Me imaginé que quizás se sentiría un poco más identificado conmigo, pero me equivoqué, y ahora pregunto: ¿por qué me equivoqué? Y la respuesta es sencilla: por nacer mujer, por no tener permiso de pensar distinto, por querer estudiar y prepararme y así no depender de un hombre al que, solo por ser cristiano y mayor que yo, tendría que obedecer el resto de mi vida, sin importar mi felicidad. En eso me equivoqué, y por eso quise hacer algo al respecto y no seguir equivocándome.

Sé que odian la idea de que esté con Alessandro, pero créanme cuando les digo que nunca he sido más feliz. Sé que ha sido muy difícil todo este tiempo y quiero disculparme por las imprudencias y los problemas que seguramente le trajo a mi papá con el partido y sus buenos amigos de los camisas negras.

Por último, quiero contarles algo muy importante para finalizar. Estoy embarazada, tengo aproximadamente siete semanas de embarazo. Serán abuelos y espero que algún día quieran a este bebé, tanto como yo lo amo desde que me enteré de que estaba creciendo en mi vientre.

Alessandro consiguió un oficio que resulta suficiente para mantenernos bien, y yo lo ayudo por ahora —mientras que esté en esta condición— con las cuentas y la distribución del dinero.

Los amo y amaré con locura siempre.

Atentamente,

su hija, Leticia Vitota

P. D.: Quiero decirle a Ángelo que lo siento, sé que lo dejé muy dolido por mi huida, pero a veces toca pensar más en uno mismo. Si estás leyendo esto, hermano, te amo muchísimo y siempre serás la luz de mis ojos. Cuídate mucho e intenta razonar un poco más antes de actuar.

***

Miguel estaba en su casa, escuchando la radio junto con Ángelo cuando llegó Beatrice corriendo desde la cocina gritando:

—¡Llegó una carta de Leticia! ¡Miguel!

Apenas escucharon los gritos, todos se sentaron en la mesa de la cocina y escucharon las palabras que leía Beatrice.

Al terminar, todos quedaron en un estado de conmoción, no solo confirmaban su escapada con Alessandro, sino que ya vivían juntos y ella estaba embarazada.

Beatrice empezó a llorar, sin intentar disimularlo un poco ante su esposo e hijo. Al calmarse, dijo:

—¿Qué clase de padres somos, Miguel, cuántos errores tenemos que cometer para darnos cuenta de que les hacemos daño a nuestros hijos

con nuestras decisiones? ¿Qué vida le dará Leticia a nuestro nieto, de verdad estarán bien? ¿Alessandro cuidará de ella y del bebé? ¡Dios mío, cuántas preguntas sin respuestas! Quiero ayudar a mi hija y no sé cómo, porque ni dirección hay en esta carta.

Miguel le preguntó:

—¿La carta no tiene la dirección desde donde la mandan?

—No. Solo dice nuestra dirección, no la de ellos, mírala y confirma.

Miguel la observó y dijo:

—Intentaré averiguar en la oficina central de correos desde qué parte la enviaron. Quizás así tengamos una pista.

Ángelo intervino y le preguntó al papá:

—Pero ¿es que acaso no escucharon a Leticia? Está mejor sin nosotros, papá. Debemos entenderlo. Ya le has hecho mucho daño, ¡basta con toda esta perseguidera!

Miguel volteó a mirar a su hijo y le dijo:

—Aunque esté mejor sin nosotros, es mi honor lo que está en juego. Prometí que encontraría a mi hija en el partido y eso haré. No se podrá casar, porque está embarazada, pero veremos qué haremos.

Beatrice no podía dar crédito a lo que escuchaba.

—¿Es en serio? O sea, después de todo lo que has ocasionado, ¿sigues pensando en ti y en tu honor? ¿Pues sabes qué, Miguel? Yo no te apoyaré, ni permitiré que le destruyas más la vida a mi hija. Ella tiene razón, yo también la defraudé con mi sumisión.

Apenas dijo esto, corrió al baño y cerró la puerta con pestillo. Abrió la tapa del retrete, lanzó la carta de Leticia al agua y procedió a bajar la cadena. Después, al salir, vio a Miguel en la puerta.

—¿Qué has hecho, Beatrice?

—Lo que haría cualquier madre sabia y con dos dedos de frente. Cuidar la felicidad de mi hija.

Miguel quería golpear y gritarle a Beatrice. Últimamente tenía muchos problemas de ira, y más si unía la presión que le estaban haciendo en el partido con la preocupación que tenía por su bienestar, y ahora por el embarazo de Leticia fuera del matrimonio y siendo este el bebé de un judío. El director del partido no entendía cómo una joven se podía perder así como así y no poder encontrarla, si él mismo la había visto caminar por el pueblo en las fechas en que, según le contaron después, ella ya estaba desaparecida. Lo tildaban de inútil sin carácter y no hacían más que reírse de él.

Pero, a pesar de toda la presión y el maltrato que sufría por la

desaparición de Leticia, sabía que su mujer tenía razón. Debía terminar su persecución, Leticia era feliz y estaba esperando un hijo de Alessandro, a quien había amado desde hacía mucho tiempo. ¿Acaso él no hubiera hecho lo mismo con Fiorella si esta no hubiera fallecido? Estaba seguro de que sí, estaba locamente enamorado de ella.

Se dio cuenta de que él no era muy distinto a sus padres, quizás hasta peor. ¿Él qué hacía distinto? Ser más violento, menos compasivo, menos empático y, sobre todas las cosas, imponer su ideal sobre la vida de su hija.

—Tienes razón, Beatrice. Discúlpame. No sé cómo manejar esta situación.

Después de esto, se sentó en el piso a llorar y llorar. Así soltó todo lo que le atormentaba y no pudo contenerse por mucho tiempo. Beatrice no lo presionó y lo dejó en su proceso. Sabía que era necesario que él abriera la mente para no seguir destruyendo la vida de su hija, y más si esta estaba ya tan feliz, haciendo una familia y bien.

Decidieron dejar de buscarla y esperar en algún otro momento noticias de ella.

Capítulo nueve

A los siete meses y nueve días de haber mandado la carta a mis padres, nuestra hermosa hija, Regina, llegó a nuestras vidas en medio de una madrugada para darle el mayor cambio y mejor valor a nuestra existencia.

Supe que había roto la fuente porque había mojado la cama y sentía un gran dolor en la parte baja del abdomen. Desperté a Alessandro y este fue corriendo a la casa de la vecina —esta había dicho que cuando llegara el momento la buscáramos, y ella podría ayudarme a traer el bebé al mundo— para avisarle de la llegada repentina del bebé.

Fueron seis tortuosas horas de trabajo de parto. Durante todo ese tiempo, Alessandro no se separaba de mí, aunque yo estaba de un pésimo humor. En un momento, él se quiso mover para buscar un vaso de agua y le dije:

—¡Si te mueves medio centímetro más, créeme que te lanzo la silla en la cabeza!

Alessandro no aguantó la risa y estalló en carcajadas, cuando terminó de reírse me dijo:

—Mi amor, lo que quiero es un poco de agua, pero tranquila, me quedo aquí.

Yo solo le volteé los ojos y le agarré la mano para seguir pujando con la mayor fuerza del mundo.

Cuando ya tenía aproximadamente cinco horas y media intentado pujar, sentía que el mundo se me venía encima, estaba extremadamente agotada y no podía dejar de llorar. La vecina me dijo que la escuchara con atención cuando vio que nada de lo que hacíamos resultaba.

—Leti, no te quiero asustar, pero el bebé lleva mucho rato intentando salir y nada. Es muy peligroso para el bebé mantenerse en esa condición si rompiste la fuente hace tanto tiempo. Me parece que mejor intentamos facilitarte el trabajo cortando un poquito en el

periné.

Alessandro se alarmó y dijo:

—¿En el qué? ¡Suena mal todo lo que dijo!

—Es el espacio inferior a la vagina, justo el que está antes de la cavidad anal, señor Alessandro. Cortaría con el bisturí una pequeña parte, y así sacamos al bebé mucho más rápido.

—¡Pero qué dice! ¿Va a cortarle la vagina a mi mujer? ¡Eso es una salvajada! Ni siquiera tenemos algo para dormirla y que no sienta ese corte. No le haremos eso a Leticia. Debe de haber otra manera de que este bebé nazca.

Yo me incorporé en medio de un mar de sudor y le dije a Alessandro:

—Ale, ese procedimiento ya lo he escuchado, se llama episiotomía. Es un corte que se hace en la vagina, pero es pequeño. No lo está inventando, y tiene razón, el bebé se está afectando, porque cada vez siento que se mueve menos. —Después miré a la vecina, le agarré la mano y le dije que me cortara. Quería ya a mi hijo afuera y que la tortura terminara, los dolores eran insoportables.

—Créame, señor Alessandro, que si no tuviera la certeza de que es necesario, ni lo plantearía, pero tanto para el bebé como para Leticia es mejor que se haga, y así evitamos más complicaciones. Eso sí, Leticia, necesitamos dormir esa área de alguna manera. Te voy a cortar la piel y te dolerá…

—No. Aquí no tenemos nada para anestesiar. Córtame y sácame a mi hijo de una vez, por favor. Ale, ven acá y deja de verme allá abajo, debe de ser una imagen muy horrible, después no querrás ni tocarme.

Alessandro me agarró la mano y me dijo:

—Eso jamás, Leti, pero, mi amor, déjame buscar por lo menos a un médico de verdad, por favor. Esto me parece muy peligroso.

—Más peligroso para mí es que este bebé no nazca y que se me muera dentro de la barriga, Alessandro. Por favor, quédate conmigo aquí al lado y cállate.

Ale se quedó a mi lado y vi como una lágrima se le escapaba.

La vecina procedió con el corte. Mientras me rasgaba la piel yo sentía un dolor inexplicable, grité tan fuerte que seguramente me escuchó toda la calle. En un momento, sentí cómo mis sentidos me abandonaban y, sin darme cuenta, me desmayé.

Desperté con el olor a alcohol, y al abrir los ojos vi el bello rostro de Alessandro, que lloraba y pedía que me despertara. Le sonreí y caí

en cuenta de dónde estaba y qué estaba haciendo.

Me incorporé y empecé a pujar. En menos de diez minutos, vimos la cabeza saliendo y, acto seguido, todo el resto del cuerpecito de mi bella hija. Me la pusieron en la barriga, mientras la vecina cortaba el cordón umbilical y procedía con la extracción de la placenta.

Alessandro, apenas la vio, gritó con lágrimas de emoción:

—¡Una niña! ¡Leticia, tenemos una hija!

Apenas él gritó, la bebé empezó a llorar y supimos que todo estaba bien.

Lloré de la emoción, lloré del miedo, lloré por el dolor que sentía en la parte baja y lloré por todo lo bueno que quería ofrecerle a esa pequeña criatura que Dios me había dado.

Una vez me sacaron la placenta y me suturaron el corte de la episiotomía, me sumergí en un sueño del que no desperté sino dos horas más tarde.

Al despertar y no ver a mi hija conmigo, grité:

—¿Dónde está mi hija? ¡Alessandro! ¿Dónde estás?

Ale llegó corriendo con la bebé en brazos, mientras me decía que la vecina le había dicho que, apenas me despertara, debía alimentar a la niña. Yo me puse muy nerviosa, porque no sabía si tenía leche o si podía alimentarla. Toda su alimentación dependía de mi capacidad de producirla. Eso me causaba un miedo espantoso.

La cargué y la coloqué en mi pecho. Ella, como si hubiera nacido aprendida, agarró mi pecho y empezó a succionar. Para nuestra sorpresa, sí tenía leche. Volví a llorar de emoción y Alessandro me besó la frente.

—Leti, es perfecta nuestra hija. ¿Cómo la llamaremos?

Yo lo miré y después empecé a acariciar la mejilla de mi hija.

—Me gusta mucho el nombre de Regina. Es bonito, fuerte y femenino.

—Ja, ja, ja, ja. ¿Para qué quieres que sea fuerte, si se puede saber? Es una niña y es lo más delicada y bella que podría ser.

—Mi amor, quiero que nuestra hija sea grande. Mucho más fuerte, decidida y feliz de lo que soy yo. Que defienda su derecho de libre elección y que no solo por ser mujer sea aplastada. Quiero un mundo perfecto para ella, pero eso no existe, así que ella debe cambiarlo.

Alessandro no supo qué responderme en ese momento, solo sonrió y le dijo a nuestra hija, que seguía en mi pecho:

—Regina te llamarás entonces, hija mía. Te amamos y te amaremos

siempre.

Entre Alessandro y yo nos turnábamos para atender a Regina, aunque siempre procuraba estar cerca de ella. Entendí lo que era el significado de ser madre y me juré a mí misma que nunca permitiría que le sucediera nada malo.

Mientras que estuvo pequeñita, procuramos enseñarle hebreo e italiano, hablándole siempre que podíamos en estos dos idiomas, y así lograr que esta entendiera los dos sin problema.

Después de tenerla, procuramos cuidarnos de tener otro bebé. Queríamos estar más estables para el segundo hijo, aunque no dudábamos que lo queríamos. El tener a Regina nos había completado, era como si una pieza que no sabíamos que faltaba hubiera llegado para encajar en nuestras vidas de manera perfecta.

Nuestro apetito sexual no varió mucho, como me habían dicho unas conocidas que pasaba al tener hijos, pensé que más bien ellas no querían tanto a sus esposos y que por eso les pasaba esa apatía sexual. Ale y yo siempre nos deseábamos y, cuando podíamos, hacíamos el amor en cualquier parte de la casa, cuando Regina dormía, claro está.

Nuestra vida se llenó de una rutina que fue sumergiéndonos en un mar de dificultades y de mucho amor, hasta que llegó el año 1929. Tenía diecinueve años, y puedo decir que no solo nosotros, sino toda Italia, sufrimos muchos cambios que en ese momento vimos como positivos, pero ahora pienso en qué tan equivocados estábamos.

Los Pactos de Letrán se firmaron el 11 de febrero de 1929 entre Pietro Gasparri, en nombre del papa Pío XI, y Benito Mussolini, los cuales daban completa soberanía al Vaticano y a la santa sede. Es importante señalar en este punto que las mismas habían sido perdidas bajo el reino de Italia, y Mussolini, al darle a la Iglesia lo que esta quería, creó su absoluta fidelidad, e hizo que la Iglesia apoyara al fascismo completamente.

Los pactos le dieron a la Iglesia católica un poder sustancial en el sistema educativo italiano, ya que se podía imponer la enseñanza de esa religión incluso en los colegios públicos, cosa que Alessandro creyó contraproducente para nosotros, dado que la gente apenas toleraba a los judíos. Con la Iglesia metida en los colegios y en todas las esferas del Estado, el odio y la intolerancia hacia otras religiones —en especial, la hebrea, por ser la que «mató» a Jesús y a la que tildaban de usurera— empezaban a radicalizarse aún más. Yo pensé que estaba exagerando, porque en mi cabeza un pacto como ese no

podía sino ser positivo para la sociedad, al darle un espacio importante a la religión, que es la que cura el alma de los desahuciados.

A las semanas, un día estaba comprando comida con Regina mientras Alessandro atendía el negocio. Regina vio una manzana acaramelada y hacía ademán de quererla, y solo me decía «quiero, quiero». Ella apenas tenía dos años, pero le costaba hablar. Según mi mamá, en las cartas me decía que eso pasaba cuando uno mimaba mucho a los hijos, pero yo creía que todo lo hacíamos bien con ella.

Nos acercamos al sitio donde vendían las manzanas caramelizadas y a Regina se le escapó la palabra «quiero» en hebreo. El señor que vendía las manzanas me dijo:

—Debería enseñar a su hija a hablar italiano, y no esas lenguas herejes.

Yo enseguida cargué a mi hija y le dije al señor:

—Descuide, que ella sabe hablar italiano, solo es una bebé, pero es tan italiana como usted y yo.

El señor me miró de arriba abajo y escupió en mis pies.

—Te salvas porque eres bonita, mujer, y me apiado de las que son como tú, porque, si no, te daría un puñetazo ahora mismo. ¿Cómo vas a insinuar que yo soy igual a ti y a esa mocosa asquerosa judía? ¡Vete de aquí antes de que llame a la policía!

Me hirvió la sangre. No podía creer que ese señor me hablara con tanto odio, si yo no le había hecho nada, y, de paso, insultar a mi hija.

—Pero ¿qué le sucede? Si yo no me he metido en ningún momento con usted ni lo he insultado. ¿Qué le dirá a la policía, si yo no hice nada? ¡Es usted el patán grosero que trata a una mujer y a una bebé de esa manera tan aberrante!

El señor empezó a reírse y me dio más rabia aún.

—¿Y tú crees que diría eso? Obvio, diría algo como «estas asquerosas judías querían robarme mis manzanas», y ahora dime, ¿a quién le creerán? ¿A mí, que soy un fascista católico recto, o a usted, que lo que tiene de bonita lo tiene de judía?

—Pues se equivoca, señor. Yo no soy judía, soy católica e italiana, y no permitiré que insulte a mi hija, que no tiene nada que ver con esto, solo porque a usted le molesta que ella diga una palabra en hebreo. ¡Usted es un grosero y yo misma iré a la policía a denunciarlo!

El señor empezó a gritar:

—¡Señores, ayúdenme, esta judía me quiere robar las manzanas!

Yo enseguida empecé a gritar que era mentira, mientras Regina comenzaba a llorar y a agarrarme la blusa con mucha fuerza por lo asustada que estaba. Cuando me di cuenta, varias personas me gritaban que era una ladrona judía, me jalaban la cartera y me empujaban, hasta que se acercó una señora que me apartó jalándome del brazo y me sacó de la muchedumbre mientras insultaba a todas las personas que estaban presentes, enfatizando el hecho de que yo tenía a una niña en brazos.

Ella me condujo por unos pasillos, y al llegar a un sitio seguro me indicó que me sentara y respirara un poco. Yo no supe en qué momento había empezado a llorar, pero, apenas me senté, abracé a Regina y lloré pidiendo explicación por lo sucedido.

La señora me dejó tranquilizarme y me dijo para calmarme:

—Señorita, lamento lo que le sucedió. Yo vi todo, sé que usted no le intentó robar ninguna manzana al idiota ese, pero a la gente como nosotras no la quieren. Debe cuidarse.

Yo la miré, todavía con los ojos bañados en lágrimas.

—¡Pero es que yo no le hice nada! A mi hija solo le salieron unas palabras en hebreo, pero cómo la puedo culpar, si tiene dos años. No entiendo cómo puede haber tanta maldad en el corazón de alguien.

La señora se sentó a mi lado y, poniéndome la mano en el hombro, me dijo:

—Ay, señorita, eso no es nada de maldad para lo que vivió mi familia en Rusia, cuando el zar Nicolás II reinaba todavía y el comunismo no se había apoderado de todo el país. A mi familia la asesinaron en el pogromo de Kishinev. Ni la policía los auxilió, ni castigó a los culpables de la masacre, aunque después los mismos vándalos incendiaron cientos de hogares judíos. Yo soy rusa de corazón, pero créame que más nunca quiero volver a pisar mi tierra. Debemos andar con bajo perfil, señorita. Le aconsejo no hablarle más a la niña en hebreo o en ninguna otra lengua que no sea italiano, es lo mejor para ella.

Yo la miré y no pude dejar de sentir empatía por esa señora, que fácilmente podría tener cuarenta y cinco años, y que, sin duda, había vivido una tragedia que superaba todos mis límites.

—Disculpe que no me presenté, señora, mi nombre es Leticia Vitota. Un placer conocerla, aunque fuese en estas circunstancias tan malas.

—Un placer, señorita Leticia. Mi nombre es Zaria, sin apellido, hace

muchos años decidí no decirle a nadie mi apellido. Espero que se encuentre mejor y más calmada.

—Sí, señora Zaria, muchas gracias, porque nos salvó. ¿Hay posibilidad de que la invite a mi casa a comer? Quiero agradecerle lo que hizo por mí y mi hija.

—Está bien, señorita Leticia, pero con la condición de que sea la única invitada. No suelo estar cómoda con mucha gente a mi alrededor. —Sonrió y miró a Regina—. Es una niña hermosa. Cuídela mucho. Yo tuve una hija, pero eso fue hace muchos años.

—Uno tiene hijos para toda la vida, señora Zaria. En cuanto a mí, bueno, yo no soy judía, pero mi esposo sí, y él ha querido que Regina aprenda el idioma de sus antepasados para que nunca se olvide.

—Entiendo a su esposo, señorita Leticia, pero, créame, es preferible que ella sepa de sus raíces, pero que no tengan los demás manera de asociarla al judaísmo. Ahora vámonos de aquí. La acompaño a su casa.

Yo le agradecí muchísimo su gesto. No entendía por qué, pero el estar cerca de Zaria me daba tranquilidad y seguridad.

Ese día le conté a Alessandro lo que había pasado y este estalló en cólera.

—¡Cómo puede ser posible que un imbécil se meta con mi mujer y mi hija y yo no me entere! Voy a ir a donde esté ese vendedor de mierda ahora mismo y le enseñaré a respetar a las mujeres y los niños. Si no le enseñaron valores en su casa, yo se los enseñaré, pero con un fuerte golpe en la cara.

Yo me levanté de la mesa y le agarré la mano.

—Mi amor, si vas, es peor. Tú tendrías que ver cuántas personas estaban de su parte. No ocasionemos otro altercado, ¿sí? Es preferible dejar esto así. Tu hija está bien, yo estoy bien, y gracias a Dios la señora Zaria apareció.

Alessandro se agarró la cabeza y cerró los ojos para intentar calmarse.

—Tienes razón, mi amor, pero es que no puedo creer que un hombre se comporte así con una mujer y una niña pequeña solo porque esta dijo una palabra en hebreo. Me dan ganas de matarlo, de verdad.

—De eso te quería hablar también, Ale. Zaria me recomendó que mejor no le habláramos a Regina en hebreo. Que solo aprenda italiano, para que estas situaciones no nos pasen más.

—¡Esto sí que es demasiado! Leticia, ¿tú te estás escuchando? ¡Es

mi religión! Yo no nos someto a las grandes costumbres judías, ni pretendo que tú hagas lo mismo que yo o que creas en lo mismo que yo, pero Regina es mi hija y, como tal, tiene sangre judía. No voy a permitir que, porque unos cuantos estúpidos descerebrados no tengan más de tres neuronas, yo no le enseñe a mi hija, por lo menos, el idioma de nuestra raza. Sabes muy bien que no sigo las costumbres judías que no comparto, pero esto es demasiado. Quiero que mi hija aprenda hebreo, y si debo matarme con media Italia porque a ella se le escapan palabras en hebreo, pues lo haré, y no castigaré ni regañaré ni dejaré de hablarle a mi hija por hacerlo.

Supe que esa batalla estaba perdida en el momento en que terminé de pronunciar mi última palabra, así que dejé el tema hasta allí y no quise ocasionar más molestias, que para ese momento eran muchas.

—Está bien, Ale, tienes razón. Así se hará.

Alessandro se calmó y se levantó de la mesa para cargar a nuestra hija en brazos. Empezaron a jugar en el suelo con unas muñecas y, al rato, cuando este ya estaba sonriendo y Regina estaba más que alegre, le comenté:

—Sabes, Ale, me parece que debemos tener un buen gesto con esa señora, Zaria. Deberíamos invitarla a comer. Me parece una muy buena señora, y nos ayudó a salir de esa situación tan abrumadora.

—Tienes razón, Leti. Deberíamos decirle que venga a compartir con nosotros el *sabbat*, y así le podremos agradecer apropiadamente.

Eso hice, y al llegar el sábado Zaria se presentó en nuestra casa con un pastel de nueces y pistachos. Alessandro la quería atender muy bien y, apenas nos sentamos en la mesa para empezar a comer, dijo:

—Señora Zaria, quiero agradecerle de todo corazón que haya sacado a Leticia y a mi hija de ese encuentro tortuoso. Estoy en deuda con usted de por vida. Para mí no hay cosa más importante que ellas.

Zaria sonrió y dijo:

—Muchas gracias, señor Alessandro. Hice lo que debía hacer. Creo que la bondad se ha querido ir del corazón de las personas, pero nos toca plantarle cara y no dejar que se vaya de nuestros corazones.

Alessandro y yo asentimos y empezamos a comer. Empezamos a hablar del pueblo, de sus costumbres más raras y de las personas tan peculiares que habitaban en él. Cuando habíamos terminado de comer, me levanté a buscar el postre, y al regresar le dije a Zaria:

—Zaria, lamento preguntarle esto, pero es que la curiosidad es muy grande. ¿Cómo terminó aquí? Normalmente los rusos no vienen a

Italia, porque no son exactamente bien recibidos. Aunque agradezco enormemente haberla conocido.

Zaria bajó la mirada y tardó unos segundos en responder.

Cuando mi familia fue asesinada en el pogromo en Rusia, yo estaba en Suiza con mi esposo, Nikolay, y mi hija pequeña vendiendo una mercancía. Siempre hacíamos uno o dos viajes al año desde Rusia hacia Noruega, Suiza o Alemania, y a veces terminábamos el recorrido en Francia. Vendíamos todo tipo de mercancía, desde comida hasta telas, muebles de madera, etc. Me enteré de la tragedia de los pogromos por unos clientes que comentaban de los incendios cuando estaban seleccionando la mercancía que comprarían. Apenas los escuché, sentí cómo se me nublaba la vista y mi corazón empezaba a latir a mil kilómetros por hora. Me logré calmar y les pedí que me contaran con detalle lo que sabían.

—Bueno, señora Zaria, lo que le puedo decir es que varios hogares judíos del pogromo de Kishinev se han visto afectados. Parece que los tildan de ir en contra del zar o algo así, sinceramente no me conozco el cuento con detalle, pero sí que las pocas familias sobrevivientes se han ido y, para hablar con franqueza, yo también me hubiese ido.

Apenas me enteré de lo que había pasado, le dije a Nikolay que debíamos volver porque estaban allí mi papá, mi hermana, mi mamá, mi abuela y mi sobrino. Él se opuso rotundamente al principio, pero cuando le dije que me iría con él o sin él, decidió acompañarme y emprendimos el viaje a Rusia.

En el camino, mi hija empezó a toser mucho. En ese momento, nos encontrábamos en mitad de los bosques, ya casi llegando a Polonia. Alquilamos una habitación de una cabaña de un buen señor que solo vivía con su esposa y su hijo pequeño. Queríamos pasar una noche y le pedí a mi esposo que, por favor, reforzara la carroza, y así no entraría tanto aire frío al interior y nos mantendríamos más calientes en el viaje, que pensábamos retomar al día siguiente.

La señora de la casa se ofreció a cuidar a mi hija, así que ayudé a Nikolay a buscar madera en un bosque cercano a donde estábamos en ese momento, y no supe en qué momento apareció un lobo. Mi reacción fue gritar, y el lobo se lanzó encima de mí con la mandíbula plagada de grandes dientes filosos. Mi esposo no dudó ni un segundo y se interpuso entre el lobo y mi cuerpo. Él recibió una mordida en el hombro y empezó a gritar. Yo me levanté de la grama y con uno de los trozos de madera que habíamos recolectado le empecé a pegar con todas mis fuerzas para que dejara en paz a Nikolay. Cuando vi que el lobo ya no se movía, entendí que lo había matado. Ayudé a Nikolay a reincorporarse y corrimos como pudimos para alejarnos del bosque, ya que los aullidos del lobo seguramente los había escuchado su manada y no queríamos encontrarnos con ningún otro animal. Cuando llegamos a la cabaña, le pedí al señor que llamara a un médico, y este me respondió:

—Señora, con todo respeto, pero si emprendemos el viaje para buscar al médico, no pasarían menos de tres días, y lamento informarle de que ese tiempo es demasiado para el hombro de su esposo. Se le infectaría, vendría la fiebre y pronto moriría. Le pido que confíe en mí, yo le colocaré unas hierbas que lo ayudar*án,* pero debemos primero limpiarle la herida.

Yo no sabía qué hacer, así que confié en ese señor que Dios había puesto en mi camino para sanarlo, y efectivamente le limpió la herida, le cosió la gran abertura que tenía y le colocó unas hierbas para que sanara. No nos quedamos un día, como pensábamos, sino cinco días. El mismo señor y su esposa reforzaron la carroza y pudimos emprender camino a Rusia.

Al faltarnos menos de cinco minutos para llegar a la casa, vimos el desastre y la inhumanidad inundando las calles. Había juguetes, libros, muebles, de todo había en la calle con señales claras de que habían sido brutalmente sacadas de sus respectivos hogares. No pude evitar llorar, empecé a correr para llegar rápido a lo que era mi casa y… la escena que me encontré fue horrible. —Zaria empezó a hablar con la voz quebrada por el llanto—. Los cuerpos de casi todos los integrantes de mi familia ya no estaban, pero, al entrar en el cuarto de mi sobrino, levanté todo lo que estaba todavía allí y vi la compuerta secreta.

Esta compuerta era como un semisótano que le hicimos a mi sobrino para que este pudiera jugar, ya que él quería ser mago y el hecho de desaparecer de la vista de los demás era algo que le encantaba, y por eso le hicimos ese espacio especial para él. Al abrirlo, me encontré con su cuerpo. No tenía señales de maltrato. Lo cargué, le tomé el pulso y no encontré nada. Había muerto, quizás unos días antes, o quién sabe cuándo.

Me llevé el cuerpo sin vida para enterrarlo. Mi hija lo vio y no entendía nada de lo que sucedía, así que le dije que su primo estaba en un sueño muy especial y que había que dejarlo así. Le pedí a mi esposo que me diera un momento para enterrarlo y que mientras tanto se ocupara de nuestra hija. Cuando me disponía a enterrarlo en un terreno muy cerca de la casa, llegó un señor que ya había visto en un par de ocasiones antes y me dijo:

—Señora, le aconsejo hacer lo que tenga que hacer rápido, porque ya nos avisaron de otro grupo de personas que vienen en esta dirección, y vienen con armas. Nosotros ya recogimos las cosas que nos quedaron de la última vez y emprenderemos camino a otro lado. Está cordialmente invitada a ir con nosotros, pero partiremos ya.

Negué con la cabeza y les deseé suerte. Me asusté, así que enterré a mi sobrino lo más rápido posible y empecé a orar, mientras corría buscando a Nikolay y a mi hija. Los encontré y les conté lo que me habían dicho, así que corrimos hacia donde estaba el carruaje, y al llegar nos dimos cuenta de que el carruaje no estaba, ni nuestras cosas ni nada.

Yo no pude evitar desplomarme, empezar a llorar, y las lágrimas de mi hija no tardaron en llegar. Tuvimos que hacer mucho ruido, porque dos

hombres llegaron silenciosos, sonriendo maliciosamente. Tenían unos tubos en sus manos.

—Ustedes deben de ser judíos, ¿no es así?

Inmediatamente, me incorporé y le dije que no, que estaba equivocado. Ellos se miraron entre sí y se empezaron a reír.

—Qué raro, porque aquí solo viven judíos, *y si están llorando*, es porque les afecta algo de lo que pasó en este asqueroso lugar.

Nikolay se colocó al frente de mí y les dijo:

—Señores, no estamos haciendo nada malo, así que les agradecemos que nos dejen en paz y así cada uno sigue su camino.

Se rieron más aún y dijeron:

—Tú no nos vas a decir qué hacer. Ustedes son enemigos del zar y del pueblo y, como tales, morirán.

Mi esposo, al ver que estaban alzando el tubo, me jaló del brazo y empezamos a correr. Nikolay tenía a nuestra hija en brazos. Los dos cobardes nos persiguieron, y a la primera que agarraron fue a mí. Grité que dejaran ir a mi hija y a mi esposo, pero no quisieron. No me gustaría dar más detalles de lo que pasó entonces, solo puedo decirles que mi esposo y mi hija murieron y a mí me dieron por muerta después de haberme violado y golpeado. Cuando me desperté, vi los cuerpos de Nikolay y mi hija. Entré en un estado de conmoción y de depresión del que nunca pensé que pudiera salir.

Me quedé encerrada en lo que era mi antigua casa, jugando con los juguetes de mi hija. Pensé que me estaba volviendo loca, pero ya a ese punto me daba igual, hasta que un grupo de muchachas judías que se habían quedado sin hogar y sin familia por el mismo pogromo dijeron en voz alta una mañana que emprenderían un viaje hacia Francia, donde pensaban que tendrían mejor calidad de vida. Llamaban a los pocos que quedaban vivos para irse con ellas. Al principio no quería, pensaba que el irme era traicionar a toda mi familia, además, ¿yo realmente merecía vivir y ellos no? Lo pensé un rato, pero me convencieron de hacer el viaje con ellas, aunque lo único que quería era morirme. Viajé. Ellas pasaron por Italia, antes de llegar a Francia, para conocer un poco, y yo me quedé enamorada de Trento, así que aquí me quedé. Conseguí un empleo convencional. Alegué que era rusa, cristiana y viuda.

A Zaria, al terminar su relato, parecía que cada palabra la hubiese cansado más, tanto dolor emanaba.

—Más nunca diré mi apellido, ni quiero que me asocien con esa religión que no ha hecho más que perjudicarnos a todos los creyentes. Espero que sepan entenderme y que no me juzguen por mi decisión.

El primero en hablar fue Alessandro, el cual dijo:

—Jamás podría juzgarla, señora Zaria. Lo que nos ha contado no se

lo deseo ni a mi peor enemigo, que por ahora es el señor de las manzanas acarameladas —dijo mientras sonreía un poco, después siguió—: Quiero que sepa que tiene en esta pequeña familia un apoyo y un gran agradecimiento.

Zaria se limpió los ojos llenos de lágrimas, y sonriendo dijo:

—Muchas gracias, señor Alessandro. Tiene una bella familia. Cuídela mucho.

Asentí y dije:

—Y pensar que ahora Rusia está envuelta en un comunismo sin precedente…

—Lo que sucede ahora en Rusia no es comunismo, señorita Leticia, es brutalidad. ¡Han despojado a muchas personas de sus propiedades! Los mismos judíos de Rusia que pelearon por la revolución y se jugaron su vida más de una vez con la policía del zar, la Ojrana, fueron desplazados. No hay lugar en Rusia para la razón, ni con el inhumano del zar, ni ahora mismo. Siempre pienso que si mi esposo viviera, no podría creer que el comunismo se convertiría en esta locura. Él era abiertamente comunista y odiaba los privilegios que tenían unos sobre otros, pero esto jamás lo aprobaría.

Alessandro intervino diciendo:

—El comunismo es una plaga, mi estimada Zaria. Nosotros somos muy afortunados de tener al Duce gobernándonos. Un hombre de verdad, con ideales claros anticomunistas y con los zapatos bien puestos.

No pude evitar responder, así que dije:

—No lo sé, amor mío, me parece que mucha gente inocente se ha visto afectada por el fascismo. El amor que el italiano promedio le profesa al Duce es más inducido por miedo que por propia convicción.

Alessandro me observó y dijo sonriendo:

—Mi amor, estás equivocada. Al Duce lo quiere todo el mundo, y le debemos mucho en Italia. A él sí le importa el bienestar de los italianos.

Zaria y yo nos miramos, calibrando si debíamos decir algo, pero ninguna dijo nada. La noche transcurrió hablando sobre otros temas y comiendo muchísimo.

En ese punto de mi vida, yo sentía que tenía todo lo que podía pedir: una hija maravillosa, saludable y hermosa, un hombre sensato, dedicado y amoroso a mi lado, no nos faltaba la comida en nuestra mesa y amábamos el trabajo que hacíamos. Solo me sentía culpable

por una cosa, y tenía nombre y apellido: Ángelo Vitota.

Mi hermano a veces me respondía las cartas que yo le mandaba, pero era evidente su dolor hacia mí. Se sentía traicionado, como si mi ausencia le hubiese cambiado su vida de tal manera que no pudiera encontrar manera de ser feliz otra vez. En sus cartas se leía cada vez más frío y con más resentimiento. Yo no dejaba de decirle lo mucho que lo extrañaba y lo amaba, y en cambio él respondía con una frialdad que solo se podría tener con un extraño.

Me sentía terrible por Ángelo. El ser la responsable de que una persona que amas no sea feliz es muy difícil, y tuve que trabajar muchas veces en mi propio perdón. Mil veces me dije a mí misma que me perdonaba por abandonarlo, ya que solo así lograba tranquilizarme.

Capítulo diez

Ese mismo año, 1929, el Duce le dio la bienvenida a un renombrado judío italiano llamado Ettore Ovazza, junto con otros veteranos de guerra. Nosotros conocíamos de él, dado que la familia de Alessandro había tenido desde siempre negocios con los Ovazza de Turín. Sabíamos, como todo el mundo, que Ettore era igual de fascista que banquero. Manejaba el dinero con mucha facilidad y destreza, cualidades que lo dejaban frente a Alessandro como uno de los mejores ejemplos que seguir.

—El Duce ha invitado a Ettore Ovazza, junto con otros veteranos de guerra, y les ha dado la bienvenida. Si eso no es una muestra del compromiso que él siente por los judíos, no sé qué será. Leticia, te dije que el Duce no estaba en contra de nosotros, y pronto impondrá normas en el país que eviten que seamos mal vistos en las calles.

—Bueno, Alessandro, no estaría tan segura. Me parece muy bien que el Duce haya invitado a Ettore y a sus otros compañeros, pero se te escapa un detalle que es muy importante para entenderlo. El Duce ha recibido a uno de los mejores veteranos de guerra y, por si no fuera poco, a un miembro de la familia más poderosa de toda Turín. Judío o no, le conviene al Duce mantener feliz a una persona tan influyente en la comunidad judía y banquera del país como lo es Ettore Ovazza. Para mí, es evidente que lo hace más por conveniencia que por convicción.

—Pero qué dices, Leticia. Tú nunca puedes sentirte convencida por nada de lo que hace el Duce. Ha recibido a judíos, les ha dado la mano, muestra solidaridad con nosotros a través de Ovazza, y eso para mí es suficiente.

—Ale, yo te digo mi pensamiento, porque doy gracias a Dios de tener una pareja con la que puedo expresar todas mis ideas y sé que estas no serán utilizadas como un arma después. Solo te comento mi opinión, pero me alegra que estés contento. Vamos a ver qué sucede, quizás me equivoco y el Duce sí hará políticas o normas enfocadas en

mejorar la vida de los judíos italianos. Quién sabe…

—Mientras no haga nada en contra de nosotros, no me importa mucho si hace políticas en pro de los judíos o no. Yo solo quiero vivir tranquilo, Leticia.

La conversación terminó allí porque Regina había empezado a llorar y los dos nos dedicamos a ella.

El tiempo me daría la razón años después, al desatarse la Segunda Guerra, cuando el Duce decidiera hacerse la vista gorda y permitiera que se llevaran a los judíos a los diferentes guetos.

Como ninguno de los dos habíamos terminado el colegio, nos propusimos leer siempre el periódico, comprar libros o intercambiarlos con personas interesadas. Después hacíamos resúmenes y hablábamos por horas de lo que nos pareció interesante. Así procurábamos mantenernos actualizados y sentíamos que no nos apartábamos de nuestro lado educativo.

Para mí era muy importante no sentirme incapaz, y si tomamos en cuenta el hecho de que por ser mujer en Italia ya eras un poco más bruta que los hombres, me sentía con el deber de demostrarles a todos a mi alrededor las capacidades que podía tener una mujer y que podían ser mayores o iguales que las del hombre promedio.

En el negocio de las frutas y vegetales, teníamos cada vez más clientes, pero nos fue rindiendo cada vez menos el dinero. A pesar de todo, sabíamos que no podíamos quejarnos, ya que muchas personas estaban en peores condiciones que nosotros y por lo menos nos alcanzaba para mantenernos bien los tres y cubrir cada pequeño imprevisto que sucedía con nuestra hija. Hasta en algunas oportunidades Alessandro mandó dinero para que su familia en Predappio pudiera estar un poco más cómoda.

Unos días después, Alessandro llegó a la casa con un periódico en la mano y con mucha emoción en su mirada.

—¡Mi amor! ¡Quiero ser parte del ejército! Están dando buenos beneficios y creo que así mejorará aún más nuestra imagen ante el Duce. Tengo un deber moral con Italia, y como hombre debo cumplir.

Yo lo miré impactada, pasaron muchas cosas por mi cabeza —ninguna positiva—, pero dije:

—Podrás mejorar tu presunta imagen ante el Duce, pero te dañarás a ti mismo, Alessandro. ¿Cómo vas a ser parte de nuestro ejército sabiendo las salvajadas que hace? Ellos dejan de ser humanos para

convertirse en animales. Solo mira lo que hemos hecho en Libia para poder conquistarla, más de cien mil muertos por aspiraciones del territorio. Que si me dijeras, por lo menos, que es una tierra rica y que nos daría más que arena, sol y miseria, pero sabemos que no es así y que hemos masacrado una población por necesitar una colonia.

—¡Estás exagerando, Leticia! Es un honor para nosotros tener otra conquista. El Duce quiere que Italia sea como la antigua Roma, y sé que lo lograremos. Deja de pensar en esa gente, Libia está muy lejos y seguramente los periódicos exageran con los muertos y lo que dicen que pasa allá. Conozco gente que se ha ido a Libia a vivir por la calidad de vida que tienen los colonos.

—Claro que viviríamos mejor que los pobres libios, Ale, yo entiendo la idea de que seamos tan grandes como una vez fuimos en el Imperio romano, pero a cuenta de esta filosofía estamos cometiendo actos inhumanos. Esas personas, sean cien mil o dos mil, eran personas que tenían una vida en esa tierra y nosotros se la quitamos y las matamos por oponerse. No me parece…

—Ay, Leticia, de verdad que a veces no te comprendo. Esto emociona a todo el mundo, pero a ti te entristece. Nadie piensa en esas vidas porque no son iguales a nosotros. Tienes un corazón muy grande para este mundo.

—Puede que tengas razón, Ale, pero, por favor, vi cómo mi papá sufrió la muerte de mi tío y mi abuelo en la Gran Guerra. Por favor, no quiero que Regina y yo nos quedemos sin ti. No solo debes cuidar al país, sino a tu familia. Nadie te ha obligado a unirte al ejército italiano todavía. Piénsalo.

—Lo pensaré, Leti, pero ¡ufff!, qué ganas las tuyas de cortarme la inspiración y la emoción con la que venía a contarte eso. En lugar de emocionarme, ahora estoy desanimado. ¿Cómo lo logras tan fácil?

—¡Ay, mi amor! Haciéndote ver las cosas desde otro punto de vista. Te amo.

Alessandro sonrió y dijo que también me amaba mientras me besaba la mano. Nos reímos y buscamos a Regina para jugar un rato con ella.

Ya era habitual que les escribiera a mis padres desde Trento utilizando mi dirección real. Con los años entendí que mi papá no me buscaría, y menos querría meterme presa o cualquier otro pensamiento que tuve cuando decidí huir de Predappio. Mi madre siempre me decía lo mucho que me extrañaba, y en una de esas cartas

le dije que fuera a Trento y pasara una temporada conmigo para conocer a su nieta. Quería también ver a mi papá y a Ángelo, pero por mi mamá sabía que estaban muy ocupados entre el Partido Nacional Fascista y la Opera Nazionale Balilla.

Mi mamá llegó a mi casa el 30 de enero de 1930. Fue un encuentro muy emotivo, porque habían pasado más de tres años desde que me había escapado sin dar chance a ninguna despedida. Fue el mejor abrazo que he sentido en mi vida. Alessandro se alegró muchísimo por nosotras y nos dio un espacio para que nos disfrutáramos.

La relación entre mi mamá y mi hija fue de amor a primera vista. Se disfrutaban una a la otra y hasta deseaban dormir juntas. Regina entendió rápidamente que ella era su abuela y eso la hizo amarla sin medida.

Ella estuvo con nosotros alrededor de dos meses. Le dije a Alessandro que la acompañara a llegar a Predappio para que no viajara sola, y así él visitaba a sus padres. Sabía que también les hacía falta compartir en familia.

Me quedé sola con Regina por unos meses. Yo atendía el negocio, aunque a veces se me complicaba un poco por mi hija y la atención que esta demandaba, pero Zaria y un muy buen amigo de Alessandro llamado Marco me ayudaron a mantener todo en orden.

Marco se volvió nuestro protector en ausencia de Alessandro. Me buscaba todas las mañanas para acompañarnos a donde colocábamos nuestro puesto en el mercado. Buscaba la mercancía que hacía falta y siempre estaba muy dispuesto a colaborar.

Un día Zaria me dijo:

—Leticia, te voy a decir algo, pero que quede entre tú y yo.

Yo la miré intrigada y le dije que me contara.

—Estoy segura de que le gustas mucho a Marco.

Yo empecé a reírme y le respondí que estaba loca, ya que él era el mejor amigo de Alessandro. Lo que él sentía era un deber hacia mí en ausencia de su amigo.

Zaria me miró con ojos risueños y me dijo:

—Yo te digo que es así. Te ve de una manera muy peculiar. Sé que le gustas, pero no creo que te lo diga. La amistad debe prevalecer o, por lo menos, es lo que hacen los hombres hechos y derechos.

Me quedé pensando en lo que me dijo Zaria y no aguanté hablar con Marco. En la tarde, cuando me acompañó a la casa con Regina, de regreso del mercado, le dije:

—Marco, quiero saber una cosa, y me gustaría que fueras muy honesto conmigo. Yo no le contaría a nadie.

Marco me miró extrañado y asintió, invitando a hablar.

—¿Tú te sientes atraído hacia mí?

Marco no podía creer que yo le hubiese preguntado eso. Enrojeció y soltó las bolsas que cargaba.

—Pero-pero…, Leticia, ¿de dónde sacas eso?

—Bueno, es que me parece que tu manera de mirarme y de atenderme no solo corresponde a un hombre que quiere ser un buen amigo. No quiero que malinterpretes, no me molesta que seas tan atento con nosotras, más bien es un alivio, teniendo en cuenta cómo son las personas cuando ven a una mujer sola con una niña. Marco, me pregunto si nos podríamos sentar en la mesa de la casa para hablar.

Entramos y, antes de que él empezara a hablar, hizo un esfuerzo para no mirarme mientras me dijo lo siguiente:

—Leti, sí me gustas. Me pareces una mujer más que increíble y no sé cómo Alessandro sacó a una mujer tan buena para que esté a su lado. No dejo de pensar en ti nunca, y menos ahora, que te veo todos los días, pero mi amistad con Alessandro es mucho más importante para mí que mis sentimientos. Él es como un hermano menor al que le tengo mucho aprecio y al que quiero mucho. No quiero que él sepa de mis sentimientos hacia ti, porque significaría el final de nuestra amistad. Y, por tu lado, tranquila, nunca me propasaré contigo ni haré nada indebido. Quiero protegerte, nada más. En cuanto a Regina, la veo como a una hermosa sobrina y deseo de todo corazón que por mi estupidez de niño enamorado no se acabe todo lo bonito que tengo con ustedes tres.

Me sorprendió lo maduro, sincero y centrado que era Marco. Tenía treinta y dos años, pero sus palabras denotaban una gran sabiduría y control interno. Nunca pensé que me dijera todo eso.

—Me alegra mucho escucharte decir todo eso, Marco. De verdad que amo con locura a mi familia, Alessandro es el único hombre al que he amado, aparte de mi papá y mi hermano, y solo me veo a su lado. Deseo de todo corazón que siempre seamos amigos. Solo quería hablar contigo para que no hubiese malentendidos. Espero que te consigas pronto una buena mujer que te sepa valorar como mereces.

—Por eso no te preocupes, Leticia, y por ahora me voy. Ya es tarde. Te busco mañana temprano.

Al abrir la puerta para despedirlo, una vecina me vio de reojo e hizo una negación con la cabeza. Me limité a mirarla y a cerrar la puerta. Era evidente que pensaba lo peor de esa visita.

A los pocos días, llegó Alessandro con muchos regalos y postres hechos por su mamá. Se le veía más juvenil, sonriente y feliz. Creo que esa dosis de amor es necesaria para todos, revitaliza el alma. Así yo me sentía después de haber compartido tanto con mi mamá.

Nunca quise que Alessandro supiera de los sentimientos de Marco. Le había hecho una promesa y, además, nunca se había comportado mal conmigo ni se había mostrado irrespetuoso.

Un día que llegó Alessandro de haber comprado una mercancía para vender, me dijo:

—Leti, ¿puedes creer que un vecino me dijo que pensaba que tú me eras infiel? ¡Con Marco! Me dijo que eso es lo que se cuenta en las casas de los vecinos de nosotros, y parece que es porque un día vieron a Marco saliendo de nuestra casa.

Yo me preocupé enseguida y le expliqué que eso seguramente había sido un día en el que Marco me ayudó a cargar unas bolsas llenas de mercancías hasta el interior de la casa.

Alessandro empezó a reírse y me dijo:

—Leti, yo sé que entre tú y Marco no hay nada. Yo le dije que no se preocupara por eso y que dejara de escuchar chismes de señoras que no tenían mucho que hacer en sus casas. ¡Es que me dan mucha risa los chismes que hay en este pueblo! ¿Cómo van a pensar eso? A la gente le gusta inventar mucho, la verdad.

Yo me relajé enseguida.

—Así es, Ale, la gente dice unas cosas sin sentido…

Pasaron los años y Regina empezó la escuela. No tuve que pelear con Alessandro por esa decisión, ya que él mismo quería que nuestra hija se instruyera y fuera una persona independiente, pero nos dimos cuenta de que en el colegio la mayoría de sus compañeros eran niños y, cuando andábamos por la calle con mi hija uniformada para ir a la escuela, los vecinos no nos miraban bien. Aun así, nos hicimos la vista gorda con todos los comentarios y miradas y vivimos años muy tranquilos, hasta el año 1938, cuando nuestra vida cambió por completo.

Capítulo once

Hitler cada día inquietaba más. Desde que ganó las elecciones del año 1933, había reformado cada esfera de Alemania y mostraba una admiración por Mussolini que nadie en Italia veía mal, ya que se entendía que todos adoraban al Duce. Pero, con los años, Hitler adoptó una posición de carácter armamentista, intelectual y económica asombrosa, pero manchada de un claro odio hacia los judíos, a quienes, a través de las Leyes de Núremberg, había empezado a despojar de sus bienes. No podían trabajar en ciertas esferas del Estado, algunas profesiones estaban prohibidas para que estos pudieran ejercerlas y el caos había solo empezado a ocurrir en las vidas de miles de judíos alemanes.

Al cabo de los años, yo empecé a preocuparme por la amistad del Duce y del canciller alemán. Los papeles se fueron cambiando con el pasar de los años, y Hitler pasó de ser un pupilo de Mussolini a convertirse en una especie de modelo que seguir, donde ya este buscaba sorprender y llamar más la atención del Führer. Ese compañerismo era más evidente, y los múltiples discursos de Benito Mussolini tenían cada vez un toque más racista que el anterior, cosa que nunca antes había tenido, y por eso pasaba desapercibido por muchos.

A principios de 1938 en Alemania, se les confiscaron todos los pasaportes a los judíos alemanes y se endureció cada aspecto de sus vidas en el país germánico.

La preocupación vivía en mí, pero no fue sino hasta que se publicó a nivel nacional el *Manifiesto de la raza*, el 5 de agosto de 1938, cuando empezó la tormenta para la población judía italiana. Desde ese día todo cambió.

Apenas salió el *Manifiesto de la raza*, la primera en enterarse fue Zaria, quien corrió a mi casa y me dijo que leyera rápidamente la

revista *La Difesa della Razza*. Al empezar a leerla, no pude cerrar la boca de lo impresionada que estaba. Hablaban de una raza aria italiana superior, de cómo la raza italiana se debía proclamar abiertamente racista, y lo peor: colocaban a los judíos fuera del marco italiano, alegando que eran la raza que nunca se había asimilado en el país y, por lo tanto, no se consideraban italianos.

—¡Zaria! Pero ¿qué es esto? ¿Es que todos se han vuelto locos? ¿Una raza aria italiana? ¿Qué mosca le picó a Mussolini ahora? ¡Esa amistad con el racista y narcisista de Hitler nos llevará a la desgracia!

—Ay, mi Leticia, ojalá pudiera consolarte, pero esto no hace más que preocuparme. Viví este tipo de noticias y su impacto en Rusia con los zares. Ya las cosas no andaban bien con nosotros en la calle, ahora imagínate. Debes hablar con tu hija, en el colegio empezarán a tratarla diferente, y ella debe estar preparada.

—No, Zaria, no. No puedo creer que esto esté pasando. Voy a comunicarme inmediatamente con mi papá, él debe darme una mejor explicación. Cómo van a decir todos estos «científicos» al pueblo italiano que ellos son superiores y que los judíos no encajan en esa raza. ¡Los italianos no necesitan excusas para odiar a los judíos, muchos lo hacían por deporte! Ay, no, Zaria, qué desgracia.

—Vamos al mercado y hablemos con tu marido, Leticia. Debe saberlo.

Nos fuimos con la revista al negocio que teníamos en el mercado. Cuando llegamos, estaba Marco hablando seriamente con Alessandro.

—Mi amor, disculpa. No quiero interrumpirlos, pero debes leer esto. —Le enseñé la revista y al verla él sacó la misma revista de su maleta y me dijo—: Justamente estoy hablando de esto con Marco. Me está aconsejando que nos vayamos de Italia, pero le estoy diciendo que se calme. El Duce nunca ha hecho nada en contra de nosotros y no creo que empiece ahora. Es un hombre cabal, recto y que ha mejorado cada aspecto de Italia.

Yo dejé de escuchar a Alessandro porque me obstinaba su fanatismo ciego hacia el Duce. Entendía el fascismo, y a esas alturas todavía me gustaban algunos aspectos de la ideología, pero no me cegaba como los demás. Sabía cuándo algo estaba mal y cuándo algo estaba bien.

—Pero ¿cómo es eso, Marco? ¿Por qué nos aconsejas que nos vayamos?

Marco se volteó y me dijo, mirándome a los ojos:

—Esto es el principio, Leticia, algo me dice que este es solo el comienzo de muchas barbaridades que se empezarán a decir y a hacer en contra de los judíos. A ustedes tres los quiero como si fueran parte de mi familia, por eso les pido que no esperen a que esto empeore para tomar una decisión.

Alessandro dijo:

—Yo le estoy diciendo que está exagerando, Leticia. Le dije que siempre hemos vivido bien en Italia, y no hay por qué pensar que ahora será distinto. Seguramente esta noticia al cabo de unos días ya es historia.

Zaria observaba la escena con cara de preocupación. Marco lo miró y le dijo:

—Yo no estaría tan seguro, pero es su decisión. Ahora bien, cuídense mucho, me voy a trabajar a mi puesto. Cualquier cosa, me avisan, por favor.

Asentimos y Marco se fue. Los tres nos habíamos quedado sin palabras. Fue Zaria quien rompió el hilo de silencio diciendo:

—Esto me suena muy mal. Veo cómo la desgracia de ser judíos nos persigue vayamos a donde vayamos.

A los pocos días, fui a recoger a Regina al colegio y me la encontré toda golpeada y con una parte del cabello cortado. Apenas la vi, corrió hacia donde yo estaba y empezó a llorar mientras me abrazaba. Yo le preguntaba qué le había pasado, pero no podía dejar de llorar para explicarme, así que le agarré la mano y me fui directamente para hablar con su maestro.

—¿Me puede explicar qué le ha pasado a mi hija?

—Bueno, señora Vitota, no supe en qué momento ocurrió, pero me comentaron los niños que varios compañeros de ella actuaron de manera indebida, dada su religión, ya sabe…, por ser de una raza un poco más inferior.

Estaba tan molesta por las palabras del profesor que estuve a punto de escupirle, pero sabía que eso no haría más que empeorar las cosas.

—¿Usted me está diciendo que dentro de un colegio, donde se supone que los niños deben estar cuidados y vigilados, viene un grupo de niños, golpean a mi hija, le cortan el cabello, la humillan y ustedes solo lo asumen como algo natural porque mi hija tiene sangre judía? ¿Es eso?

—Lamento decirle, señora, que es así, y si no quiere que estas cosas ocurran, mejor sáquela de este colegio, ya que no puedo prometerle

que no pasará otra vez. Hay niños que son hijos de notables fascistas y, aunque quisiera, no podría hacer nada para defender a su hija.

—¡Me dan vergüenza! ¡Meterse con una niña indefensa solamente por su religión, sabiendo que es igual de italiana que todos!

—De eso no estoy muy seguro, señora Vitota. Ya sabe lo que se dice, que los judíos no son italianos arios.

Yo estaba fúrica. Le grité varias cosas mientras me iba con Regina. Ni me acuerdo de cuántos insultos le dije, pero sé que fueron varios.

Al llegar a la casa, le pedí a Regina que se sentara en una de las sillas de la mesa de la sala, le busqué agua y unas galletas. Al llegar nuevamente, la vi con la cabeza agachada, mirando hacia el suelo. Me agaché para verla bien. No podía creer lo malo y despiadado que podía ser alguien como para maltratar así a una niña. En ese momento tenía once años, pero, por su semblante, parecía mucho más pequeña. Se le veía el dolor que sentía por fuera y por dentro.

—Hija, necesito saber qué pasó, por favor. Cuéntame, ¿sí? —No pude evitar que se me escapara una lágrima. Uno como padre siempre busca proteger a sus hijos, y el ver cómo habían dejado a mi hija y que yo no pudiera hacer nada me hacía hervir la sangre.

Regina levantó su carita, se secó las lágrimas y me dijo muy seria:

—Te contaré, mamá, pero no voy a volver más nunca al colegio, ni a ese ni a ningún otro.

—Está bien, hija. Te prometo que no te obligaré a hacer nada que no quieras. Ahora cuéntame qué pasó y quién te hizo todo esto.

—Estábamos en el salón. Acabábamos de terminar la clase de Matemática, así que el profesor salió y nos quedamos solos. Yo estaba terminando de anotar algo en mi cuaderno cuando Agostino me lo quitó y empezó a correr diciéndome que lo buscara. Yo me levanté de mi puesto y empecé a perseguirlo por todo el salón. Todos empezaron a decirle a Agostino que no se dejara atrapar por una judía. Cuando escuché eso, paré de correr y le grité que se quedara si quería con mi cuaderno. —Comenzaron a salírsele algunas lágrimas antes de seguir con su relato—. Cuando le dije eso, empezó a reírse y me dijo que si no sabía que él siempre iba a poder ganarme, ya que era un italiano de verdad, no como yo, que era una judía asquerosa. Cuando me dijo eso, yo empecé a caminar para salir del salón, pero el mejor amigo de Agostino me empujó y me di en la cabeza con la esquina de una mesa. Cuando me caí, todo el salón empezó a reírse de mí y me gritaban «judía». Intenté levantarme, pero Betino, otro amigo de Agostino, me

empujó nuevamente y le grité que me dejara en paz. De repente, vino Agostino y me dijo: «¡No le grites a mi amigo, judía estúpida!», y fue cuando empezó a darme patadas. Yo me encogí como un caracol, tapándome de los golpes, pero, cuando me di cuenta, ya eran cuatro los que me estaban golpeando, sentía dolor en todas partes de mi cuerpo. No pude evitar llorar hasta que un golpe me lo dieron en la cabeza y no recuerdo más después de allí.

Se levantó de la silla, miró por la ventana y me dijo:

—Cuando me levanté, tenía un mechón del cabello cortado y todo el salón se estaba riendo de que ya no podría ser bonita con el cabello así. En ese momento, entró el profesor, me vio en el piso brotando sangre por la nariz, me imagino que golpeada también, y me ayudó a pararme. Me dijo que me acompañaría al baño de los profesores para que me limpiara la cara. Cuando salí del baño, me dijo: «Sé que está mal lo que te hicieron, Regina, pero sabes que Agostino es hijo de un notable fascista miembro del partido. No querrás causarles un mal a tus papás si hacen este problema más grande de lo que de verdad es». Yo no podía creer que mi profesor me estuviera diciendo que no hiciera nada, o peor, parecía que en el fondo no le importaba lo que me había ocurrido. Le dije que me dejara quedarme en el salón de profesores hasta la hora de la salida y él accedió.

Regina, mirándome fijamente, me dijo:

—Ya te conté, mamá, pero ahora quiero que me escuches algo muy importante: yo no sé por qué ser judía es tan malo, pero yo sinceramente no me siento ni judía ni católica. No entiendo por qué tengo que ser castigada por algo que no siento como mío, y como en mi colegio nadie lo entenderá, entonces prefiero no ir más.

Yo miraba a mi hija impávida. No soportaba el hecho de imaginarla en el suelo de su salón de clase, siendo golpeada sin ningún tipo de piedad por los que antes eran sus compañeros. Ella estuvo en ese colegio desde muy pequeña, cómo podían los niños cambiar tan rápido y de una manera tan atroz.

—Tranquila, mi amor. No irás. Hablaré con tu padre para ver qué decisión tomaremos, pero quiero que estés tranquila. Si deseas, báñate para que te refresques mientras te hago algo de comer, ¿te parece?

Regina asintió y se fue al baño.

Apenas vi que se fue, estallé en llanto. Me sentía impotente. Quería ir en ese mismo instante a la casa de los padres de ese tal Agostino y darle a la madre los golpes de su vida, gritarle que era una animal por

enseñarle a su hijo a discriminar así a los demás, pero sabía que las consecuencias serían peores, y más en ese momento.

Al pensar eso último, me inundó un sentimiento que nunca había experimentado, y era el del miedo. Sabía que, al decidir estar con Alessandro, las cosas iban a ser difíciles y quizás mi vida fuera distinta por estar en una casa donde se creía en dos religiones, pero ni en un millón de años hubiese pensado que toda esa pesadilla podía pasarnos, y menos a nuestra hija, mi adorada pequeña.

Esperé a que llegara Alessandro del negocio, y cuando entró vio a Regina. Ya los morados se estaban empezando a formar. Se veía hinchada de tanto llorar, y el cabello estaba todavía con una parte corta y el resto del cabello de su largo normal.

Apenas llegó, Regina corrió a donde estaba él, lo abrazó y empezó a llorar de nuevo. Alessandro me miró con cara de desconcierto y apartó a Regina delicadamente y se agachó para observar bien.

—Pero, hija mía, ¿qué te han hecho? ¿Quién fue el infeliz que se atrevió a tocarte?

Se notaba la rabia en cada palabra pronunciada por Alessandro. Regina le contó lo mismo que a mí. Yo me quedé sentada en la mesa mirándolos a los dos, pensando en cuál era la mejor decisión.

—Ay, mi amor, ven acá. —Alessandro la abrazó durante un largo rato. Regina no se quería separar de él tampoco—. No me importa cuáles serán las consecuencias, pero te prometo, hija mía, que esto no se quedará así. Esos niños y sus padres pagarán por lo que te hicieron. Eres mi vida, Regina. —Alessandro la volvió a abrazar y nuestra hija no dejó de llorar sino hasta un buen rato después.

Cuando estábamos en nuestro cuarto acostados en la cama, Alessandro no dejaba de mirar al techo. No habíamos intercambiado palabras, los dos estábamos conmocionados.

Alessandro me dijo al cabo de un rato:

—Iré al colegio mañana solo para observar quién es el papá de ese niño, Agostino. Después de eso, me vengaré.

Aunque mi parte racional me decía que era una mala idea, mi corazón no me dejaba llevarle la contraria. Me dolía mucho el dolor que había sentido mi hija.

—Nunca pensé que algo así podría ocurrirle a mi hija por mi culpa, ¿sabes?

Le agarré la mano y le dije:

—No es tu culpa, mi amor. Es culpa de unos imbéciles que no

aceptan que puede haber personas con creencias distintas.

—Es mi culpa, Leti. Si el padre de Regina no fuera judío, esto no hubiese ocurrido.

Lo abracé, lo besé y negué con la cabeza.

—Solo puedo imaginarme teniéndote a ti como padre de Regina, como de cualquier otro hijo que tengamos en un futuro. Te amo, Alessandro. Haría lo que sea por ti y por nuestra hija.

—Te amo, Leti. Yo también haría lo que sea por ti y por Regina.

Al día siguiente, Alessandro hizo lo que dijo que haría. Cuando vio quién era el padre de Agostino, averiguó dónde vivía y, sin decirle a nadie, terminó de trabajar más tarde de lo usual, luego fue a la casa de ellos sin ser visto, encendió fuego en una rama y la lanzó al interior del patio de la casa.

Al cabo de unos minutos, se veían las llamas alumbrando toda la calle. La familia completa salió gritando de la casa. Toda la parte trasera se les había quemado.

Alessandro no podía sentirse mejor, al ver lo que logró, se fue corriendo, tapándose la cara para no ser visto. Llegó a la casa sin contratiempos, dio primero varias vueltas por si lo estaban siguiendo, pero nadie estaba en los alrededores.

No había sido descubierto.

Como llegó tan tarde a la casa, Regina ya estaba dormida. Le pregunté por qué había llegado tan tarde y me respondió:

—Llegué tarde por la venganza que necesitaba sentir en el fondo de mi corazón. Debía estar en paz conmigo mismo con lo que le pasó a Regina. Nadie la tocará más nunca mientras viva.

Preferí no preguntar qué había pasado, pero no hizo falta, al día siguiente todo Trento sabía que la casa del padre de Agostino había sido incendiada a propósito y no sabían quién había sido.

Yo estaba segura de quién lo había hecho y no sentía la más mínima culpa.

Capítulo doce

Entre el verano y el otoño del caótico año 1938, se promulgaron las leyes raciales, en las que se establecía de manera formal la discriminación y la persecución a los judíos en Italia. Ni Alessandro lo aceptaba al principio, ni yo podía entender tanto cinismo e hipocresía por parte de Benito Mussolini, quien decía ser justo y haber estado siempre fingiendo una buena relación con los judíos. Yo no era judía ni nunca lo fui, siempre le rezaba a mi Dios y de la manera en que aprendí en la Iglesia católica, pero me era inaudito todo lo que estaba pasando, y más porque mi propia hija era catalogada como judía y el amor de mi vida tenía el judaísmo en el corazón y parecía que también tatuado en la frente.

En septiembre de 1938, Checoslovaquia fue anexada a Alemania, tal como lo había sido Austria también en su momento. En la Conferencia de Múnich, en la cual participaron las bobas potencias europeas, aprobaron dicha ocupación alemana y le creyeron a Hitler su promesa de que no invadiría ningún otro país.

Qué ingenuos fueron, ¿verdad?

El Duce, el 18 de ese mismo septiembre en Trieste, pronunció su gran discurso racista, y no pude más que encenderme en cólera. Se anunciaba a todo dar el final irreversible de una época tranquila para los judíos italianos, y solo en ese momento comprendimos la catastrófica situación.

A partir de ese día, las cosas no hicieron más que empeorar. Le escribí a mi papá pidiéndole algún consejo de cómo debía actuar o qué debíamos hacer para cuidarnos, pero cuando llegó su respuesta no fue nada alentadora.

> Querida hija:
>
> No puedo más que sentir pesar por la situación en la que se encuentran mi amada nieta Regina y tú. Lamentablemente, esa es la situación que te toca vivir por unir tu vida a la de un judío.

Siempre te dije que esa relación no podía ser, pero parecía que cuanto más te lo decía, más amor le tenías a ese muchacho.

Puedo solo aconsejarte que te vengas conmigo, hija. Deja a Alessandro allá y vente con Regina. Te aseguro que acá no te pasará nada.

Te prometo que, apenas me digas que aceptas mi oferta, yo mismo voy a buscarlas, pero, hija, olvídate de una vez de ese judío que solo te ha desgraciado la vida, es lo que hacen los de su clase.

Te amará toda la vida,
tu padre

Al leer la carta, eran evidentes dos cosas: mi papá todavía no me perdonaba por escaparme, y eso no le dejaba ver que gracias a mi decisión había sido plenamente feliz con Alessandro y realmente libre, y dos, ya las enseñanzas raciales del partido y todo lo que comentaba su grupo fascista sobre los judíos estaban calando en su forma de pensar.

Nunca mi papá me había dicho algo como «olvídate de una vez de ese judío que solo te ha desgraciado la vida, es lo que hacen los de su clase», pero me dejó pensando. ¿Qué pasaba si me escapaba y me iba con Regina? Ella es medio judía y ella misma se creía judía, ¿cómo reaccionaría mi papá?

Deseché ese pensamiento tal como llegó a mi mente. Yo amaba con cada centímetro de mi piel a Alessandro y jamás lo dejaría. Amaba la persona que era con él. Además, era un hombre extraordinario, sonriente, bondadoso, gracioso, fuerte y me daba la total libertad que yo siempre anhelé tener, y con él la había logrado. Jamás me separaría de él. Por lo menos, no por libre elección.

En esos días no dejé que Regina saliera de la casa ni por un minuto. Ya nos habían roto parte de la fachada de la casa, pero tengo que reconocer que no todos mis vecinos estaban de acuerdo con esos actos y muchos salían en nuestra defensa.

Zaria empezó a ir todos los días a mi casa para ayudarme a cuidar a Regina mientras yo ayudaba a Alessandro en el mercado, ya que cada vez se volvía más difícil que él vendiera solo. Mucha gente lo empezó a mirar con desprecio.

Un día de diciembre del año 1938, yo me había levantado especialmente de buen humor porque me había quedado con Alessandro hasta altas horas de la noche hablando y pensando en un futuro maravilloso juntos. Al acostarnos, habíamos hecho el amor de

una manera tan especial que todavía me acuerdo y se me eriza la piel. Por la mañana le hice el desayuno, y mientras nos tomábamos un café escuchamos en la radio las nuevas medidas de represión contra los judíos en la comunidad. Alessandro no quiso hablar, todo el semblante alegre de hacía unas horas le había cambiado. Yo le dije muchas cosas para animarlo, pero nada le quitaba esa mirada perdida y pensativa.

Cuando llegó Zaria, nos dijo:

—¿No han pensado en irse de Italia?

Yo la miré extrañada, no había pensado en eso. Fue Alessandro quien respondió:

—¿Pero a dónde vamos a ir? En España está Franco volviéndose loco cada día más, y desconfiando hasta de su sombra. Los mismos españoles se están matando unos a otros, así sean vecinos, solo por ideologías distintas. En Alemania, Hitler no puede ser mayor tirano y despiadado con los que no piensan como él o con los judíos, negros o gitanos. En tu amada Rusia, el comunismo está haciendo estragos, nada es como lo prometieron, solo se hunden en la miseria, eso es lo único realmente similar que tienen. No sé, Zaria, no lo tomes a mal, pero el mundo se está deteriorando y nosotros con él. La calidad humana se está disipando y siento que no importa dónde vayamos, siempre nos perseguirá la miseria.

El pesar y resentimiento que escuché en la voz de Alessandro nunca lo había sentido. Él siempre había sido el más optimista de los dos. Creía en el Duce como creía en el buen pensar del italiano. Estaba tan enamorado de su país, del fascismo y de Mussolini que en ese momento caí en cuenta de que lo que quizás sentía Alessandro era traición. Pura y simple traición, de esa que te produce enrojecimiento en las mejillas y en el alma.

Regina seguía dormida, así que nos fuimos al mercado y dejamos a Zaria en la casa.

Cuando ya habían pasado unas horas del día, Ale me dijo:

—Leticia, vámonos a Jerusalén.

Yo lo miré extrañada, pero no me sorprendió que viniera el tema a colación por la conversación que habíamos tenido más temprano con Zaria.

—Pero, mi amor, ¿qué hay en Jerusalén? Aparte de ser un lugar antiguo que por años se han disputado los árabes con los judíos y los cristianos.

—Es la tierra de nuestros antepasados, Leticia. Allí es donde todos

los judíos deberíamos estar. Yo prefiero tener de enemigos a los árabes, y no a los de mi propia nacionalidad o a los sanguinarios de los alemanes.

—Yo prefiero irme a un lugar en que no nos odien en lo absoluto, amor mío. Si vamos a cambiar nuestro país, por lo menos que sea por uno donde no nos odien por nuestra religión, y eso no es irnos a donde viven los árabes y donde los ingleses no quieren que entren más judíos. Además, si llegamos a irnos para allá, solo tendremos oportunidad de trabajar la tierra, porque no veo de qué más se puede vivir en Palestina.

Alessandro me esquivó la mirada y, mirando al suelo, me dijo:

—Tú no entiendes, Leticia, y no puedo pedirte que lo hagas. Olvida lo que te dije.

A las pocas semanas, se abrieron escuelas judías, pero estaban tan mal vistas y en tan mal estado, sin contar el escrutinio público que sufrían los padres y alumnos cuando iban a estas escuelas, que preferí no llevar a mi hija.

Para no detener la educación de Regina, decidí hablar con una de las maestras de un colegio judío cercano para que, por un dinero extra, le diera clases de matemática, gramática e historia a Regina. Empezó a ir tres veces por semana cuando salía de la escuela.

La profesora era una judía viuda que agradeció la oferta y siempre se comportó muy bien con todos nosotros.

En diciembre nos llegó una carta del padre de Alessandro que decía:

> Hijo mío:
>
> Lamento ser portador de tan malas noticias.
>
> Sabrás, por los periódicos o la radio, que el 9 de noviembre se organizó una diabólica revuelta en Alemania y Austria contra los judíos, donde destruyeron hogares, sinagogas, cementerios, negocios…, sin contar todas las muertes que hubo.
>
> Entre los miles de judíos que fueron detenidos en Alemania ese día, están tu tía Mirya, mi hermana, y su esposo, el bueno de Joshfen. Uno de mis sobrinos había salido temprano ese día, y al ver la revuelta se escondió en la casa de su mejor amigo. A los dos días salió a buscar a sus padres y no los encontró. Preguntó por ellos a un vecino que siempre se había mostrado cordial con ellos y fue él quien le dijo que había entrado a la casa un grupo de nazis y que se habían llevado a la fuerza a todos los que habitaban en la

casa.

Él le aconsejó que se fuera y no regresara porque la situación empeoraba cada vez más para los de su raza.

Como pudo, salió de Alemania y llegó a Francia, desde donde planea venirse con la familia, aunque le dije que no era tan alentadora nuestra suerte acá tampoco.

Temo por el bienestar de mi hermana, hijo.

Necesito que te cuides y que cuides de Leticia y, por supuesto, de mi hermosa nieta, Regina.

Te ama,
tu *abbá*

A todos nos afectó la carta de Jacobo, pero mucho más a Alessandro, quien me pidió que lo dejara solo esa noche, y eso hice.

Ese evento fue conocido internacionalmente como la Noche de los Cristales Rotos, pero no fue sino hasta meses después, en septiembre de 1939, con el anuncio por parte de Hitler de invadir Polonia, que estalló una de las guerras que más muertes han traído a Europa.

Capítulo trece

El 31 de agosto de 1939, miembros inescrupulosos de las SS fingieron ser alborotadores polacos, tomaron una emisora de radio polaca y lanzaron publicidad en contra de Hitler y el Tercer Reich, dejando en evidencia las claras intenciones que tenía el Führer de empezar una guerra contra Polonia, sea lo que fuese.
No creo que en sus planes estuviera que Gran Bretaña y Francia se unieran para estar del lado polaco, pero lo cierto es que así empezó la horrenda Segunda Guerra Mundial.

Italia se unió a la guerra el 10 de junio de 1940 como miembro del eje, es decir, como país aliado con Alemania, y así miles de italianos se unieron a las filas nazis.

Nosotros en Italia vivíamos un infierno, debido a la constante publicidad en contra de los judíos, lo cual no hizo más que empeorar cuando nos declaramos abiertamente a favor de Alemania. Aunque, a pesar de todo, debo reconocer, así me cueste muchísimo, porque llevo resentimiento todavía en mi corazón, que la mayoría de los italianos no estaban a favor de los judíos, pero se rehusaban a participar en el genocidio que estaba ocurriendo en masa en toda Europa en contra de estos, lo cual nos hacía pensar que si bien la vida no era aceptable en esos años de guerra, era de suponer que si nos íbamos a otro lugar de Europa, nuestra suerte no mejoraría tampoco.

En 1940 no pudimos seguir vendiendo en el mercado, lo que hizo que Alessandro trabajara junto con Marco en lo que podían para llevar comida a la casa y, por si fuera poco, mi mamá no me dejaba de escribir diciéndome que me regresara a casa con Regina porque «venían tiempos peores para los judíos». Me daba impotencia cada vez que leía una carta, porque sabía que no quería que me regresara con Alessandro.

Con los meses vinieron terribles historias por parte de los soldados que regresaban a Italia por alguna baja que sufrían. Hablaban de campos de trabajo, donde eran llevados cientos de miles de judíos, y

no se sabía qué pasaba con ellos dentro de esas cárceles extrañas.

Un día Alessandro me dijo:

—Leticia, quiero que te vayas a la casa de tu madre, por favor. Allá estarán más seguras que conmigo. Ya he tomado la decisión.

Yo me negué rotundamente.

—Entiende, Leticia, quiero unirme a un grupo de resistencia. Debo hacer algo para ayudar a que los alemanes pierdan esta guerra. ¡Miles de judíos son desaparecidos a mano de ellos y si alguien no los detiene, acabarán con toda mi raza! Quiero que te vayas con Regina mañana mismo. Yo empezaré mis misiones en una semana, para darles tiempo a que lleguen en paz y que no te relacionen conmigo.

Mientras procuraba digerir lo que me decía Alessandro, me di cuenta de algo que no había notado hasta ese momento: si perdía Alemania, perdía Italia, y si esta perdía, puede que en la batalla murieran mi papá y mi hermano. Sabía que ellos estaban en las filas del eje.

—¡No, Alessandro! ¿Te has vuelto loco? ¿Cómo puedes ir en contra de los alemanes? Si te atrapan, te matarán. Además, ¿no sabes que ir en contra de los alemanes es ir en contra de nuestro país?

—Hay riesgos que hay que correr, Leticia, e Italia desde hace rato está en contra de los que son como yo.

—Tienes una familia, Alessandro, por favor, recapacita.

—¿Qué tengo que recapacitar, mujer? ¿Que cuando le provoque al Duce nos mande a todos a los campos de trabajo, incluyendo a mi hija, por considerarla judía? ¿O mejor debo considerar morirme de hambre en esta maldita guerra que me ha hecho humillarme para conseguir un trozo de pan para mi familia? O no, ¿más bien, debo considerar quedarme de brazos cruzados esperando a que todos muramos porque a ti te parece que debo de ser peor que un incapaz? Pues no, Leticia, no quiero quedarme sin hacer nada mientras destruyen todo lo que considero importante.

Entendí que Alessandro no daría su brazo a torcer.

—Entonces déjame ayudarte. Quiero unirme a la resistencia también. Trabajemos juntos para ganarles a los nazis.

Por su expresión, nunca se esperó que esa fuese mi reacción.

—Imposible. Tenemos una hija, Leticia, y ella debe estar con su madre, cuidada y protegida. ¿Qué pasará si morimos los dos en una misión? Es que a ti se te ocurre una cosa peor que otra.

—Alessandro, primero, no me hables así, soy tu mujer y la madre

de tu hija, respeta. Por otra parte, no soy una muñeca de cristal que se romperá si la tocan. Tienes razón, no podemos quedarnos con los brazos cruzados.

Discutimos toda la noche.

Alessandro no logró que me fuera con Regina, ni ella se quería ir. Se molestó a tal punto por nuestra negativa que decidió quedarse unos días con Marco. A los tres días apareció Marco en la casa.

—Leticia, me vas a disculpar, pero es una locura lo que estás haciendo.

—No sé de qué hablas, Marco, yo no estoy haciendo nada. Solo estar en mi casa.

—Tú sabes de lo que te hablo.

—¿El quedarme aquí? Si es eso, te informo de que sí, me quedo, y quiero cooperar, al igual que ustedes, con la resistencia.

—¡Pero es que nos jugamos el pellejo en cada misión, Leticia! ¡Si nos llegan a descubrir, nos matarán!

—Bueno, si no nos matan ellos, nos mata el hambre, así que, ¿qué más da?

Marco se dio por vencido. A los pocos días, Alessandro me dijo que la única manera de apoyar a la resistencia para mí era quedarme tranquila, salir dos veces al día y conseguir la mayor cantidad de información de las posiciones que iban adoptando las filas italianas y alemanas.

Me pareció muy sencillo, pero sabía que no lograría más que eso, así que empecé con mi trabajo de espía y toda la información se la daba a Alessandro para que este la pasara a los aliados, de una manera que nunca me quiso decir.

Todo lo hacíamos cuidadosamente y en silencio. Puedo decir que eso nos unió más como pareja, porque logró que tuviéramos otro gran objetivo en común, aunque más de una vez sentí que me estaba arriesgando mucho y que si me mataban, Regina podría terminar huérfana. Pero el tema central era luchar para que ella viviera en un mejor país, al que parecían no importarle personas como nosotros, pero, aun así, creíamos que los buenos éramos más.

Qué tan ilusos podemos llegar a ser.

A veces pensaba que con mi trabajo podía estar haciendo que mi padre o Ángelo fueran asesinados por los aliados, pero intentaba desechar ese pensamiento, ya que a veces nos tocaba decidir en qué

bando estar. Ellos habían decidido, y yo también.

Al poco tiempo, la fama del Duce fue disminuyendo. Escuchaba en las calles cómo lo desacreditaban más. El hambre a veces hace despertar a las personas de su estado de letargo, y eso pasó en Italia. La miseria estaba llegando a cada rincón de los hogares italianos, y esta desgracia se le achacaba a Mussolini por ir a una guerra a la que era evidente que no podía hacer frente. Y, por si fuera poco, habíamos perdido muchos hombres por una idea descabellada de un dirigente de otro país.

El desastre militar en el norte de África y la invasión aliada de Sicilia y el sur de Italia en el año 1943 hicieron que el derrocamiento de Benito Mussolini fuera más rápido de lo que pudimos imaginar. El dictador fascista fue expulsado del poder por su propio Gran Consejo y detenido a la salida de una reunión con el rey Víctor Manuel, quien le argumentó al Duce que la guerra estaba perdida y ordenó su detención ante las miradas alarmadas y felices de miles de italianos.

Ese día nos sumergimos en una felicidad sin precedente, sentimos por un momento que habíamos ganado la batalla principal, pero estábamos equivocados. La emoción por el derrocamiento de Mussolini nos duró poco.

El infierno llegó nuevamente a nuestras vidas, pero de la forma más horrible posible, cuando las fuerzas alemanas ocuparon rápidamente la mayor parte del norte y el centro de Italia, y nosotros ante la ocupación estábamos en Trento, en el norte.

Soldados paracaidistas alemanes liberaron a Mussolini de la prisión y lo instalaron como un jefe de mentira que solo acataba normas de Hitler.

Con la ocupación alemana, llegó un manto negro de desgracia para los judíos y, por lo tanto, para la vida a la que nos habíamos adaptado a medio vivir.

Las autoridades alemanas comenzaron casi de inmediato a deportar y a confinar a los judíos en pequeños espacios, tanto de las áreas de Italia ocupadas por los alemanes como de las anteriores zonas de ocupación italiana en el sur de Europa. Muchos fueron enviados desde Italia a los diferentes campos de concentración, sin que la sociedad hiciera algo para evitarlo.

En noviembre de ese año, 1943, los alemanes organizaron una de sus tantas redadas para atrapar a los que ellos consideraban la escoria humana y, al escuchar en la calle los gritos que alertaban de la llegada

de los alemanes, Alessandro observó a través de la ventana y nos gritó a Regina y a mí:

—¡Agarren lo primero que tengan a la mano de ropa y de comida y vámonos por la puerta de atrás! ¡Corran, que vienen los nazis!

Regina se había quedado en *shock*, por lo cual Alessandro la jaló del brazo y le dijo:

—Regina, o corres o morimos, tú decides.

En ese momento, ella reaccionó. Aunque no me gustó cómo le habló a nuestra hija, no podía interceder, porque sabía que tenía razón.

En menos de dos minutos, ya estábamos atravesando la puerta trasera de la casa. Esta puerta llevaba al patio trasero de los vecinos, y estos tenían un gran terreno desde donde escuchábamos el gran caos que se desataba en la calle por la llegada de los alemanes.

Alessandro quería que atravesáramos el terreno mientras nos escondíamos en los árboles, hasta llegar cerca del río Adigio, por donde podíamos correr rodeándolo, y así llegar a la casa de Marco.

Unos pocos días antes, Marco había ido a la casa y le dijo a Alessandro:

—Amigo, he construido un búnker detrás de mi casa, donde se encuentra el área de los perros, al lado del baño que utilizamos en su momento para limpiarnos cuando trabajábamos en las reparaciones de la casa. Lo he hecho justo debajo de donde siempre le coloco la alfombra a la perra para que duerma. Te digo esto porque esta situación yo la veo cada vez peor, sea porque nos descubran en alguna misión o porque los alemanes se enamoren de Trento. Quiero que sepas que ese escondite es también de ustedes. Ya sabemos perfectamente qué les sucede a los judíos que atrapan los alemanes y cómo se los llevan a Auschwitz y a otros campos nazis.

—Gracias, Marco, pero no nos pasará nada, descuida. Ya el fascismo está viendo sus últimos días.

—Sí, amigo mío, pero no el nazismo, y tú estás en mucha desventaja por tu religión. Quiero que no te ciegues por el orgullo, y si llegase a pasar algo, por favor, vente a mi casa.

—Pero, Marco, si eso llega a pasar, te pondría en riesgo a ti. Descuida, en ese momento vería qué hacer.

—Alessandro, tú eres como un hermano para mí, tu esposa y tu hija son tan importantes en mi vida como lo eres tú. Si puedo ayudarlos, hasta el último día de mi vida lo haré.

Ese día se abrazaron y Alessandro le prometió que tomaría su palabra si algo así llegase a suceder.

Cuando llegamos al río, le dije a Regina que intentara descansar un poco y le di un poco de agua. Le pedí a Alessandro que descansáramos un poco, ya que habíamos corrido por más de dos horas y estábamos agotados. Regina se veía muy afectada por todo lo que estaba ocurriendo.

—Mi amor, lamentablemente, tenemos que llegar de inmediato a la casa de Marco, y no está cerca de acá. Quiero llegar hasta el punto más cercano que tiene el río de la casa de él, y allí debemos correr para llegar sin ser vistos a su patio trasero. Debe de estar esperándonos.

Asentí. Regina escuchó lo que había dicho Alessandro y, sin esperar ninguna indicación, se levantó y nos dijo:

—Vamos de una vez, papá. Tienes razón. No debemos descansar hasta llegar.

Yo empecé a rezar mientras caminábamos rápido para no caernos. Después de tanto tiempo sin hablarle a Dios, en ese momento le pedí que nos protegiera a los tres y que evitara que los nazis hubiesen llegado a la casa de Marco. Sentía que debía saldar cuentas con él también.

Nos tardamos más de lo que Alessandro calculó porque el camino estaba muy inestable y, en algunos lados, pantanoso. Se empezó a hacer de noche cuando visualizamos la casa de Marco.

—Ale, déjame ir a mí a decirle a Marco que estamos aquí. Mejor quédense detrás de los árboles mientras le aviso y vengo por ustedes.

—Pero ¿qué ideas son esas, Leticia? Ni hablar. Tú te quedas aquí y yo voy a decirle.

—No empieces con tus ideas de superioridad masculina en este momento, Alessandro. Escúchame: tú eres judío, Regina es una niña y medio judía. Yo soy cristiana, y casi todo Trento lo sabe. Además, si hay nazis dentro de la casa de Marco y me agarran, yo puedo mandar a llamar a mi padre, que tiene contactos en las altas esferas fascistas, y seguro que me libro, pero si a ti te agarran, ni todos los dioses del mundo te podrán sacar de los campos de concentración. Ya lo hemos intentado, ¿recuerdas?

Alessandro se quedó pensando. Le molestaba darme la razón y ponerme en riesgo, pero sabía que esa era la carta que debía jugar.

—Está bien, Leticia, pero, por favor, apúrate. Si en media hora no estás aquí, juro que voy a buscarte. Pase lo que pase. Me muero si te sucede algo.

Asentí y les dije que todo estaría bien.

Corrí a la casa de Marco a toda la velocidad que me permitía mi cuerpo. Al llegar a la puerta trasera de su casa, toqué levemente la puerta, rezando, nuevamente, para no encontrarme a más nadie sino a Marco.

Al cabo de unos segundos, Marco abrió la puerta, y en sus ojos noté una gran emoción y me invitó a pasar. Ya adentro le dije que Alessandro y Regina estaban en el bosque, pero que debíamos buscarlos y llevarlos al búnker que él había hecho.

—¡Gracias a Dios, Leticia! Estuve todo el día preocupado por la suerte de ustedes. Unos amigos del mercado me comentaron que los nazis entraron en su casa porque ya habían escuchado que allí vivían unos judíos, pero, como no los vieron, registraron todas las casas de esa calle, enfurecidos por no hallarlos. Yo recé por que ustedes estuvieran en camino para acá, así que les llevé comida, almohadas y unas mantas al búnker improvisado que tengo. Vamos a buscar a Alessandro y a Regina.

Una vez estando todos en el búnker, Marco le dio una de las dos llaves a Alessandro para que pudiera salir en caso de que pasaran días y él no apareciese.

—Uno nunca sabe qué puede pasar, así que es mejor que tengas una llave. Yo intentaré venir dos veces al día a verlos para avisarlos de que pueden salir al baño, estirarse y demás, pero si ven que ha pasado más de un día y no he venido, quédense aquí hasta que consideren que han pasado varios días, aunque les resulte muy incómoda la situación. Si eso llegase a suceder, eso puede significar que me atraparon o me mataron, y cualquiera de esas opciones es un peligro para ustedes.

Los tres asentimos.

Regina le preguntó a Marco por el paradero de Zaria, y él puso un semblante apesadumbrado.

—Ay, mi Regi, parece que Zaria no logró escapar a tiempo de los nazis, a esta hora ya debe de estar con la Gestapo. Unos amigos del mercado me dijeron que los vecinos la habían visto siendo arrastrada por los alemanes mientras ella les decía que estaban cometiendo un error.

Fue un *shock* para mí tan solo pensar en que Zaria estuviera con los inhumanos de la Gestapo. Ellos se caracterizaban por hacer hablar a toda costa a las personas mediante sus mecanismos de tortura. Yo entré en un estado de furia y, sin darme cuenta, empecé a gritar mientras lloraba.

—¡Pero cómo es posible que se lleven a Zaria, si ella dejó de ser judía hace muchos años! Más bien, acá nadie sabía su verdadero apellido, porque ni a ella le gustaba mencionarlo. ¡No entiendo quién ha podido desgraciarle la vida así!

Alessandro me respondió:

—Mi amor, uno ni que quiera puede dejar de ser judío. Los alemanes piden registro a donde llegan de todas las personas, y quizás encontraron su raíz judía, o sencillamente al ver que no había registro de parientes ni ninguna línea de consanguinidad, prefirieron irse por lo seguro y preguntarle.

Yo dejé de llorar y solo quise quedarme en silencio escuchando. Regina estaba llorando desde hacía rato. Para nosotras, Zaria era parte de nuestra familia. Ella llegó a mi vida cuando yo aún era muy joven e inexperta, me guio y apoyó como una madre puede hacer, y para Regina ella fue la abuela que nunca pudo disfrutar del lado de mi madre, o por el lado de Alessandro igual, vivían muy lejos, así que Zaria adoptó ese lugar y siempre había consentido y amado a Regina perdidamente, como si de una nieta se tratara. Me dolía su dolor, y sabía, además, que si la Gestapo la hacía hablar, quizás nos encontrarían.

Alessandro le preguntó a Marco si no podían intentar salvar a Zaria coordinando su escape. También temía que, con las torturas que le iban a aplicar para que delatara a otros judíos, pudieran dar con nosotros o vincularnos a Marco, Alessandro o a mí con la resistencia. Ella sabía todo, y no dudábamos ni un segundo de la fidelidad de ella, pero cualquier persona, bajo el nivel de sufrimiento que ellos aplicaban, terminaba hablando.

Sabíamos de torturas que habían hecho, como cortarle cada dedo de la mano a la persona mientras la obligaban a hablar, porque, si no, iban por los pies, y al estar sin poder utilizar las cuatro extremidades, te mandaban a un campo de concentración para que murieras en cuestión de horas, ya que ni para trabajar servías. Puedo hablar de muchas más torturas de las que nos enteramos de que hacían mientras formábamos parte de la resistencia.

—Alessandro, ¿no has visto la cantidad de alemanes que hay en la calle? Si hacemos algo así, nos descubrirán, y ni que recemos de cabeza podremos librarnos de morir a manos de los animales esos.

Todos asentimos, pero a mí se me ocurrió algo.

—¡Ya sé! Le escribiré a mi mamá para que convenza a mi papá de ayudar a Zaria a que sea liberada.

Alessandro me respondió con ternura:

—Leti, tu papá es fascista, y de los más humanos que hay dentro de la organización, pero los que la tienen son alemanes. Los italianos que apoyan todavía al nazismo están con ellos en las operaciones, pero no creo que sea tu papá uno de ellos.

—No pierdo nada por intentar contactarle.

Sí podía perder, pero la desesperación nos lleva a tomar caminos que en nuestro sano juicio nunca hubiésemos tomado.

Capítulo catorce

Le escribí a mi mamá con todo el detalle posible, le expliqué dónde estábamos, qué hicimos, el miedo que nos producía que agarraran a Zaria y la torturaran hasta hacerla hablar de nosotros o de nuestro paradero, y le contamos lo importante que era esa señora para nosotros.

Alessandro aprovechó para escribirle a sus padres y así constatar que estaban bien. Hacía unos pocos meses Antonella le había mandado una carta en la que avisaba de que habían tomado la decisión de irse todos a los Estados Unidos de América buscando un mejor futuro, pero primero irían a la casa de unos parientes en el sur de Italia. A él no le cayó muy bien la noticia de saber que su familia se iría tan lejos, pero se alegraba de que estuvieran bien, y para ese momento era mucho decir.

Marco se encargó de hacer que esas cartas llegaran en buenas manos. Era importante no hacerlas llegar por los métodos tradicionales, porque cada día se interceptaban las cartas por parte de la inteligencia nazi. Así que, a través de unos miembros parte de la resistencia, se logró entregar, y al cabo de unos días recibimos respuesta de mi madre:

> Mi hija querida:
>
> Cada palabra que escribiste me llenó el corazón de una tristeza agotadora. No puedo creer que hayan pasado por todo eso. No haré como tu padre, que toda tu desgracia se la achaca al bueno de Alessandro, porque no es justo. Los culpables principales fuimos nosotros por ser tan mentes cuadradas hace tantos años, antes de que mi nieta naciera. Si no hubiésemos sido así, estarías cerca de nosotros y mucho más segura.
>
> Sé que tienes manera de salvarte porque tu religión te ampara a donde vayas, pero no puedo pedirte que dejes a tu hija y a tu esposo. Eso no lo hace ninguna madre, y te comprendo, hija mía.
>
> Conversaré con tu padre cuando llegue de misión para ver cómo podemos

ayudarte a liberar a la señora Zaria. Cuando te visité, ella siempre se mostró muy cordial y cariñosa conmigo. Le tengo muy buena estima y espero que Dios la esté cuidando en su manto de infinita bondad.

En la casa se encuentra tu hermano por unos días, pero dentro de poco se va nuevamente a la guerra. Lo he intentado convencer de que deje eso, pero lamentablemente tiene la doctrina en su cabeza de una manera muy arraigada. Sigue del lado de los alemanes, lamentablemente. Se resigna a entender que Mussolini perdió y que el que está mandando en el norte no es él, sino Hitler.

Te amo y amo con locura a Regina.

Cuídense mucho y mándale un fuerte abrazo a Alessandro.

Dios los proteja.

Tu madre

La respuesta de la familia de Alessandro tardó en llegar, pero cuando lo hizo fue una alegría para todos en medio de tanto caos. Nos contaban que dentro de unos pocos días se embarcaban en su viaje y nos invitaban a unirnos a ellos. Alessandro le dio las gracias a Dios por constatar que su familia estaba bien. Los amaba profundamente y le costaba admitir que los extrañaba siempre que se sentía decaído.

Pasaron los días y no sabíamos nada de Zaria. Le dije a Alessandro para que convenciera a Marco de que, por lo menos, indagara qué había pasado con ella.

—Leti, podemos poner en peligro a Marco. No es justo.

—Mi amor, nada de lo que está sucediendo ahora es justo. Por favor, solo quiero saber si está bien.

Alessandro habló con Marco y este le prometió que buscaría la respuesta, pero que nos quedáramos tranquilos dentro del búnker y no saliéramos. La calle estaba inundada de alemanes, y estaban buscando judíos hasta por debajo de las piedras.

Al día siguiente, a eso de las tres de la mañana, llegó Marco, abrió la compuerta y nos dijo:

—Debemos planear nuestra huida e irnos antes de que pase más tiempo. Parece que Zaria habló y dijo a la Gestapo nuestros nombres y que éramos miembros de la resistencia. —Todos nos asombramos y nos miramos unos a los otros, pero Marco siguió—: No quiero que la culpemos. Evidentemente, no dijo dónde vivía ni que acá tenía un búnker, y ella lo sabía. Fue muy fuerte para ella. El que me informó de esto me dijo que a Zaria le aplicaron unas torturas inimaginables porque no quería hablar. Pensaron que era una espía rusa y por eso la

agarraron, pero después de torturarla vieron que no tenía que ver con Rusia, pero sí con la resistencia, a través de ustedes, y que, además, era judía. La pobre salió del centro de operaciones de la Gestapo arrastrada. Tenía sangre en todos lados. Según me informan, la iban a mandar a Auschwitz.

Yo abracé a Regina, quien había escuchado todo y había soltado unas lágrimas. Le dije a Marco que si tenía un plan para irnos inmediatamente de Trento.

—Ahora no tengo, pero quisiera que descansáramos un poco, recobremos fuerzas y mañana nos vamos. Yo tampoco puedo salir mucho. No tardarán los nazis en dar conmigo, porque ya tienen mi nombre.

A las pocas horas, ya teníamos todo recogido, y estábamos esperando la señal de Marco para salir cuando escuchamos sonidos muy fuertes que provenían de la casa.

Alessandro reaccionó diciéndonos en voz baja que no habláramos y, si era posible, que ni respiráramos.

Al cabo de unos minutos, escuchamos voces en italiano y otras en alemán. Le preguntaron a Marco que dónde nos tenía escondidos.

—Ya les he dicho que están equivocados, ellos no están aquí. Yo vivo solo con mis perros y mi gato.

Se empezaron a reír y una voz que supe reconocer al instante dijo:

—Yo sé que tú te crees el mejor amigo del asqueroso judío ese, o quizás es que eres el mejor amante de la esposa, porque seguro que te acuestas con la perra de Leticia, pero te quiero informar de que tus ganas de ser superhéroe se te quitarán muy pronto, a menos que hables, y debe ser ahora, porque no tenemos mucho tiempo y nuestra divina paciencia se agota.

La voz me hizo temblar del miedo. Sabía quién era. El director del Partido Fascista en Predappio. El que obligó a mi papá a sacarme de la escuela, el que no quería que mi mamá trabajara, el que hizo que mi vida cambiara de la noche a la mañana y el que siempre me había mirado con un repulsivo deseo. Pero ¿qué hacía allí? ¿Cómo llegó a saber dónde estábamos? Era italiano, así que no había manera de que fuera de la Gestapo.

Marco respondió:

—Aquí no están, y ni ella ni él son amigos míos. Éramos simples conocidos, no sé quién les dijo que yo tenía una relación tan cercana

con ellos, pero les mintió.

Acto seguido, se escuchó un golpe de un hueso romperse. Le habían golpeado con el mango del revólver en la cara y le habían quebrado la nariz.

—Está bien. Si así lo quieres, así será. Quédate sentadito en tu casa con nuestros amigos alemanes mientras yo mismo busco a esos malnacidos.

Se escucharon unos pasos que se alejaban del patio trasero y entraban a la casa. Afuera el hombre que yo jamás pensé volver a encontrarme gritó:

—¡Leticia! ¡Mi amor, aparece! Sé que estás aquí con tu judío y tu hija, que seguro que es tan bonita como tú.

Se me revolvieron las tripas. Alessandro estaba calmado, pero se notaba que cada palabra le causaba más rabia. Apretaba los puños muchísimo.

El idiota del director siguió gritando mientras movía escombros:

—¿Sabes qué, Leticia? Cuando tu padre me dijo que habías dejado la escuela y que iba a buscarte con quién casarte, siempre pensé que yo sería una excelente opción. ¡Eras tan bella! Pero quisiste irte con un judío que no te podía dar nada, solo desgracia, pero, al fin y al cabo, así son las mujeres. No piensan. Por eso necesitan a un hombre a su lado, pero a uno de verdad, chiquilla, no como ese que tienes tú, ¡que ni hombre se le puede llamar!

Regina se empezó a estresar, vi cómo temblaba. Pensé que era cuestión de tiempo que nos descubrieran. Escuchamos sus pasos cada vez más cerca, mientras que era evidente su frustración por no hallarnos.

—Deberías salir de donde estés, Leticia. No querrás que castigue a Alessandro o a tu hija por tu falta de valentía. Siempre te creíste muy lista, y ahora pones en peligro a toda tu familia. Me das mucha pena, muchacha.

Alessandro me abrazó para contener mi rabia. Definitivamente, se me tenía que notar lo molesta que estaba por sus palabras.

Notamos que empezó a saltar. Me asusté de verdad, se notaba que buscaba escuchar cómo suena el suelo cuando está hueco. En unos minutos, saltó encima del búnker y dijo las palabras:

—Ya te encontré. Gané, mi querida Leticia.

Llamó a los guardias, estos levantaron la alfombra que había arriba de la entrada del búnker. Apenas vimos la luz entrar en el refugio,

Alessandro se puso al frente de nosotras dos y dijo:

—No seas tan cobarde y llévame a mí. No tienes nada que hacer con una mujer y una niña.

El director lo vio, sonrió y le dijo mirándolo fijamente a los ojos:

—¿Quién te dijo que yo no tengo nada que hacer con ellas? Más bien, tengo muchas cosas pendientes con Leticia, que bien bonita se mantiene todavía.

Alessandro no se pudo contener y se abalanzó sobre el director, pero tres guardias lo tomaron de los brazos antes de que pudiera tan solo acercarse y le dijeron que debía quedarse tranquilo si quería vivir.

El director, al ver a Alessandro agarrado por los demás guardias, le dio un golpe en el estómago, seguido por uno en la barbilla. Alessandro le escupió y le dijo que era un cobarde por necesitar de sus amigos para evitar que le rompiera la cara.

Uno de los guardias empezó a reírse y dijo:

—Ay, judío, no sabes qué haces.

El director dijo:

—No sabe lo que hace porque los judíos son brutos, mi amigo, pero ahora lo sabrá.

El director tomó un martillo que estaba en el patio de Marco y con él agarró impulso desde atrás y se lo encestó en la cara a Alessandro. Se escuchó como varios huesos se rompían.

Yo grité desesperadamente que lo dejara en paz, que, por favor, lo dejaran vivir. Regina empezó a llorar desconsoladamente mientras le gritaba al director que se detuviera, pero no se pudo contener más.

—¡Papáááá!

Cuando Regina gritó, corrió y se puso entre Alessandro y el director. Yo, al verla, corrí y me puse enfrente de ella, cubriéndola.

Alessandro no estaba con sus cinco sentidos por el golpe, pero, al ver lo que pasaba, me gritó:

—Pero, Leticia, ¿tú estás loca? ¡Váyanse de aquí!

El director dijo:

—Ella no se va a ningún lado.

Acto seguido, me agarró fuertemente del brazo y me jaló hacia donde estaba él, y a los ojos de todos me empezó a oler todo el cabello, las orejas y el cuello. Sentía su nariz y su barba sudada rozarme y me estremecía del asco. De repente, se detuvo y dijo:

—Hagamos algo para entretenernos, porque me parece que hemos

tenido un día muy aburrido. Vamos a dejar que Leticia elija el destino de Alessandro y de su hija.

Los guardias se rieron y uno preguntó:

—¿Y cómo va a decidir ella?

—Para que no piensen que soy egoísta, Leticia deberá cumplir cinco deseos. Tres los pediré yo y dos ustedes. Ahora bien, en caso de que ella se rehúse a cumplir cualquiera de los cinco deseos, yo mismo me encargaré de matar a su adorado Alessandro.

Yo había empezado a hiperventilar. Solo podía concentrarme en la cara de mi hija. Estaba en el suelo abrazando a su padre, llorando sin ningún tipo de consuelo. El director siguió diciendo:

—Y, en caso de que no le importe tanto el judío este, entonces nos llevaremos a su linda hija a pasar un buen rato con nosotros.

Él sabía cómo me iba a convencer de hacer lo que fuera, y lo había logrado. Por Alessandro y Regina yo haría lo que fuera necesario. Por eso dije:

—Está bien. Acepto el juego. Empecemos de una vez y nos dejan en paz.

Todos se empezaron a reír otra vez. Ya la cara de los guardias había cambiado, les brillaban los ojos. Tenían ganas de ver qué pasaría conmigo.

El director sonrió y me dijo mientras me soltaba del brazo:

—Perfecto, Leticia. Primer deseo: quiero que te desnudes.

Mi reacción fue ver a Alessandro, quien me miró asombrado y negó con la cabeza, diciéndome que, por favor, no lo hiciera.

—No tengo opción, mi amor.

Apenas dije esas palabras, me quité los zapatos, después las medias, seguidas del vestido. Al tener solamente la ropa interior, vi como el director se me acercaba más.

—Dije que desnuda. ¿Ahora se te olvidó el italiano?

Asentí y me quité todo. Creo que nunca había pasado un momento tan vergonzante y tan humillante como ese día.

Un guardia se acercó y me tocó ambos senos y le dijo al director:

—Se nota que no es judía. Tiene unos buenos melones.

Todos se rieron, menos el director, que se acercó y apartó las manos del guardia y le dijo:

—Este deseo es mío, así que esperen su turno. ¿Les parece?

Todos asintieron. Yo no pude evitar que las lágrimas se me cayeran.

—¿Te digo algo, Leticia? Siempre me imaginé tu cuerpo. Soñé

contigo muchas noches, pero nunca pensé que fuera así de perfecto.

No le respondí, solo miraba a mi hija intentando calmarla. El director se dio cuenta y creo que pensó que así yo no podría hacer muchas cosas.

—Llévense a la niña y al judío para afuera. ¡Ahora! ¡Y me dejan solo!

Alessandro empezó a gritar mientras lo arrastraban, forcejeó todo lo que pudo hasta que un guardia le dio un golpe en la cabeza y lo dejó inconsciente.

—Perfecto. Ahora estás mejor, ¿no? ¿Ves que soy bueno contigo?

Asentí. Intentaba respirar para evitar llorar, pero no lo lograba. Le pedí a Dios una vez más que me salvara, pero muy en el fondo sabía que no me estaba escuchando.

—Segundo deseo: quiero que te pongas de espalda en esa pared y bajes un poco tu cabeza y tu espalda. Hay algo que quiero hacer desde hace mucho tiempo, y creo que es hora.

Yo no podía negarme, pero me sentía impotente, chiquita, sucia.

Lo hice y después llegó el director con su asqueroso aliento, su sudor y su barba. Yo sentía cómo me rompía mientras entraba dentro de mí y no pude evitar gritar, a lo que él me dio una cachetada y me jaló el cabello.

—Te quedas en silencio o créeme que esto mismo se lo meto a tu hija.

No sé cuánto tiempo pasó, solo puedo decir que ese ser hizo lo que quiso conmigo. Me golpeaba mientras me penetraba y se reía al hacerlo. Yo nunca había conocido a alguien tan malo como él, pero no fue eso lo que me dolió más, sino lo que me dijo después:

—¿Y sabes quién me hizo el favor de decirme dónde estabas?

No respondí, no tenía ánimos, pero me dijo:

—Tu querido hermano, Ángelo. Le prometí una condecoración y un mayor puesto en el ejército si me decía dónde encontrar a tu judío, y lo pensó unos días, pero me lo dijo, y vaya que estoy agradecido con él.

En ese momento, sentí como si el mundo se me cayera encima, la culpa de todo lo que me estaba pasando la tenía Ángelo. De mi violación, de mi humillación, de los golpes. No podía creerlo. Sentía que se me rompía el alma. Mi hermano… ¿Cómo era posible?

El director notó que me había caído fatal su comentario y se empezó a reír mientras me hacía lo que quería. Su olor, su sudor, todo

me estaba dando náuseas.

Sentí un ruido extraño por un instante, así que miré hacia la entrada del búnker y allí vi a Marco. Me estaba mirando y me hacía señales para que me quedara callada. Me señaló dónde el director tenía su arma, y allí estaba, en el suelo, junto con sus pantalones. Solo debía acercarme. Me agaché más, lo cual él lo tomó bien porque le facilitaba el ángulo para hacerme más daño. Conté del uno al tres y, sin darle tiempo a reaccionar, agarré el arma y me despegué del cerdo ese mientras le apuntaba.

Él no podía creer lo que le estaba sucediendo. Vio su pantalón en el suelo, al lado de donde estábamos, y se dio cuenta del descuido que había tenido por concentrarse en mí. Marco entró en el búnker y me pidió el arma. Yo no pude evitar abrazarlo y llorar. Marco, al verme desnuda y destruida, me dijo que sostuviera el arma y le apuntara al cerdo del director. Se quitó su camisa y me dijo que me la pusiera y eso hice.

El director le dijo a Marco:

—No sé cómo te has escapado, pero tú y yo podemos hablar de muchas cosas que harán que tu vida mejore significativamente.

Marco me vio llorando abrazada a él y dijo:

—No hay nada que me puedas decir que pueda hacer que no te mate. Aquí y ahora.

—Pero ya va, muchacho. ¡Piénsalo! ¡No pierdas la oportunidad de mejorar tu vida solo por ella, es una perra! Piensa en tu futuro.

—Mi futuro estará mucho mejor si sé que tú no estás en este mundo.

Esas palabras me hicieron salir de mi estado de conmoción, y le dije a Marco que, por favor, me diera la pistola, que yo quería hacerlo.

—Leti, sé que debes de odiar a este imbécil por lo que te acaba de hacer, pero uno nunca es el mismo después de matar a alguien.

—Marco, no me importa. Ya no soy la misma después de este infeliz.

Marco me dio el arma y, acto seguido, le disparé dos veces en su entrepierna.

Él empezó a gritar y a llorar mientras pedía ayuda. Me le acerqué, le jalé el cabello con mucha rabia y, cuando vi su mueca de dolor, le dije:

—La basura como tú no merece vivir.

Con el mismo impulso, le disparé en la cabeza. Se desplomó y sentí

un alivio indescriptible.

Marco, cuando vio que lo maté, se acercó y me abrazó un largo rato. Yo lloraba, pero estaba satisfecha por haberlo matado.

—Marco, ¿por qué no entraste antes? ¿Cuánto tiempo estuviste allí? Fue horrible.

—No dudo que fue una experiencia espantosa, Leti. Cuando llegué a la entrada del búnker, vi que no tenía chance de llegar hasta ti sin que él no cogiera el arma y me matara, así que cuando tú me viste te dije que la agarraras, era nuestra mejor carta, pero créeme que odié ver cómo te hacía daño. Nunca he podido soportar que algo te afecte. Tú sabes que siempre estaré enamorado de ti, pero nunca te querré para mí.

Reaccioné asintiendo. Sabía de sus sentimientos, pero no era momento de hablar de ellos.

—Tienes razón. ¿Dónde está Regina? ¿Alessandro? ¿Qué pasó con los guardias?

—Te cuento, pero agarra tu ropa, que está allí. Vístete mientras yo me volteo y me das mi camisa. No quiero que Alessandro te vea con mi ropa.

Me dio un poco de gracia su comentario, porque ya me había visto desnuda y en el peor momento de mi vida, pero así era Marco. Siempre procurando estar bien con todos.

—Claro, voltéate y cuéntame.

—Está bien, pero apúrate, que debemos irnos. Lo que pasó fue que yo me quedé arriba con dos guardias. Uno de esos resultó que conocía a mi hermana y le pedí el favor de que me ayudara. Me dijo que era difícil porque me culpaban de ocultar a judíos y eso era terrible en estos tiempos, tal como robar o estafar a alguien. Le expliqué que había un malentendido y él me creyó, me dijo que saliera por la puerta delantera y que no volviera, ya que se estaba jugando su puesto. Yo le agradecí y, antes de salir de la casa, agarré mi abrigo, donde tenía una pistola. Salí por la puerta delantera, rodeé la casa y me di cuenta de que habían sacado del búnker a Alessandro en un estado horrible y que Regina no dejaba de llorar pidiendo ver a su mamá. Yo no pude soportarlo, y con mi arma les disparé a los tres guardias. Alessandro me vio y me dijo que, por favor, te buscara, que el director estaba contigo. Yo le dije que primero debíamos matar a los guardias que estaban en la casa. Al que me ayudó lo amarré, y está arriba con la boca tapada y dentro de una habitación con candado, y

al otro lo maté. Después le dije a Alessandro que se fuera con Regina al bosque, porque no tardarían en llegar más nazis, y que yo te buscaría. Él se negó porque debía ser él el que te defendiera, pero le dije que en su estado no podía salvar a nadie, más bien Regina lo estaba ayudando a mantenerse de pie. Ellos asintieron y les di el arma para que se escondieran en el bosque, y si veían algo raro, debían disparar. Yo bajé al búnker y vi al detestable hombre ese haciendo… Y ya el resto lo sabes.

Estaba feliz de contar con él. No puedo describir lo agradecida que me sentía, solo sé que le dije como cien veces «gracias».

Cuando llegamos al bosque, donde estaban Alessandro y Regina, estos me abrazaron durante largo rato y los tres no pudimos evitar llorar.

Alessandro me dijo:

—Perdón, mi amor, perdón por hacerte pasar por todo esto. Perdón por no ser el hombre que te dije que siempre sería. Perdón por todo. —Las lágrimas de Alessandro se caían en mi vestido. Sentía mucho dolor en su alma.

Yo sentía como una nueva versión de mí había nacido. Odiaba profundamente al director, y ese odio que vivía dentro de mí nunca había existido en mi corazón, pero también sentía un profundo dolor. Mi hermano, el niño de mis ojos, por el que me sentía día y noche culpable de haberlo abandonado. Ángelo me había traicionado y era el culpable de lo que me había pasado.

Regina me preguntó si estaba bien y le dije:

—Estoy perfecta porque estoy con ustedes. Debemos darle las gracias al tío Marco.

Regina se apartó de mí, abrazó a Marco y le dio las gracias de una manera sincera.

Al cabo de un rato, emprendimos camino. Estábamos decididos a salir de Trento.

Capítulo quince

Zaria se sentía muy mal, tanto física como sentimentalmente. Sentía que había traicionado a la única familia que tenía desde hacía años. No había dicho todo lo que sabía, pero le lograron sacar información importante que podía traer consecuencias graves en nuestras vidas.

Las torturas que sufrió no la dejaban dormir. Cuando se dejaba llevar, podía sentir otra vez cómo una corriente de electricidad entraba en su cuerpo a través de sus manos, orejas y muslos. La sola sensación le hacía doler hasta los huesos, porque esa fue la tortura que más le practicaron, las corrientes eléctricas.

Se sentía derrotada pero tranquila, pensaba que por lo menos ya pronto se reuniría con su esposo y su hija en el mundo venidero.

Estaba esperando la llegada del tren que llevaría al resto de los judíos a Auschwitz, así le habían dicho. Hacía frío, pero ya no lo sentía.

Cuando por fin llegó al campo de concentración en Polonia, estaba muy enferma, adolorida y con indicios claros de desnutrición, y era de esperarse, al fin y al cabo, eran vagones de ganado en los que los transportaban.

Un señor le dijo:

—Señora, se nota que se siente mal, pero mejor bájese del vagón antes de que la vengan a buscar. Esta gente no es muy dada a la sutileza.

—Ay, señor, sinceramente ya no tengo motivos para seguir resistiéndome a mi destino. He vivido escapada y paranoica gran parte de mi vida. Me cansé. Quizás es hora de dejar que la vida haga lo que tenga que hacer, estoy convencida de que Dios abandonó a los judíos hace rato.

El señor asintió, pero la ayudó a levantarse, ya que un alemán les gritó que se apuraran o sufrirían el buen castigo por desobedecer.

Al bajarse se cayó, no tenía energía, fueron muchos días en ese ferrocarril sin casi nada de comida. Los nazis empezaron a reírse.

Zaria estaba inmune a sus burlas.

Leyó la frase alemana «*Arbeit macht frei*» (El trabajo libera) en la entrada del campo y le pareció irónico, sonrió, pero se dijo a sí misma: «Esa frase con una pizca de positividad no encaja con este lugar, pero quizás no es tan malo, después de todo».

A todos los aglomeraron en un lugar. Empezaron a señalar quién se iba para el lado izquierdo y quién para el derecho. Sin saberlo, la seleccionaron para Birkenau, donde entró desnuda a una cámara de gas, pensando que entraría a un gran baño, y de donde más nunca salió.

***

Marco, Alessandro, Regina y yo estábamos decididos a llegar al sur de Italia, donde estaban los aliados. Nuestros conocidos de la resistencia nos aseguraban que podíamos estar seguros. Al fin y al cabo, bastantes veces nos arriesgamos para que ellos tuvieran información precisa de los nazis.

—Tenemos que llegar pronto, debemos caminar más rápido. —Alessandro estaba ansioso por llegar y que todos estuviéramos a salvo.

Yo pensaba en Regina. La notaba muy cambiada, todas las experiencias que había vivido en tan poco tiempo la habían hecho madurar muy rápido, pero le habían quitado parte de su brillo natural.

Sabía que estaba cansada, y quería aprovechar ese descanso para hablar con ella.

—Te entiendo, mi amor, pero vamos a descansar, así sean treinta minutos. Nuestra hija necesita tomar un respiro, sigue siendo una niña, aunque la situación no esté hecha para ella.

Regina respondió:

—Mamá, esta situación no está hecha ni para mí ni para nadie.

Alessandro vio lo mismo que yo en Regina. Se la notaba reprimiendo muchos sentimientos. No era para menos, pero no quisimos esperar más para hablar con ella. Yo me le acerqué y la invité a sentarse a mi lado, Ale hizo lo mismo, pero del otro lado de Regina, y ambos la abrazamos. No habían pasado ni dos segundos cuando nuestra hija reventó en llanto.

La abrazamos más fuerte. Cuando vi que se estaba calmando, le dije:

—No te hace débil el llorar, hija. Es de humanos sentirse mal

cuando las situaciones son caóticas o tristes, y todo lo que hemos pasado ha sido lo más duro que me ha tocado vivir. Ojalá te pudiera evitar toda esta situación, mi Regina. Eres mi vida, y quiero que, a pesar de todos los problemas que pueda haber, necesito que intentes ser feliz.

—¿Cómo puedo ser feliz sabiendo que me quieren matar en cada esquina? ¿Cómo puedo vivir bien si ustedes sufren por mi culpa? ¿Cómo puedo pretender que no están matando a miles de personas cada día y que parece que a Dios no le importa? Hubiese preferido no creer en Dios, ¿saben? Porque, en cada momento que le pedí que me ayudara o que nos salvara, no me escuchó.

Alessandro le agarró la mano y le dijo:

—Regina, yo mismo he dudado muchas veces de que Dios exista. ¿Cómo nos explicamos tanto dolor, tantas muertes, tanto engaño y tanta injusticia? Creo que pasarán muchos años para que me reconcilie de verdad con él, pero me di cuenta de que todo lo que me ha pasado puedo sobrellevarlo mejor hablando con alguien superior que creo que me escucha. El solo hecho de sentirme escuchado, aunque no necesariamente ayudado, me ha levantado y me impulsa a luchar por nuestro bienestar.

Le sonreí a Alessandro. Me sorprendieron sus palabras. A Regina la había dejado sin palabras, y eso era algo bueno en ese momento.

Personalmente, yo nunca fui muy religiosa, y menos lo fui cuando empecé con mi romance con Alessandro, pero muy en mi interior sentía que Dios me había acompañado, y en el peor momento de mi vida había hecho aparecer a Marco para que me salvara.

Seguimos nuestro camino, evitando soldados, comiendo la poca comida que se había llevado Marco de su casa y cazando. Con las armas que le quitamos a los soldados pudimos comer varias noches seguidas.

Alessandro, cuando se armó de valor, le preguntó a Marco qué había pasado cuando fue a salvarme.

—Bueno, amigo, creo que es una imagen que prefiero ahorrarte, pero te diré algo, de todo corazón: Leticia es una mujer muy fuerte, estará bien. Ni ella sabía de lo que estaba hecha hasta que le pasó esa situación. Tienes mucha suerte de tener una mujer como ella.

Ale se sentía demasiado culpable por lo que me había pasado. La impotencia y el no haber podido evitar nada de lo que me pasó le estaban carcomiendo.

—Sí, tengo suerte, Marco. Lo que no sé es si podré perdonarme algún día por no haber podido evitar tanta humillación.

—Deberías empezar a hacerlo, porque necesitarás dar la talla. Estoy casi seguro de que Leticia está embarazada.

Alessandro quedó en estado de conmoción. ¿Cómo era posible? ¿Cómo lo sabía Marco? ¿Y si ese bebé no era suyo?

Marco notó su desesperación y no le dejó pensar más.

—Alessandro, sé lo que piensas, pero te lo prohíbo. No seas tan egoísta con esa mujer que ha perdido muchas cosas en su vida por el amor tan grande que siente por ti. Ha estado en contra de todas las personas que se opusieron a su relación. Se pudo haber salvado desde el comienzo de la guerra y no quiso. Eso solo lo hace una mujer maravillosa. Ese hijo es tuyo, y espero que puedas ser lo suficientemente hombre para corresponderle como se debe a Leticia. No le hagas daño tú, porque créeme que yo mismo te termino de golpear las partes que no te tocaron los soldados.

—Bueno, no sé qué partes no me golpearon, estoy seguro de que hasta una costilla me fracturaron. —Se rieron juntos un rato y Ale le dijo—: Tienes razón, Marco. Qué idiotas podemos llegar a ser los hombres, ¿verdad? Aparte, estaba tan concentrado en salvarnos y en evitar hablar de lo qué pasó con Leticia, porque no sabía cómo podía reaccionar, que no supe ver lo que era evidente, tiene todos los síntomas de estar embarazada.

Se quedaron en silencio un rato y fue Marco quien rompió el silencio:

—Ella lo mató, Alessandro. Ella mató al hombre que la violó. No puedo quitarme la imagen de su determinación para matarlo.

No lo sabía. Yo no le había dicho porque prefería no entrar en mucho detalle de esa escena.

—Me dejas sin palabras… Ni en un millón de años hubiese pensado que ella podría matar a alguien.

—Nadie sabe de lo que es capaz en ese tipo de situaciones.

Alessandro asintió.

—¿Te puedo preguntar algo, Marco?

Él asintió.

—¿Por qué nunca me has dicho que estás enamorado de Leticia?

A Marco le agarró de sorpresa esa pregunta. Enrojeció y buscó las palabras adecuadas para hablar, pero Alessandro empezó a reírse.

—Amigo, siempre lo supe. No tienes que ponerte así. Has sido tan

buen amigo, has estado para mí como un hermano, has sido el mejor de los tíos para Regina y jamás le has faltado el respeto a Leticia o dicho algo tan siquiera que se malinterprete. No es un reclamo, en serio, es curiosidad. Has vivido por años así y no te has permitido conocer a alguien que te corresponda.

Marco se quedó observando una montaña por un largo rato, hasta que le dijo:

—Así es, Ale. Me concentré tanto en tu familia que la hice parte de mí. Nunca he querido hacerte sentir incómodo por mis sentimientos hacia Leticia. Sé que ella te ama y tú a ella. Deben estar juntos, solo que uno no controla el corazón, ¿me entiendes?

Alessandro asintió y le dio una palmada en la espalda a su amigo.

Yo llevaba días vomitando lo poco que comía, me sentía fatal y con muchas náuseas, pero procuraba que no nos detuviéramos por mi malestar. Si estaba embarazada, mejor era llegar al sur lo antes posible.

En una de esas noches en que estábamos descansando después de tanto correr y escondernos, Alessandro se acercó y se me sentó al lado.

—Leti, no he encontrado las palabras para decirte lo que siento, pero lo intentaré, porque esta presión en el pecho me está matando. Mi amor, yo te amo, y discúlpame, de verdad, por no haberte evitado todo el sufrimiento que has tenido por mi culpa.

Yo lo abracé. Hacía días que necesitaba que me dijera eso.

—Mi Ale, no te sientas culpable. Todo lo que me ha pasado es porque yo lo he decidido.

Alessandro negó con la cabeza y me dijo:

—Si no estuvieras con un judío, no tendrías esta vida. Fui muy egoísta.

Me empecé a reír y le agarré la mano.

—Mi amor, créeme que yo tampoco te hubiese dejado decirme qué es lo que tengo que hacer y qué no. No es tu culpa nada de lo que pasó. No te mentiré, sí me siento afectada, creo que debo darme tiempo para sanar todas las heridas que tengo pegadas como en el alma, pero me repondré. Tengo razones para reponerme y buscar la felicidad con ustedes.

Alessandro asintió y me besó por un largo rato. En cuanto nos despegamos, le dije que creía que estaba embarazada.

—Yo lo sabía, mi amor. Y créeme que estoy muy feliz por hacer

crecer esta bella familia.

Nos abrazamos un largo rato. Le dijimos a Regina que sería hermana y saltó de la emoción. La noticia alegró todo el camino tortuoso hacia el sur.

Capítulo dieciséis

Llegamos a Calabria después de un mes y medio. Nos alojamos en la casa de un compañero. Escuchábamos los avances de la guerra, pero se me hacían interminables. No podía soportar la idea de que tantas personas estuvieran muriendo a causa de un degenerado ególatra que solo quería matar a todos los que no pensaran ni fueran como él.

—Ale, quiero irme muy lejos. No tardará en llegar Hitler acá, y de verdad que ya me harté de huir y sentir miedo. Prefiero mil veces estar en un país donde no conozco a nadie a estar en esta angustia de no saber cuándo llegarán los nazis y acabarán con nosotros.

—Pero, mi amor, ¿a dónde nos vamos a ir? Hitler está en todas partes.

—Pensaba en América del Sur. He escuchado muchas cosas buenas de esos países. Quizás podemos irnos a Venezuela, parece que no tienen problema con los judíos.

Alessandro se quedó pensando. No sabía qué opinar.

—Mi amor, de verdad, quiero irme. Quiero que Regina crezca en un ambiente más sano. Quiero que mi hijo nazca en un país libre y sin la amenaza perenne de que están por llegar los nazis.

Alessandro asintió y sonrió. Nos iríamos muy lejos.

Entre Marco y Alessandro trabajaron lo suficiente para poder ahorrar el dinero de los pasajes. Pasaron unas semanas hasta que tuvimos el dinero del pasaje de los cuatro.

A mí ya se me notaba la barriga, pero me cubrí de bufandas y chaquetas para que me dejaran pasar en el barco. No dejaban embarcar a mujeres embarazadas y no iba a dejar que eso me impidiera empezar una nueva vida.

Era el año 1944 cuando nos embarcamos buscando tranquilidad, armonía y paz en medio de una guerra que prometía nunca acabar.

Al poco tiempo de nuestro embarque, las tropas aliadas llegaron a París y la liberaron. En diciembre de ese mismo año, casi toda Francia, la mayor parte de Bélgica y parte de Holanda fueron liberadas de los

nazis por los aliados.

En enero de 1945, los soviéticos liberaron Varsovia y Cracovia, y poco a poco los nazis fueron replegados hasta que en mayo Alemania se rindió ante los aliados, y cuando Estados Unidos lanzó las bombas de Hiroshima y Nagasaki se acabó la Segunda Guerra Mundial por la rendición de Japón.

Hay quienes dicen que Hitler se suicidó el 30 de abril de 1945, pero yo ni lo creí en su momento ni lo pienso ahora. Ese ser era tan despiadado como estratega que no me cabe la menor duda de que al que encontraron muerto no fue a él.

La guerra dejó millones de muertos, nos enseñó la peor cara de la raza humana al llevar a millones de personas a campos de concentración para que fueran asesinadas fríamente, ya fuera asfixiadas, de un disparo, por los maltratos constantes, de hambre o por las múltiples enfermedades que cohabitaron con los presos, y todo por ser judíos, gitanos, protestantes, opositores nazis, homosexuales, prostitutas y miles de personas más que habían cometido un solo error: no ser de la raza aria.

Mussolini murió cuando intentaba huir con su amante, Claretta Petacci. Ambos fueron fusilados y llevados a Milán, a la plaza de Loreto, donde el pueblo, enfurecido por tanto dolor y traición, los insultó y los maltrató. Después los colgaron boca abajo sobre una gasolinera en la plaza, luego fueron enterrados en una tumba sin nombre, como claramente merecían, pero años más tarde, en 1957, el Duce fue sacado de ahí por fascistas y enterrado nuevamente en mi ciudad natal, Predappio. Hoy en día aún hay personas que peregrinan a favor de él.

Por mi parte, aprendí a perdonar para volver a ser feliz, porque hay heridas en el alma que si no sanan, pueden sangrar el resto de nuestras vidas e impedirnos disfrutar de los buenos momentos que nos regala cada nuevo despertar, y eso lo comprendí cuando llegó a mi vida Zaria Kohen Vitota, mi segunda hija.

Índice

Capítulo uno 7
Capítulo dos 29
Capítulo tres 49
Capítulo cuatro 59
Capítulo cinco 77
Capítulo seis 89
Capítulo siete 107
Capítulo ocho 117
Capítulo nueve 127
Capítulo diez 145
Capítulo once 153
Capítulo doce 163
Capítulo trece 169
Capítulo catorce 181
Capítulo quince 195
Capítulo dieciséis 203